
TENGO QUE
OLVIDARME
DE TI
E. M. Cubas
Selecta

Tengo que olvidarme de ti

E. M. Cubas

Selecta

0

La niña de trenzas rubias oteó el horizonte protegida del sol por el pórtico de mármol de la impresionante entrada de su blanquecina casona. A su alrededor, trepando por las columnas, las enredaderas le otorgaban un toque de salvaje naturaleza al lugar, un encuadre que convertía su pequeño cuerpo de niña en algo insignificante entre aquella estructura al puro estilo colonial. Pero a ella poco le importaba, siempre se había sentido cómoda entre esas amplias columnatas; eran de su familia, eran suyas desde antes de ser construidas; sabían a quién pertenecían y, aun así, la niña no era ese esplendor el que admiraba, no era ese sol el que la llamaba al exterior.

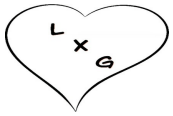
El calor no era extremo en aquel paraje paradisíaco entre montañas y bañado por el agua cristalina del gran lago y el sonido recurrente del río al llegar a él; era un lugar ideal para estar durante los meses de calor y muchos veranos los pasaban allí. Esa casa era su refugio. Los propietarios y sus invitados disfrutaban de un tiempo agradable entre amigos, y varias familias enteras se relajaban de sus quehaceres anuales.

La niña se paró en la entrada de la casa para orientarse y seguir su camino. Había salido tras el niño en cuanto lo vio correr al exterior, pero era más rápido y lo perdió de vista, aunque sabía dónde encontrarlo, lo conocía muy bien, eran amigos desde... Pensó un segundo alzando los ojos azules hacia el cielo que mostraba casi el mismo color y que lucía despejado... Desde siempre, no recordaba ningún momento de su vida sin él.

Se acercó despacio al lago cristalino que había frente a la propiedad y que tanto le gustaba mirar desde la ventana de su cuarto cuando los reflejos de la luna bailaban sobre él. Caminando con las manos a la espalda, se aproximó, moviendo su vestido de florecitas rojas y verdes y tarareando una cancioncilla para hacerse notar. Allí lo vio, sentado al final de las tablas del embarcadero, balanceando las piernas sobre el límite del agua que mojaba sus pies. El niño ni siquiera giró la cabeza al sentir su presencia. La niña se sentó a su lado, le dio la mano, ofreciéndole su apoyo y, con un gesto bromista, le revolvió el pelo negro. El niño le sonrió, ya se le había pasado el berrinche y el enfado con su padre, que no paraba de fastidiarlo y regañarle. Cogió una hoja que navegaba a sus pies, una de aquellas ya entre verdes y marrones que los árboles dejaban caer y abandonaban a su suerte, dándoles libertad; la tomó entre sus manos y la

agitó para secarla y después se la entregó a la niña. Ella agradeció el regalo con otra sonrisa. En ese instante sus miradas inocentes se juntaron, en ese instante algo los unió y ambos cerraron los ojos al darse su primer beso. La brisa de la montaña los envolvió en ese mágico momento.

Años después, la niña ya era una mujer y acariciaba aquella hoja que él le había regalado, seca y plastificada, que guardaba en sus libros de relatos románticos, recordando aquel día, aquel primer beso y aquel primer amor, y contemplando, desde el banco delante del lago, la barca en la que grabó sus iniciales y que estarían allí para siempre:



1

—¡Ahí va el manjar, sírvete!

Gabriel lanzó una mirada irónica a su amigo Max cuando este le tendió el bocadillo. La escalinata de la plaza era su restaurante de cinco estrellas y un trozo de pan con una latilla de conservas para compartir su plato principal, regado todo con agua recogida en una botella de plástico reciclada de la fuente de la susodicha plaza. Pero no podían quejarse, la dieta que seguían era variada: pescado, como esa mañana; a veces salchichas o embutido, que compraban bastante barato en la pequeña tienda familiar de la esquina de su barrio, y algunas verduras que pudieran comer crudas y en marcha por la ciudad; lo que podían conseguir por la caridad de las personas que les arrojaban monedas mientras observaban su trabajo, o eso parecía. Tanto Gabriel como Max y Annette se consideraban artistas y cada uno disfrutaba de su talento como en aquella tarde en la que mostraran su arte con tizas y ceras en las calles adoquinadas de la urbe, despertando la admiración de los transeúntes.

Los tres empezaron a reírse por la ocurrencia de Max, ¡menudo manjar!, mientras veían transitar a los turistas por delante de ellos. La Piazza di Spagna estaba a rebosar, normalmente, pero los meses de verano era casi imposible encontrar un buen espacio en el que descansar o relajarse. El movimiento de gente era continuo: mientras unos se dirigían de forma ascendente a la iglesia de la Trinitá dei Monti siguiendo el recorrido del arte catedralicio que dos guías les marcaban, otros descendían hasta la misma plaza, a la Fontana della Barcaccia. Pero algunos aprovechaban la amplia escalinata para descansar, ocupando unos escalones por debajo de ellos. Los tres amigos observaban a grupos de chicos y chicas en viaje de estudios, que jugaban y bailaban en la explanada. Gabriel escuchaba el juego canción que se llevaba a cabo allí por el grupo de estudiantes españoles y recordó cuando era él con sus amigos de la infancia los que coreaban.

—¿Qué es lo que cantan? —le preguntó Annette después de tragar un bocado.

—Una canción infantil de mi país —contestó Gabriel.

Annette asintió, entendía parte de ella, pero algunas palabras más *castizas* se le escapaban. Los tres veían a todos los del grupo hacer los gestos que les decía el que llevaba la voz cantante. Max

era inglés, Annette era francesa y Gabriel era español, pero entre ellos hablaban italiano, el idioma de la ciudad en la que estaban, aunque podían utilizar cualquiera de los otros indistintamente; era lo bueno de la mezcla cultural.

—La melodía principal es siempre la misma y solo tenéis que seguir los gestos del que dirige el juego, él es el que les dice qué deben bailar.

Annette pudo ver la expresión de su amigo al recordar; la plaza en la que estaban era un continuo regreso a su tierra.

—¿Sientes nostalgia de España?

—No, Annie, es solo que a veces me acuerdo de mi vida allí.

—¿Qué te pasó? Nunca nos has hablado de tu familia ni de tu pasado. ¿Por qué nunca me lo has contado ni siquiera a mí?

Gabriel volvió a sonreír y negó, no iba a empezar a explicar nada en ese momento, ¿para qué? Estaba allí y ese era su pasado, su presente y su futuro; era como había decidido vivir: libre y al día. Max masticaba su caballa en aceite sin decir nada, su mundo estaba fuera de cualquier interés por las vidas ajenas y nunca preguntó, sabía lo que necesitaba saber, ese era su lema.

—¡Qué hambre tenía! Esto es mejor que el caviar —dijo Max apurando el último bocado, ajeno al juego y a los sentimientos de los demás.

—¡Pero si no has probado el caviar!

—Ni tú tampoco, Annette, ¿Cómo sabrá?

Gabriel se encogió de hombros, recordando la pequeña tosta con las huevas del esturión que su madre servía en todas sus reuniones, acompañadas del mejor vino blanco del año, elegido por el mejor enólogo del momento y premiado en el mejor concurso de vinos. Ni ella ni su padre entendían que él prefiriera una Coca-Cola o un refresco de naranja a meter la nariz en una copa y aspirar mientras daba vueltas al líquido y saboreaba su amaderamiento o su sabor afrutado. Era curioso cómo, después de tres años fuera de su casa, sus vivencias se habían convertido en recuerdos gratos, pero no añoraba nada, ni las recepciones ni las jornadas en el hipódromo o en el club ni los actos sociales. Y debido a eso tampoco contó nunca nada a sus amigos, no quería que ese mundo volviera a él; al fin y al cabo, ya no era el suyo.

—Deberíamos volver al tajo —dijo Max observando el suelo por debajo de ellos en el que Gabriel había estado dibujando.

—Esta noche Amadeo expone sus obras en la Nave del Tiempo, habrá también alguna *performance.* ¿Os apetece? Dicen las malas lenguas que se ha liado con Claire, de la galería, y que van a...

Mientras Annette les contaba el último chisme, los tres se levantaron y se dispusieron a regresar a su trozo de acera y a cubrirla con colores, figuras y paisajes. Eran artistas después de todo, aunque a Max a menudo se le olvidaba y acababa durmiendo la siesta en algún escalón a la sombra.

Los primeros días de julio habían llegado con algo de lluvia, pero esa mañana el sol ya calentaba a los que trabajaban al raso. Gabriel dibujaba con gran destreza escenas de naturaleza a lo largo de los adoquines; esa jornada estaba solo, ni Annette ni Max habían querido desafiar al sol y dormían la resaca de la fiesta de un conocido a la que asistieron la noche anterior; para Gabriel era un día más de trabajo al aire libre, se sentía a gusto allí, aunque 35 ºC le hicieran sudar. La obra en la que se explayaba representaba un lago del norte de España, un lago en el que había nadado de niño, un lugar en el que decidió su futuro. Entreteniéndose con las sombras del agua, se preguntó qué diría su padre ante aquella representación; nunca valoró su destreza para el dibujo, su imaginación para crear ni su talento artístico; lo consideraba indigno de él, de su apellido, de su familia.

Sin embargo, allí estaba, disfrutando del olor a tiza, de su tacto en sus manos, del sonido que hacía al recorrer el suelo y dejar su trazo colorido. Le gustaba afinar cada detalle del dibujo, sumergirse en él. Se esmeraba con los verdes oscuros de los árboles, del agua, con las sombras y los matices de luz a través de sus ramas, cuando unas voces despertaron su curiosidad y, levantando la cabeza, observó a los tres hombres algo escandalosos que se dirigían hacia él. Sin prestarles más atención que al resto de los turistas, volvió a sus tizas y a sus trazos, pero poco a poco los escuchó aproximarse y de pronto sintió sus miradas sobre el suelo, su suelo, y un tintineo de monedas al caer en su gorra.

—Te juro que esperé disfrutar de esta semana de vacaciones y sorprenderme cada día, pero esto es demasiado pedir hasta para mí.

El turista apoyó sin mucho cuidado su pie encima del dibujo y restregó la punta, recreándose en el movimiento y llevándose con él una parte de la vegetación que el artista acababa de pintar. Gabriel frunció el ceño, molesto, y no solo por la poca delicadeza del hombre, sino porque reconoció esa voz; alzó de nuevo la mirada, manteniéndosela al hombre. Seguía igual, los ojos claros observándolo con sorna y el pelo rubio demasiado corto para su gusto. Siempre los había unido una relación de amor/odio. Aunque de niños habían estado muy unidos, la adolescencia se convirtió en un juego de rivalidades, acentuado por sus dos familias.

—Nunca has tenido cuidado con mis cosas —le reprochó Gabriel.

—La calle es de todos, hermano. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Ni en mis mejores sueños me imaginé encontrarte así, Gabriel.

—¿Cómo estás, Eloy?

—Ahora mismo en la gloria. Después de tres años esperaba algo más que verte mendigar.

—Yo no lo considero mendigar...

—Haces garabatos en el suelo por unas monedas, eso es mendigar —cortó Eloy—. Quién te ha visto y quién te ve. ¿Dónde han quedado los trajes de Armani y los deportivos? ¿Dónde ha quedado tu orgullo?

—No te debo ninguna explicación y no espero que entiendas que tengo más orgullo ahora que hace tres años.

—No digas bobadas, esto es patético y a la vez reconfortante para mí. Aunque la verdad es que me importa una mierda. No te ofendas, pero me encanta ver lo bajo que has caído. Mientras yo, mírame, mejor que nunca y a punto de prometerme ya sabes con quién.

—Te agradecería que te fueras, llevamos años sin vernos y no me gustaría que mi suerte cambiase ahora. —Sin saber cómo, esa última afirmación le había molestado de verdad.

—Por supuesto, no quiero que el que me vean contigo dañe mi reputación. Adiós, Gaby.

—Hasta nunca, Eloy.

Eloy se alejó unos pasos y, antes de continuar, se dio la vuelta para lanzarle una última moneda.

—¡Ah, por cierto! Gracias por alegrarme el día.

Y sin decir más prosiguió su camino charlando entre risas con sus dos acompañantes que lo esperaban a distancia. Sin embargo, ese encuentro había caldeado el ánimo de Gabriel, era la última persona con la que esperaba tropezarse allí y no porque descubriera lo que hacía, sino por su forma de entender las cosas, por su enemistad y porque conocía su vida anterior. Deseaba que se marchara de la ciudad y no volver a verlo y deseaba que no contase dónde lo había encontrado, aunque suponía que era mucho desear; seguro que lo airearía a los cuatro vientos: Gabriel Osorio de Sarrión y Blasco pintando por las calles de Roma. Con suerte y con el tiempo solo sería eso, un chisme más, porque su padre no quería saber nada de él e incluso lo amenazó con desheredarlo al marcharse y no lo molestaría allí. Lanzó un suspiro y regresó a su suelo, limpiando la parte que Eloy había estropeado para volver a dibujarla.

No obstante, ese encuentro le trajo a la mente de nuevo ese lago y esa conversación íntima que tuvo con ella antes de escapar. Le trajo a la mente su cara de desilusión, sus ojos azules llorosos que mantenían la compostura, su incredulidad ante su gesto de rechazo y el olor de su pelo al mecerse con el viento. Sensaciones que no entendía por qué seguían en su mente. ¿Serían sentimiento de culpa? Aquella noche ella le había confesado su amor; él sospechaba algo, pero nunca se había querido enfrentar a ello y su declaración llegó en el peor momento posible, cuando los nervios estaban a flor de piel con su familia y su vida patas arriba, y fue ella la única que sufrió las consecuencias, ella que ninguna culpa tenía, pero que era el origen de todo el descontento, ella que era la heredera ansiada por todos y el mejor regalo para él y su familia, como le decía su padre: una oportunidad que no debían desaprovechar. Y, cuando le dijo que era el elegido, huyó. Ver a Eloy refrescó sus emociones y se había mordido la lengua para no preguntarle por ella, aunque al parecer ya tenía un prometido y todo seguía su curso. Mejor así, siempre había lamentado dejarla sola y sus sentimientos eran encontrados; sin embargo, hablar de amor era demasiado y, entonces, por qué no podía dejar de pensar en ella, de sentirlo por ella, de preocuparse por ella, de molestarse porque estuviera con Eloy. No creía que fuera amor. Sí, solo era sentimiento de culpa.

Esa noche no durmió bien. Oía a Max roncar en la otra habitación y a Annette hacer el amor con

el amante un millón. Si el insomnio te acompañaba, era normal que los sonidos te alteraran, y allí había de todo menos intimidad. El piso que compartían era enano y las paredes tan delgadas como el papel, pero era lo único que se podían permitir. Nada quedaba ya de la gran mansión con jardín, en el que se perdía de niño, que fue su hogar. El ruido urbano, eso fue a lo que más le costó acostumbrarse, a los fuertes sonidos que entraban por la ventana, a los gritos de los vecinos ante cualquier pelea, al ladrido de un perro de compañía. Todos esos años había estado aislado de todo ese ajetreo, de todo el ritmo de lo cotidiano. Y esa era ahora su vida: un piso minúsculo y un barrio ruidoso y vivo en exceso. El alquiler del piso entre los tres era barato y compartían todos los gastos básicos, al igual que los demás inquilinos de su bloque, todos jóvenes sin muchos recursos. Allí y en los otros edificios de pisos que formaban el barrio todos se conocían y eran un apoyo cuando se los necesitaba, una fraternidad desde la pobreza que nunca había sentido en su vida anterior de lujos.

Cansado de mirar y oír en la oscuridad se levantó y se puso a pintar, era lo que le ayudaba a dejar de pensar y a evadirse. ¡El maldito Eloy había conseguido perturbar su sueño!

—¿Aún sin dormir?

Annette salió de su habitación al ver algo de luz, su amante se había dormido después de la intensa sesión sexual, y se sentó en el sillón retapizado de segunda mano que ocupaba el rincón, cruzando sus largas piernas sin nada más que la ropa interior.

—Una noche movidita, ¿no? —le dijo Gabriel.

—¿Te he desvelado?

—No te preocupes, no tenía sueño.

—Venga, ¿qué te pasa? ¿Tiene que ver con el tío de esta mañana?

Gabriel abrió mucho los ojos ante la pregunta; ella siempre conocía lo que ocurría en su vida, de alguna manera se enteraba.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijo Bea, que se lo dijo Guido, que se lo dijo Noah, que estaba cerca de ti cuando ocurrió. ¿Quién era?

La relación que Gabriel tenía con Annette se había afianzado en esos años, era la que primero le tendió una mano cuando se marchó y gracias a ella pudo reorganizar su vida sin miedo a un futuro incierto. Nunca les unió nada más que una gran amistad, aun así, nunca le había hablado de su vida antes de conocerla, había detalles que prefería ocultar. Pero se dio cuenta de que posiblemente era el momento de hablar y ¡vaya si lo necesitaba! Su pasado le había dado una bofetada en todos los morros sin esperarlo y los recuerdos pedían paso en su mente, atormentándolo. Se alegró de que una cadena de sus conocidos le hubiera ido con el cuento.

—Un amigo de la infancia.

—¿Amigo? Pues me dijeron que se comportó como un auténtico hijo de puta.

—Es más complicado.

—Soy toda oídos.

Gabriel resopló, ella no parecía querer marcharse sin entenderlo y se recostó en el sillón.

—Verás. Yo pertenezco a una familia, digamos, noble, de España; él, a otra, y siempre estuvimos juntos: en el colegio, en el internado, en las vacaciones; incluso llegamos a rivalizar por las mismas cosas.

—¡¿Eres rico?!

—No, ya no; mi padre me desheredó cuando me negué a seguir sus órdenes.

—¿Qué pasó?

—Había una chica, Leonor, una amiga de la infancia, un amor de niñez y con el tiempo la perfecta esposa y heredera para cualquier grande de España; esa era la idea de mi padre: unir nuestras dos familias.

—¿Y por eso te marchaste?

—Me vi como él, como todos ellos. Abocado a una vida social impuesta, a una vida llena de actos innecesarios, de farándula y de fingimientos, sin poder realizarme más allá de lo conveniente, sin poder pintar, sin poder realmente vivir. Mi padre no lo entendió, supongo que la relación tirante que él tuvo con mi abuelo también marcó su carácter hacia mí y su ultimátum fue claro: o aceptaba o nada; yo debía conseguir a la heredera a como diera lugar. Pero todo se complicó cuando Leonor me confesó que era a mí a quien quería y ese amor inocente de la niñez cobró forma sin que yo me percatase. No podía seguir así, la única esperanza que tenía entonces era que ella eligiera a otro y no fue así. No podía andar ese camino que todos querían que siguiera, me ahogaba, todo se volvió negro a mi alrededor; por una vez me cargué de valor y la decisión fue solo mía. A pesar de los conflictos que ocasionaría a mi familia y de tener que abandonar a Leonor de la forma más cobarde y miserable, me largué sin mirar atrás, sin dar explicaciones. No he vuelto a saber de ellos hasta hoy, al volver a ver a Eloy, y me ha informado de su compromiso con Leonor.

—¿Y eso te molesta?

—No sé, aunque supongo que lo esperaba.

—Después de todo solo es un amor de la niñez.

—Sí, solo un primer beso con diez años en un lago.

—Solo...

—Sí, espero que sea feliz y que me haya olvidado.

—Hay veces que no es tan sencillo. El amor es así...

—¿Amor? Eso es mucho decir.

—Ya. —Annette lo miró fijamente a los ojos y allí, en sus oscuras profundidades, vio las cosas que él no le había contado, los sentimientos que se ocultaban, que ni siquiera él parecía conocer—. Me voy a dormir, haz tú lo mismo.

Entre ellos nunca hubo nada más que un mutuo cariño; ella sentía que debía cuidar de él y desde que lo conoció en las playas de Mallorca habían estado juntos. Annette vio una fuerza en él que pocos tenían, sintió sus ganas de vivir, de ser feliz y, desde esa tarde hacía ya tres años

que se sentó en su pequeño taburete para que le pintara un retrato, fue su compañera de viaje. En ese entonces Gabriel no tenía claro qué hacer con su vida más allá de la aventura veraniega y fue ella la que se movió hasta conseguirle un futuro; tenía sus contactos en Roma y allí se lo llevó. Max llegó después, pero con él era distinto. Como siempre decía, era una hoja transportada por el viento, y ese viento lo había dejado en su casa por un tiempo, hasta que se cansara y volviera a volar. Sin embargo, Annette sabía que, en el fondo, Gabriel necesitaba cierta estabilidad, y sus pesquisas, así como su gran talento para pintar, se la consiguieron. Le dio un suave beso en la mejilla y le acarició el pelo antes de marcharse a su cama.

2

La joven se acercó a él y lo abrazó por la espalda con cariño, mostrándole su apoyo; lo hacía desde niña, pero enseguida sintió la tensión de su cuerpo, su postura forzada hacia su gesto y lo soltó. Él la miró, estaba llorando, y ella supo que algo muy malo había pasado en la casa.

—Estoy harto —dijo él manteniendo su vista fija en el lago.

—Es normal que discutáis, ya deberías estar acostumbrado.

—Pero esta vez ha sido distinto, yo... —El joven frunció el ceño—. Creía que estabas jugando a las cartas con tu prima.

—Te he oído salir y...

—Siempre buscas consolarme, sin embargo, hoy no es buen día.

—Quiero decirte algo.

Ella se situó a su lado y lo tomó de la mano, era ahora o nunca; a pesar de la situación, iba a seguir adelante. Llevaba días queriendo hablar con él y creyó, al verlo salir enfadado, que ese era el mejor momento, mientras lo consolaba, como siempre hacía, ella era lo único que no cambiaría. Quería decirle que estaba a su lado y que iba a estarlo el resto de su vida, que, después de todos esos años, era él; siempre había sido él.

—De verdad que no es un buen momento.

Pero ella había tardado mucho en decidirse y no iba a volver a dudar, ya no. No esperó más o no se atrevería.

—Te quiero, eres mi vida...

Él la miró con sorpresa y se alejó un paso de ella.

—Yo...

—Sé que quizás es precipitado, pero quería que supieras que eres tú al que quiero a mi lado para siempre, que...

—Ya basta, por favor. —Él levantó la voz para callarla, no quería que siguiera hablando—. No habrá nada entre nosotros, nunca. Elige a otro.

Ella se quedó muda, con los ojos muy abiertos, sin entender. ¿Había dicho nunca? Lo miró a los ojos y no encontró la mirada dulce con la que solía mirarla, no vio nada en ellos, eran un

pozo insondable, no había amor. Él no dijo más, salió de su campo de visión y se adentró en la casa. Ella ya no volvió a verlo.

***

Leonor miraba por el gran ventanal de su habitación; cada vez que regresaba a la casa del lago tenía ese sueño, más bien esa pesadilla porque no era una invención de su cerebro, sino un muy mal recuerdo. El viento de la mañana agitaba los grandes álamos que bordeaban el lago dándole a las sombras que dejaban las hojas en el suelo ese aire mágico que el paraje despertaba en el que lo contemplaba. Ese verano la idea era pasarlo en la campiña y el lago. La casona y la propiedad pertenecían a su familia desde que sus bisabuelos la edificaron a principios del siglo xx y desde entonces se convirtió en un pequeño paraíso y refugio para descansar. Era un lugar que a ella siempre le había apasionado, al que siempre llevaba a sus amigos; sin embargo, desde hacía unos años ese rincón idílico le pesaba en el alma, ya no tenía el mismo color, el mismo olor y la misma belleza de antes, no le traía buenos recuerdos, pero era el treinta aniversario del matrimonio de sus padres y, como acostumbraban cada diez años, reunirían allí a todos los familiares, amigos y compromisos, dispersados en la gran residencia de la propiedad.

Cada vez le costaba más mantener la compostura ante las miradas de los que se reunían, esperando como agua de mayo que la heredera eligiera marido entre los de su clase y sin darse cuenta de que, cuando hacía tres años lo había hecho, lo único que consiguió era que el gran amor de su niñez y, posiblemente de su vida, saliera huyendo, abandonando su vida, a su gente y a sus amigos. Siempre se culpó por lo ocurrido, porque fue entonces cuando él huyó, fue justo en el momento en que ella, por fin, se había cargado de valor por confesarle todo lo que sentía por él, todo lo que tantos años se había callado y lo único que consiguió fue que sus esperanzas se hicieran añicos, que él destruyera con una piedra su palacio de cristal, que le destrozara el corazón con su rechazo. Y desde entonces aún había sido peor, ya que no lo había vuelto a ver y le costó mucho superar la añoranza de su sonrisa, de su voz, de sus abrazos de amistad. A pesar de todo, decidió no hundirse en su pena y se sobrepuso, sacó fuerzas de flaqueza y tomó la terminante disposición de que no quería pasar por lo mismo, por el dolor del desamor y desde entonces resolvió no volver a enamorarse, así le resultaría más fácil. Sin embargo, no podía dar el paso y elegir, había estado con algunos chicos, pero nada revolvía su corazón, ninguno llegó a apasionarla.

Cuando de niña pensaba en su futuro perfecto, se veía al lado de su amado, aquel con el que jugaba, aquel con el que compartía todo, con el que reía, con el que sentiría el más absoluto placer; vamos, un cuento de hadas, pero su príncipe azul no sentía lo mismo que ella. Ahora, cuando pensaba en su futuro, se veía al lado de alguien que la respetara, que la hiciera sentirse cómoda y que quisiera vivir a su lado- El amor había pasado a un segundo plano. Por eso creía que Eloy de Guzmán, a pesar de su carácter a veces irritante, era el mejor candidato. Desde niños

formaban parte también del mismo grupo, sus familias casi estaban a la par y él siempre le dejó claro cuáles eran sus intenciones con ella, pero algo en su interior la frenaba. Ese verano acabaría con ese muro.

—Leonor, cariño, tienes que venir y revisar el vestidor que vas a usar, no quiero que coincidamos en colores o modelos.

—Sí, mamá, ahora voy.

Los deberes sociales la sacaron de su viaje por los recuerdos; iba a ser difícil regresar al lago y no verle en la orilla bajando la cabeza cuando ella le habló de sus planes.

—Si necesitas algo más, avisas a tu prima; ella viene pasado mañana y puede traerte lo que te falte.

Su madre se paseaba de un lado a otro controlando todos los preparativos para los siguientes quince días de celebración, organizando a los encargados del ágape, de la decoración y de la cocina. Había llamado a su mejor chef, a su mejor diseñador y a su *personal shopper*, a su jefe de protocolo y a un ejército de doncellas y asistentes para que todo estuviera en regla. Habría una marabunta de gente durante esos días y Leonor sabía que se sentiría sola, solo esperaba que su prima Amelia le hiciera las veladas más entretenidas; ella era su paño de lágrimas.

Salió del dormitorio y, sin muchas ganas de revisar nada, se dirigió al guardarropa para descubrir una gran cantidad de vestidos, trajes, zapatos y complementos en diversos colores. Preciosos modelos de bordados y transparencias de Elie Saab, junto a otros de Carolina Herrera, Dolce & Gabbana o Cavalli y zapatos de Manolo Blahnik o Jimmy Choo, cubrían todos los rincones del vestidor y dentro de un par de días ocuparían su cuerpo y lo adornarían con lo más parecido a la perfección que puede lucir una mujer, aunque la procesión iba por dentro. Por suerte, aún le quedaban esos dos días para disfrutar del aire libre y salir a cabalgar por los alrededores, nadar en el lago y aclarar sus ideas, quizás todos tenían razón y era hora de tomar decisiones, de quitarse por fin la presión de encima y dejarse llevar, de madurar de una vez.

Cogió uno de esos vestidos y colocándoselo por encima se miró al espejo. La belleza no era el problema, su larga melena rubia dorada y sus ojos azules siempre habían levantado pasiones, nunca le habían faltado pretendientes; su prima siempre le decía que debía aprovecharse, por eso su condena era aún peor. ¿Por qué tuvo que ser ella la que descubriera que el amor era eterno, incluso el no correspondido? ¿Por qué no podía aprovechar su físico, su dinero, su cultura para disfrutar de los hombres? ¿Por qué él seguía en su mente como grabado a fuego sobre su piel? ¿Por qué? Arrojó el vestido sobre la cama y salió de allí; necesitaba sentir el agua fría sobre ella, embotar sus sentidos con la cabeza debajo del lago unos segundos y agotarse nadando.

El 10 de julio empezaron a llegar los huéspedes de la familia Torres de Alvarado y Castro. Amelia llegó con ellos. Las dos primas no tardaron en reencontrarse y contarse los últimos cotilleos del mes que habían pasado separadas.

—No te vas a creer con quién se ha liado Marga. —Amelia siempre conseguía que Leonor

regresara a la realidad.

—¿Con quién?

—Es alucinante, el otro día en la fiesta de fin de carrera de Derecho...

—¿Me lo vas a decir o no?

—Uff, ¡qué genio!

—Siento haberte gritado, es que no tengo un buen día.

—¿Solo el día? Tu madre dice que estás huraña desde que llegaste. ¿Quieres contármelo?

—Es la celebración, es la organización, es el lago...

—No digas más, creía que ya lo habías superado y habías decidido seguir adelante. Leo, han pasado tres años.

—Sí, ya, pero volver aquí y ver el atardecer en la plataforma no ayuda.

—¿Y qué pasa con Eloy?

—No pasa nada, ya hablaré con él.

—¿Seguro?

—Por supuesto, mi decisión al respecto no ha cambiado; será el elegido, es lo mejor.

Amelia observó cómo su prima bajaba los ojos hacia el suelo y pensó que, si no podía ser su antiguo amor, Eloy era la opción lógica, aunque ella no lo tragara.

—Pues al final no te he contado lo de Marga: se enrolló en la fiesta con su profesor de Derecho Romano...

Por lo menos tenerla allí iba a alegrarla. Siempre se entretenía con ella; su forma de ver la vida y de disfrutarla era mejor que la de ella. Su prima vivía el momento, sin preocupaciones y le iba a la perfección. Al igual que con muchos de su grupo de amigos, ellas estaban juntas desde niñas, incluso pasaban las vacaciones juntas, bien en casa de una o de la otra; sus madres eran hermanas y siempre había sido así. Con el paso de los años, esa amistad de niñez se fue afianzando y convirtiéndose en un lazo fuerte e irrompible de dos chicas que se entendían y se apoyaban. Amelia de Castro era la única que conseguía sacarla de su negro mundo cuando este amenazaba con engullirla y le devolvía la sonrisa. Gracias a ella había superado su pena, recuperado su confianza y su fuerza y rehecho su vida. Tenía un carácter risueño y algo mandón, siempre sabía lo que quería y luchaba por ello; siempre había llevado la voz cantante en el grupo, desde niña, y eso era algo que a Leonor le gustaba.

Las dos se dirigieron a la habitación que ocuparía Amelia, al lado de la de Leonor, pero antes pasaron por su vestidor y ella le enseñó los modelitos que le habían llevado.

—Son maravillosos, vas a estar guapísima con ellos. —Amelia no sabía cuál le gustaba más y los recorría todos con la mirada.

—Si te apetece puedes elegir alguno, hay demasiados.

—Este —dijo cogiendo uno verde claro—. No, este, o este... No sé, no sé. —Miró a su prima, que sonreía de forma leve—. No te preocupes, pasaremos unos días geniales; los chicos vendrán mañana y de nuevo la pandilla estará junta. La verdad es que tengo ganas de ver a Guillermo. —

Leonor vio el brillo en sus ojos, la emoción del descubierto amor y sonrió.

—¡Qué callado te lo tenías!

—Bueno, él tampoco sabe nada. En este último mes nos hemos visto un par de veces, pero nada serio. Creo que voy a intentarlo este verano. ¿Tú qué crees?

—No pierdes nada, además, es un gran tío y el mejor amigo de Gabriel, por lo menos lo era.

—No vayas por ahí, cambiemos de tema. El vestido rosa palo para mí, a las rubias no os queda bien ese color.

Amelia le guiñó un ojo, era mejor dejar el tema *Gabriel* hasta que ella estuviera más relajada, rodeada de más gente y disfrutando. Leonor cogió el vestido y se lo dio a Amelia; sus ojos y su pelo oscuro destacarían con ese color. El resto del día lo pasarían acomodándose y dando paseos. Siempre les había gustado recorrer los alrededores y caminar entre los árboles del bosque.

—Buenos días, belleza.

Leonor regresaba de darse un baño refrescante en el lago, el agua fría de la mañana la despejaba, cuando vio que Eloy se aproximaba por el caminillo empedrado que llegaba a la plataforma del agua. Hacía tres días que todos sus amigos y sus respectivas familias habían llegado al lago y ya habían organizado la primera fiesta del pijama; incluso Amelia se había declarado a Guillermo y ambos pasaban ratos solos descubriendo su mutuo interés.

—Ya pensaba que no ibas a venir.

—No me perdería unos días contigo por nada del mundo, pero es que he pasado unas pequeñas vacaciones en Italia con unos compañeros y me muero de ganas de contároslo. Hemos quedado para almorzar juntos.

—Me doy una ducha y acudo.

—¿Quieres que te acompañe? —musitó intentando provocarla.

Sonrió y se acercó para abrazarla, pero ella rehusó el gesto evitando la unión, apoyando la mano en su pecho, sintiendo tensarse los músculos bajo su tacto. Era un hombre guapo, pensó Leonor. ¿Por qué no la atraía? Aunque siempre se sorprendía buscando excusas tontas: es demasiado rubio, tiene los ojos demasiado claros, el pelo demasiado corto, está extremadamente cachas. Y no solo le ocurría con él, sino con muchos más; se pasaba el rato buscándoles parecidos razonables a... Mucha gente era capaz de separar el sexo del amor y disfrutar de ello, pero ese no parecía su caso, tampoco lo había intentado; quizás, si pasaba un rato entre las sábanas con Eloy, cambiaba de opinión; seguro que él sabría excitarla.

—Todo a su tiempo, Eloy.

—Sabes que tenemos que hablar, concretar nuestra relación. He pensado que, si te parece bien, lo mejor será anunciarlo después del verano, un anuncio oficial a principios de otoño sería lo adecuado, con regalos de compromiso y todo eso.

La conversación empezó a marear a Leonor, a darle dolor de cabeza; habían pasado de buscar sexo y placer a imposiciones sociales que no le apetecían nada de nada. Quería irse de allí, ya, y

cerrar el tema.

—Ahora voy a vestirme, nos vemos en el almuerzo.

—Por mucho que busques posponerlo, acabará llegando.

Leonor le hizo un gesto con la mano y se alejó, sabía que Eloy tenía razón y sabía que llegaría el día del anuncio; a veces la hacía sentirse como un premio que él había conseguido. Resopló; en esos momentos, solo buscaba disfrutar de las celebraciones de sus padres y de sus amigos.

Entró a la casona mientras Eloy la seguía con la mirada; estaba realmente guapa en bañador y su cuerpo reaccionó: la deseaba. Llevaba en continua excitación desde que había visto a Gabriel en Roma, incluso podría decir que le parecía mucho más atractiva desde ese día. Se sentó sobre uno de los bancos que había a la orilla del lago y esperó un rato, el que consideró suficiente para que ella se diera esa ducha que necesitaba, pero estaba decidido a tomar la iniciativa esa mañana, a no quedarse más con las ganas, a probar, a intentarlo y cambiar su estrategia pasiva con ella por una más viril. Con una sonrisa de convencimiento salió tras ella.

Eloy entró en su habitación sin llamar, sin avisar, justo en el momento en que Leonor salía del aseo. Al verlo delante de ella, Leonor se paró en seco, observándolo y sin saber qué decir. Fue él el que rompió el hielo con decisión.

—Ya te dije que podía acompañarte en la ducha, pensé que estaría bien empezar el día con actos más agradables.

Eloy se aproximó despacio y ella no se alejó, entendía cuáles eran sus intenciones, lo notó al ver la condición de su entrepierna y, aun así, se quedó quieta. Él aprovechó su disposición y, cogiendo la toalla que la envolvía, la dejó escurrirse a lo largo de su cuerpo; ella lo dejó hacer, quizás era el momento de ir más allá. Él acarició despacio sus hombros y hundió sus labios en el hueco de su cuello, aspirando el aroma a rosas que emanaba su cuerpo y notando cómo ella elevaba la cabeza entregándose a sus primeras caricias. Eloy no esperó más y rápidamente se desnudó y la condujo hasta la cama sin importarle la humedad de su pelo y de su piel. Los besos y las caricias se volvieron más intensos, más excitantes, más apremiantes, y Leonor se aferró a la poderosa espalda de Eloy cuando este se introdujo en ella con un fuerte gemido, haciéndola sentir una punzada de placer. Intentó acompasarse a su ritmo, intentó igualarse a los gemidos del joven, intentó sentir todo lo que él sentía, pero no lo consiguió. Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que ese acto sexual con Eloy era parecido a los encuentros que había tenido con otros hombres a lo largo de su vida: placentero pero insuficiente para ella, siempre le faltaba algo más. Sin embargo, siguió disimulando y disfrutando del leve placer que le daba hasta que él acabó y se relajó sobre ella. Cuando se incorporó para contemplarla, Leonor improvisó una sonrisa de satisfacción.

—Llevo mucho tiempo deseando hacer esto. Deseando demostrarte lo que podemos conseguir juntos.

Leonor asintió; en el fondo, ella también quería que pasase, aunque hubiera tardado tanto tiempo en decidirse, aunque hacía media hora hubieran tenido un encuentro algo desagradable en

el lago. Pero también había disipado sus dudas con Eloy: fuera con quien fuese nunca sería perfecto. Quizás estaba clara ya su posición: Eloy le valía para su futuro, sin embargo, aún no iba a hacer definitiva su decisión con él, aún tenía todo el verano para evadirse de las responsabilidades; el sexo solo había sido un desliz.

—Supongo que ha sido inevitable —dijo Leonor.

—Deberíamos hacer oficial ya nuestra relación.

—No vayas tan rápido, Eloy, solo ha sido un desahogo, nada vinculante. Y espero que no cuentes nada de esto.

—¿Entonces?

—Aún no he decidido nada, solo me dejé llevar al verte invadir mi habitación, nada más.

—¿Solo un desahogo?

—Exacto. —«Y menuda decepción», pensó ella.

—Algo es algo. —Eloy la besó en el hombro—. Poco a poco te darás cuenta de lo que soy para ti.

Se levantó de la cama, recogió su ropa y salió de la habitación dejando a Leonor tumbada y mirando al techo. Eloy iba de digno luchador por su amor, pero ella sabía que solo era un premio para él, aunque no lo demostrara; un premio para todos, menos para uno. Cerró los ojos antes de empezar a vestirse para el almuerzo; no contaría a nadie lo que había ocurrido con Eloy, ni siquiera a Amelia, y esperaba que Eloy tampoco lo hiciera; al fin y al cabo, no querría enfrentarse a su enfado.

En el almuerzo se juntaron todos los que solían formar el grupo desde niños y, por supuesto, Amelia se las ingenió para seguir al lado de Guillermo, que reía ante sus comentarios; hacían una buena pareja. Eloy, más cariñoso de la cuenta, se sentó al lado de Leonor y de vez en cuando le acariciaba la mano y le ofrecía algún bocado de salmón, rellenando su copa de vino a menudo. Podían hablar entre ellos sin que los que estaban cerca se enterasen y eran constantes los susurros de Eloy en su oído.

—Estoy deseando estar de nuevo a solas contigo.

—No digas nada, prométemelo.

—¿Por quién me tomas? Soy un caballero, además, a nadie le extrañará nuestra aproximación. —Eloy miró a Leonor, que frunció el ceño, haciéndole notar su negativa—. De acuerdo, esperaré, te esperaré —le dijo finalmente con un guiño.

—Estos días son para disfrutar en compañía de todos, no para intimidades.

—¿Y por las noches? Cuando ya todo quede en silencio y bajo el manto de la oscuridad.

—¡Qué poético! ¿Y haremos el amor a la luz de la luna?

—Si tú quieres... Lo estoy deseando.

—No digas bobadas, la cursilería no te pega nada.

Leonor desvió la mirada para zanjar el tema, empezaba a sentirse incómoda.

—Parece que te esté aburriendo —dijo él.

—Hablemos de otras cosas, a ver.

—Como veo que no te interesan mucho mis conversaciones, cambiaré de registro. Tengo algo que seguro llamará tu atención; bueno, la tuya y la de los demás. —Carraspeó y golpeó una cuchara contra la copa para pedir silencio—. Chicos, os traigo nuevas desde Roma. Paseaba tranquilamente con unos amigos cerca de la Piazza de Spagna, cuando vi lo que nunca esperé ver. Allí, agachado, pintando en el suelo por unas monedas, estaba nuestro querido amigo Gabriel Osorio.

Todos los allí reunidos se sorprendieron, pero no tanto como Leonor. Ella no contaba con escuchar ese nombre tan de repente, saber su paradero en esos momentos críticos de su vida.

—Estás mintiendo —fue Guillermo quien habló.

—¿Por qué iba a mentir? ¿Qué consigo con eso?

—No me tires de la lengua, Eloy —amenazó Guillermo.

—Por favor, nunca me rebajaría a hablar sobre él si no fuera verdad.

—¿Rebajarte? Nunca te has podido igualar a él, así que no me jodas. Déjate de cuentos chinos.

—No miento, Guille; tu querido amigo mendigaba para poder comer como la vulgar mierda que siempre ha sido.

Guillermo no aguantó más y se incorporó de golpe dispuesto a pegar a Eloy, pero otro de los chicos se lo impidió.

—La única mierda aquí eres tú —escupió furioso.

—No pagues conmigo el que tu querido amiguete se haya olvidado de ti. Solo cuento lo que vi.

—Y seguro que te encantó humillarle.

—No negaré que disfruté.

—Me largo de aquí, no soporto ver tu careto. Lo siento, Leonor, ya nos veremos después, necesito tomar aire.

Guillermo dio un golpe a la silla al salir y se marchó sin decir más. Estaba enfadado y no solo con Eloy, sino también consigo mismo y sobre todo con Gabriel, con ese amigo, casi un hermano, que se había marchado y del que no había vuelto a saber nada. Sin embargo, allí estaba el imbécil de Eloy diciéndoles que lo había visto en Roma y pasando necesidades. ¿Qué debía hacer? Al salir se retiró el pelo cobrizo de la frente y recibió con ganas la brisa del lago. Lo primero era calmarse y abandonar su enfado. Por el momento iba a dejar pasar unos días para aclarar sus ideas, para pensar y para celebrar el aniversario de los anfitriones, pero después... Algo le rondaba la cabeza.

—¿Estás bien?

Amelia lo había seguido, ella sabía lo que echaba de menos a Gabriel desde que se fue y sabía lo mal que se llevaba con Eloy.

—Sí, algo mejor; ha sido un impacto.

—No hagas caso a Eloy, se siente el ganador en este triángulo.

—No creo que haya un triángulo, Gabriel no luchó.

Guillermo miraba más allá del lago, recordando las veces que se habían bañado los dos juntos de niños, los juegos acuáticos, las carreras inocentes. No podía mirar a otro lado.

—¿En qué piensas?

—Voy a ir a Roma cuando acaben los eventos aquí, quiero comprobarlo por mí mismo y ver si hay alguna posibilidad de que me explique sus motivos reales, de que decida volver a luchar.

Amelia lo miró a los ojos color miel y sintió su convencimiento; iría a Roma y lo buscaría y todo se pondría patas arriba. Eloy no había sido muy listo al contarlo, no era el momento adecuado, pero a ella lo que le preocupaba era su prima Leonor, lo que esa noticia habría despertado en ella. ¿Podría quedarse todo en una mala noticia? ¿En un encuentro casual sin más? Intentaría convencerle durante esos días.

El almuerzo había continuado, la conversación se centró en lo que Eloy había hecho por Italia y Leonor oía de fondo cómo reían con sus comentarios y disfrutaban de sus fanfarronadas; siempre era el centro de atención. Pero su mente estaba ocupada en otra cosa: Gabriel estaba en Roma, Gabriel estaba en Roma. Ella visitó la ciudad hacía un año para un desfile de moda. ¿Había estado tan cerca de él? Continuaba en la reunión por orgullo, para que ninguno de los presentes notara su intranquilidad y seguía la conversación sin saber realmente de qué hablaban, aunque lo que le apetecía era irse como habían hecho Guillermo y su prima y dar rienda suelta al nudo que sentía en su garganta y que amenazaba con hacerla llorar, porque la imagen de Gabriel, de su pelo oscuro cayéndole en suaves rizos sobre sus ojos negros, no la abandonaba.

3

Pablo Osorio de Sarrión miraba sus cartas sin mucho entusiasmo; esa noche no era su noche, no había manera de tener una buena mano. Torció el gesto y las lanzó sobre la mesa.

—Paso.

—Osorio, no estás en lo que deberías estar —le dijo Luis de Guzmán sonriendo ante su abandono.

—No es tu noche —afirmó Roberto mirándolo con intensidad; ciertamente su mente no estaba allí.

Roberto Arias había conocido la noticia de boca de su hijo Guillermo, que, muy nervioso, le contó lo de Gabriel. Sus familias siempre habían estado unidas, incluso antes de que los hijos nacieran. Roberto y Pablo habían sido íntimos amigos, por eso sabía que en esos momentos tenía otras preocupaciones.

—Eso parece, así que me retiro ya —contestó Pablo levantándose de la mesa.

—Voy contigo —se ofreció Roberto.

—No hace falta, me voy a dormir y a ti la noche no te va mal.

—¿Necesitas alguna cosa? —le preguntó Ángel Torres; como anfitrión y amigo, debía ofrecerse a ayudarle.

—No, buscaré a Beatriz y mañana será otro día.

—Como veas.

—Es normal, no todos los días uno se entera de que su hijo está mendigando —soltó Luis sin ningún miramiento; la situación lo divertía, al igual que su hijo Eloy, se sentía el vencedor.

—Cierra la boca, Luis —le recriminó Roberto.

—Te toca —le dijo Ángel, desviando la atención de Pablo, que con los ojos de los demás fijos en él y sin decir nada a Luis se alejó de la sala.

Pablo avanzó en la oscuridad evitando la luz que dejaban los farolillos esparcidos por el jardín. Las esposas estarían posiblemente juntas, como lo estaban ellos, y Pablo no quiso molestar a la suya; se fue solo a pasear por los alrededores. La luna estaba llena y alumbraba sus pasos. Era lo que necesitaba después de las revelaciones del día. Beatriz había pasado toda la mañana llorando

en su habitación; él sabía que lo culpaba por la marcha de su hijo, pero ¿qué podía hacer él? Las cosas habían llegado a un nivel peligroso entre ellos y ese fue el desenlace obvio. Sin embargo, había veces que aún esperaba verlo aparecer por la puerta, aunque sabía que su hijo era demasiado orgulloso para hacerlo. Cuando les llegó la noticia, Beatriz le reprochó que no cogiera el primer vuelo a Roma para traerlo a rastras, para obligarlo a volver; le gritó que no entendía cómo podía quedarse tan tranquilo sabiendo que su hijo mendigaba, que era un mal padre y un egoísta. Pero no hacía falta que ella se lo dijera, porque él ya lo sabía; fue un padre pésimo y tenía miedo de mirar a su hijo a los ojos y ver el rechazo; era algo que no podría soportar. Una hora después de aguantar el llanto y las recriminaciones de su esposa, le contó algo que no quería contarle, algo que la tranquilizó: su hijo no mendigaba, tenía una vida en Roma; él conocía lo que hacía allí, lo que estaba pasando y cómo vivía; nunca lo dejó solo, aunque se mantuviera a distancia.

La noche era cálida y caminar por la orilla del lago lo reconfortó. Allí tuvieron la última pelea y allí se separaron, y de eso ya hacía tres años. Y no había pasado ni un día en que no se avergonzara de lo que le dijo, de lo que pasó, de la furia con que reaccionó al ver sus dibujos, de las lágrimas en los ojos de Gabriel al ver cómo su propio padre rompía uno por uno y luego quemaba esos retazos de su alma, ese arte que lo representaba; pero solo pudo gritarle que un Osorio nunca sería un artista sin futuro, un mediocre dibujante de fantasía. El ultimátum fue claro: o se casaba con Leonor y olvidaba sus estúpidas ideas de futuro o dejaría de ser un Osorio y de disfrutar de sus privilegios. Gabriel tampoco se quedó atrás, acusándolo de superficial, de patético representante de rancios abolengos que no era capaz de sentir pasión por nada... Le dio una fuerte bofetada, fue la única vez que le pegó y la mano le quemó más a él que la mejilla a su hijo. Cuando volvió a mirarle a los ojos se dio cuenta de que lo había perdido.

Regresó a la casa una hora después de haberse refrescado con el paseo. Sus amigos aún jugaban a las cartas y su mujer seguía con sus amigas, pero él estaba cansado de las relaciones sociales por esa noche. Se tumbó solo en la cama de su habitación mientras contemplaba la luna desde su ventana abierta. Y, pensando en su hijo, se durmió.

Leonor había contemplado a Pablo Osorio pasear solo por el jardín y entendió lo que le pasaba por la cabeza; ella misma llevaba unos días sin dejar de pensar en Gabriel y en lo que Eloy se jactaba de contar a todo el que quisiera escucharlo. El chisme se había convertido en la comidilla de la reunión, aunque, por suerte, en unos días el nivel de chismorreo había disminuido; muchos eran los que apreciaban a los Osorio y evitaron hacerles daño. Sin embargo, ella necesitó de toda su fuerza de voluntad para superarlo, para que pareciera que no la afectaba, pero eran las noches, cuando estaba sola, lo peor. ¿Gabriel prefería estar pasando necesidades que volver? ¿Tanto era su rencor? Un sonido en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Voy a dormir contigo esta noche. —Amelia se tumbó sobre la cama de su prima—. ¿Estás más tranquila?

—Gabriel ya no es asunto mío.

—Perfecto y ahora te lo crees.

Leonor sonrió y se tumbó a su lado, colocándose de costado para verle la cara.

—He visto a Pablo paseando por el jardín —le contó Leonor.

—Supongo que debe ser duro.

—No sé, siempre he pensado que estaba muy tranquilo con la marcha de su hijo.

—Posiblemente no, y enterarse así de las condiciones en las que está...

—¿Deberíamos hacer algo? —preguntó Leonor.

—Ni se te ocurra, no es asunto nuestro, es cosa de los Osorio, cosas de familia.

—Tienes razón.

—Tú céntrate en tu vida; dentro de dos días es el aniversario de tus padres y vamos a pasarlo genial.

Leonor asintió y se acurrucó contra la espalda de su prima; ella estaba en lo cierto, ya no era su problema y no quería volver a sufrir.

Las celebraciones cumplieron las expectativas de los asistentes: música y baile, manjares, juegos, fuegos artificiales sobre el lago e incluso una fiesta de disfraces como colofón y que sorprendió gratamente a los huéspedes. Los días pasaron demasiado rápido. Leonor había intentado mantener a raya a Eloy. A pesar de que solían pasear juntos, bailar juntos y situarse en la mesa uno al lado del otro, no hubo contacto íntimo de nuevo, no tendría nada más con él hasta que no hicieran oficial su relación, y menos después de la forma en la que habló de Gabriel, de lo desagradable que era cada vez que sacaba el tema y del poco tacto que demostró hacía ella al hacerlo, como si se recreara en su dolor y disfrutara enfrentándola a su recuerdo. Para su gusto estaba demasiado seguro de sí mismo, aceptando que ella ya había olvidado completamente a Gabriel, que teniéndole a él no había más remedio que amarle.

Esa mañana los rayos del sol se habían filtrado con potencia entre las cortinas de su habitación y la habían despertado temprano. Se estiró con pereza y, bostezando, se dirigió al baño. Su prima llevaba ya varias noches sin dormir con ella y haciéndolo más a menudo con Guillermo. Podía oír cómo él acudía a la habitación contigua a la suya a visitar a su prima. Pero a esas horas era temprano para oírlos hablar, fue algo que le extrañó: escuchar sus voces que susurraban al otro lado de la pared. Sin pensárselo dos veces abrió y se asomó. Su prima estaba en la puerta de la habitación con Guillermo, que se disponía a salir y tenía la puerta entreabierta. Habían pasado la noche juntos, eso era lo lógico, pero ¿por qué susurraban a esas horas? Se paró para que no la vieran y poder saber de qué hablaban; la curiosidad le pudo.

—Pensaba que ya te habías convencido de que era una mala idea —le decía Amelia a Guillermo.

—Nunca te dije que me había convencido.

—Bueno, dejaste de hablar del tema.

—¿Y eso significa que haya desistido?

—¡Yo qué sé! Es lo lógico, pero ya veo que me he equivocado.

—Solo esperé a que terminaran las celebraciones por respeto a los Torres. Tengo un billete de avión para las cuatro de esta tarde.

—¿Hoy?

—Sí, no voy a esperar más.

—¿Desde cuándo lo tienes?

—Hace tres días.

—Podías haberlo dicho.

—¿Para qué? Es cosa mía.

—Pues voy contigo.

Guillermo la miró sorprendido, no esperaba esa reacción.

—Por supuesto que no, iré solo.

—De eso nada, yo también quiero ver en lo que se ha convertido, si es verdad que pinta en la calle, y de ninguna manera te voy a dejar solo en Roma. Pensaremos que es nuestro primer viaje como pareja.

—No te haré cambiar de opinión, ¿verdad?

—No, aunque podemos quedarnos discutiéndolo hasta que pierdas el avión o puedes llamar a reservar otro billete.

—Dos más.

Leonor no aguantó y entró en la conversación. Había escuchado en silencio porque no quería entrometerse en una disputa de novios, pero cuando oyó que se dirigían a Roma, seguramente en busca de Gabriel, no fue capaz de resistir la tentación y, sin pensar mucho en las consecuencias, se decidió: si ellos iban, ella iría con ellos.

—¿Estás loca? —le dijo Amelia—. Bajo ningún concepto voy a permitir que tú vengas.

—¿Por qué puedes ir tú y yo no?

—¿En serio te lo tengo que explicar?

—Sí, adelante.

—Tu vida está aquí. ¿Qué pasa con Eloy, con tu futuro, con tu «voy a superarlo todo», como decías? No te haría bien.

—¿Por qué?

—Porque tú eres la afectada.

—Razón de más.

—Te vas a hacer mucho daño.

Amelia intentaba que su prima se enfrentara a la realidad y la posibilidad de volver a verle y de ser de nuevo rechazada. De que Gabriel no quisiera saber nada de ellos. Pero Leonor tenía claro que quería ir.

—Es mi última oportunidad de verle y hablar con él. Te prometo que después se acabó y me

casaré con Eloy, no me quejaré nunca más. Tengo que pasar página de una vez.

Guillermo las observaba mientras lo discutían y se dio cuenta de que a ninguna parecía importarle lo que él pensara.

—Genial, al final mi viaje relámpago para buscar a mi amigo se ha convertido en una excursión.

Amelia sonrió, los tres hacían un extraño equipo.

—No protestes, Guille, vas acompañado de dos mujeres hermosas. ¿Qué más quieres?

—Espero que no haya billetes y tengáis que quedaros aquí.

Amelia le dio un beso para aplacar su molestia y se marchó a la habitación de su prima a preparar el equipaje. Guillermo solo tuvo que esperar unos minutos, sentarse delante del ordenador y comprar dos billetes más.

Leonor abrió el vestidor y repasó la ropa que había en él, no tenían mucho tiempo para prepararse y marcharse al aeropuerto.

—¿Qué nos llevamos? —preguntó Leonor. Amelia ya observaba cierto nerviosismo.

—Habrá que coger un poco de todo, ropa más ligera y si falta algo lo compramos allí.

Leonor asintió y guardó lo que consideró apropiado en la maleta. No quería reconocerlo, pero estaba cada vez más excitada, aunque intentara disimularlo ante la atenta mirada de su prima.

—¿Qué vamos a decirles?

—Todos están a lo suyo, yo creo que no deberíamos decir nada. Dejamos una nota informando de que nos hemos ido de vacaciones y ya.

—¿Tan simple?

—Sí. Guillermo y yo hemos querido pasar unos días contigo antes de tu compromiso, a nadie le extrañará.

Amelia cogió lápiz y papel y escribió, bastaría con decir que querían entretenerse en otro lugar unos días sin el ajetreo del aniversario y que cuando llegaran al lugar escogido avisarían a sus familias, que se iban a la aventura por variar.

A las cuatro y media subieron al avión destino a Roma. Habían dejado la nota en la biblioteca avisando de su inesperada marcha; entenderían que Leonor necesitara desconectar antes de comprometerse, que Amelia la acompañara y que Guillermo se hubiera ofrecido para no dejarlas solas, pero, por supuesto, no habían dicho cuál era su destino.

El viaje en avión se les hizo eterno, cada uno iba ocupado en sus pensamientos. Para Amelia, un viaje que había comenzado como unos días con su actual novio se había convertido en una continua preocupación por su prima porque, aunque ella dijese que estaba preparada para enfrentarse a lo que fuera, ella sabía que no era así y que ver de nuevo al gran y único amor de su vida, al que nunca tendría, no podía ser bueno para su estabilidad mental y no le dejaría un buen sabor de boca, ya que dudaba mucho que Gabriel hubiera cambiado de opinión. Para Guillermo, era la oportunidad de reencontrase con su amigo y darle dos tortas por haberse largado sin

avisarle y sin dar más señales de vida; quería comprobar si realmente mendigaba y decirle que podía contar con él para lo que fuera y que no se interpondría en su forma de vida. Y, para Leonor, era la última confrontación con su pasado, la manera de hacer borrón y cuenta nueva y para eso debía darle el beneficio de la explicación; el no saber qué ocurrió en realidad era lo que le impedía continuar su vida, pero egoístamente quería verlo con sus propios ojos, volver a abrazarlo y decirle que ante todo eran amigos, hablarle de su vida esos tres años y conocer la suya, para que por unos momentos todo fuera como antes.

4

El calor que caía esa mañana sobre la ciudad era insoportable y, de los tres, el único que aguantaba al sol era Gabriel, más acostumbrado al clima mediterráneo, absorto en sus dibujos.

—Vámonos, hoy se derriten hasta las tizas —comentó Annette.

—Hay que aprovechar el verano y los turistas —le dijo Gabriel—, eso es lo que siempre dices.

—Pero hoy no, estoy aburridísima. ¿Max?

—Me quedo con Gabriel. —Max lo apoyaba, pero desde la sombra que le daba uno de los laterales de la calle.

—¡Oh, qué calor! Ahora vengo.

—¿Dónde vas? —Gabriel vio cómo ella se levantaba y se dirigía a la fuente que había en medio de la Piazza—. No serás capaz, Annette, eso está prohibido, nos vas a buscar un lío.

—Pues como siempre —afirmó Max observándola traspasar la barandilla metálica.

La Fontana della Barcaccia dejaba correr el agua invitándola a refrescarse. Un grupo de turistas descansaba sobre la bancada de piedra que rodeaba la fuente, pero ninguno pasaba más allá; desde esa posición contemplaban la escultura de una barca semihundida, símbolo de la que llevó hasta allí la crecida del Tíber en 1598 y construida por los Bernini, ajenos a la mujer que se colaba entre ellos.

Ni los escuchó y tan rebelde como era ella se metió en la fuente ante la atenta mirada de los allí presentes, que pronto la vitorearon y la grabaron. «Sería un buen video para YouTube», pensó Gabriel mientras veía cómo se acercaban también dos policías y corrían tras ella como si de un *sketch* de Benny Hill se tratara. Annette le guiñó un ojo al pasar a su altura y se escabulló por las estrechas calles colindantes.

—Voy a buscarla.

Max salió de su refugio y se fue tras ella sin mucha prisa, no le apetecía mucho correr, ya conseguiría alcanzarla posiblemente en algún bar tomándose algún refresco o en un banco coqueteando con un despistado. Gabriel negó con la cabeza. Como decía Max, Annette acostumbraba a actuar a su antojo sin importarle las consecuencias, aunque hasta ese momento siempre le había ido bien y seguro que saldría bien parada. Él se quedó terminando el dibujo que

había empezado por la mañana, oyendo cómo la gente comentaba y compartía el video de Annette *refrescándose.* Ella siempre conseguía hacerlo reír, convertir una tranquila mañana en una aventura. Y pensando en eso estaba cuando unas manoletinas color lila que calzaban unos preciosos pies en los que acababan unas largas y esbeltas piernas llamaron su atención, haciéndole recorrer con la mirada toda su extensión. No hizo falta mirar al rostro de la mujer poseedora de aquellas bellezas para saber quién era, porque allí, en su rodilla derecha, reconoció el lunar tan característico y recordó cómo ella lo llamaba desde niña: *el ojo de su pierna*.

—¡Cuánto tiempo!

La voz aterciopelada de Leonor le caló en lo más hondo, un ramalazo de electricidad lo recorrió, no esperaba sentirse así, era su pasado. Se incorporó sin apartar la vista de ella, de sus pantalones cortos, de su camiseta ajustada y de su pelo dorado recogido en una trenza. De sus ojos azules que expresaban más que sus palabras.

—Creo que cerca de tres años.

—Eso creo yo también.

Leonor también lo observó, estaba guapísimo con la camiseta y los vaqueros cortos desgastados, con el pelo algo largo y revuelto, con esa incipiente barba. Su cuerpo reaccionó al contacto visual, los años lo habían convertido en un hombre espectacular y un ligero estremecimiento la agitó; no era lo que quería que pasara. Su idea era encontrarlo y soltarle todos los reproches que tenía dentro, no comportarse como una adolescente y solo querer besarle, pero no uno de esos besos de amigos, sino de esos apasionados como los que leía en las novelas de los dos amantes que se reencuentran tras muchos avatares y no pueden separarse ni dejar de acariciarse, que nunca tienen suficiente el uno del otro. Eso era lo que debía ser el amor. Sin embargo, allí estaba, esperando que Guillermo y su prima volvieran de la heladería de al lado en la que habían parado para refrescarse antes de seguir su búsqueda.

—¿Has venido sola?

En ese instante Gabriel observó a una figura que se le acercaba corriendo y se le echaba en los brazos, sintió el apretón de su cuerpo tan alto como él y las palabras de afecto de Guillermo, su mejor amigo. Alzó la vista como pudo por encima de su hombro para alcanzar a ver a la mujer que llegó también, Amelia, la prima de Leonor.

—Eres un capullo, ¿sabes lo que tuve que contenerme para no partirle la cara al idiota de Eloy cuando nos contó que te había visto aquí?

Lo normal en Guillermo era ser directo y le soltó toda la información de golpe, pero Gabriel entendió la situación y, como pensaba, Eloy les fue con el cuento, aunque no esperaba que quien apareciera por allí fuera precisamente Leonor.

—Me imaginaba que no se guardaría esa información. Estoy encantado de veros.

Mientras tanto, Amelia observaba los dibujos del suelo y la gorra que había al lado.

—Así que es cierto, esto es lo que haces.

—No es tan sencillo, dibujar aquí me da un extra para vivir.

—¿Entonces, no mendigas?

—No, Amelia, esto lo hago porque me gusta y la gente aprecia mi arte y me recompensa. Yo lo veo como una transacción.

—Ya veo.

Los cuatro permanecieron unos segundos quietos, manteniéndose la mirada, tanteándose. La plaza estaba transitada por turistas que iban de paso a visitar los monumentos que la ciudad les ofrecía, ajenos a la cantidad de sentimientos que ese cruce de miradas mostraba. Leonor fue la primera en desviar la vista y mirar a su alrededor.

—¿Estás bien en Roma? —le preguntó.

—Sí, me va bien aquí.

—Es una ciudad preciosa y en ella hay mucho arte, es una ciudad eterna —afirmó Leonor—. Aquí pasas desapercibido, eres uno más.

—No solo eso, aquí soy yo.

El tono seguro con el que lo dijo llamó su atención; eso era lo que siempre había buscado: su camino. Ella miró al suelo, hacia lo que pintaba, nunca les había hablado de esa afición.

—Son muy bonitos, no sabía que pintaras tan bien.

—Ahora es a lo que me dedico, Leonor. Pero ¿qué os trae por aquí?

—Verte —dijo Leonor sin pensar.

—Deberíamos hablar de todo tomando algo, no en medio de la calle —opinó Amelia preocupada de que las cosas se complicaran en medio de la ciudad.

—Conozco un sitio tranquilo a un par de manzanas, se come bien y es barato. ¿Vamos?

Los cuatro se dirigieron al bar que les indicó Gabriel. Guillermo se mantenía agarrado a su amigo y le contaba cómo había ido su equipo de polo sin él. Se sentía como un niño que hubiera recuperado un juguete antiguo y no pudiera dejar de jugar con él. Gabriel sonreía ante sus anécdotas y recordaba viejos tiempos, pero lo que lo mantenía intranquilo era la presencia de Leonor a su lado. ¿Por qué estaba allí? Y lo más importante, ¿por qué estaba nervioso por eso?

Pronto llegaron al sitio y se sentaron en una mesa en la terraza de verano. Pidieron unos platos fríos y empezaron a comer. La velada transcurrió tranquila. Dieron cuenta de la comida poniéndose al día y Gabriel se enteró de noticias tan importantes como la de que Guillermo y Amelia estaban juntos. Fue algo que le agradó. Guillermo siempre había sentido inclinación «por la mandona de Amelia», como la llamaba él. Y ya que sacaron el tema, no pudo evitar preguntar a Leonor por su vida.

—¿No esperaba verte sola? Eloy me dijo que estabais prometidos. Por eso me extraña que estés aquí sin él.

—¿Esperabas un viaje de parejitas?

—La verdad es que sí.

—Pues no, aunque parece que las noticias vuelan. Pero este viaje no es para él, es para mí, necesito aclarar las cosas y pasar página. Además, todavía no es oficial nuestro compromiso.

—Me alegro por vosotros.

—Seguro que sí —soltó Amelia harta de tanta cordialidad fingida, la tensión se podía notar.

—Amelia, por favor —le dijo Leonor.

—¿Sabes qué, Guille? Creo que deberíamos irnos y dejarlos solos, tienen mucho de qué hablar.

—No es necesario, prima.

—Estamos hospedados en el Gran Hotel Palace, llévala cuando acabéis —le dijo a Gabriel y cogiendo a Guillermo de la mano lo arrastró de allí.

Los dos observaron en silencio cómo la pareja se alejaba después de que Guillermo lanzara sobre la mesa el dinero de la comida antes de dejarse arrastrar y gritar: «Yo pago, yo pago». Los dejaban solos para que hablasen, aunque ellos no sabían a ciencia cierta cuál sería el tema o si realmente había algo que tratar. Gabriel se había marchado, no había querido casarse con ella y para su entender todo estaba claro; sentimientos aparte, no regresaría porque ella estuviera allí. Pensándolo bien, ni siquiera entendía qué hacía allí si iba a prometerse con Eloy. Leonor no veía de la misma manera su viaje; para ella nunca se había aclarado el motivo por el que Gabriel se había ido y le gustaría creer que no fue solo por ella. Sin embargo, ninguno de los dos parecía dispuesto a sacar el tema y emprendieron un paseo por las calles de la histórica ciudad, en silencio. Sus pasos los llevaron, casi sin hablar, hasta la Fontana de Trevi y allí, sentados sobre uno de los bordillos, miraban a los turistas arrojar monedas de espaldas.

—Cuentan que, si arrojas una moneda a la fuente, el destino te traerá de nuevo a Roma —le dijo Gabriel rompiendo el silencio.

—Conozco la leyenda.

—Prueba, ¿no quieres volver?

—No sé, ¿quiero?

Leonor miró intensamente a Gabriel mientras le efectuaba la pregunta, como dejando la decisión en sus manos.

—Eso depende de ti, quizás de luna de miel.

—Y contigo fuera de mi vida. Mira, llévame al hotel, estoy cansada.

La velada había resultado horrible para Leonor. Ni hablaron, ni se relacionaron como amigos, ni buscaron compartir nada. Después de todo, igual no había sido una buena idea ir. Ahora veía a Gabriel como en otra dimensión, mucho más alejado de ella de lo que esperaba, frío y distante, incluso aliviado por acompañarla por fin a su hotel. La situación de frustración estaba a punto de hacerla llorar. ¿Qué había esperado encontrar? ¿A un deseoso amante o a un caballero de brillante armadura que la rescatara de su destino cruel? ¡Cómo engañaban las novelas de amor que tanto le gustaban!

El camino de regreso al hotel aún fue más silencioso. ¿Realmente no tenían nada de qué hablar?

—¿Vives cerca de aquí? —quiso saber ella.

—No, en un barrio más alejado; las viviendas aquí son demasiado caras, es el centro. Comparto piso con dos amigos: Annette y Max.

Por fin algún tema que no resultaba incómodo. A Leonor se le fue pasando la desilusión de su encuentro, el vacío de su amor perdido; era lo mejor, solo amigos, eso era lo que quería mantener.

—¿Vives de lo que sacas en la calle?

—No, en eso Eloy exageró. Estoy estudiando Bellas Artes, tengo una pequeña beca y saco algo de dinero con las ventas de mis cuadros a través de la Academia, aunque es un porcentaje menor. Los estudiantes nos damos a conocer así y la Academia también gana. Lo que has visto son los extras del verano.

—Creo que saber eso tranquilizará mucho a Guillermo, venía a sacarte de la miseria.

—Seguro que sí.

Los dos rieron al pensar en el amigo común y se dieron cuenta de que todavía quedaba mucho de su antigua amistad a pesar de todo, que podían reír si los temas de los que hablaban se alejaban de lo romántico. Gabriel observó la sonrisa de Leonor, una sonrisa que siempre le había parecido encantadora; llevaba muchos años sin verla y sentir su calidez. Esa sonrisa lo estremeció, fue un reflejo que no esperaba sentir tan de repente, el mismo que lo había recorrido al verla por primera vez en la plaza en la que pintaba; dos escalofríos que no debían estar ahí y que serían debidos al inesperado reencuentro con su pasado. A Leonor tampoco le pasó desapercibida la cordialidad recobrada al hablar de su vida y también quiso sentir o imaginar que había surgido una levísima atracción entre ellos, aunque fueran deseos suyos nada más. Desgraciadamente, estaban ya a las puertas del hotel y en la recepción los esperaban Amelia y Guillermo, que enseguida salieron a su encuentro. Aunque Amelia se mantenía con el ceño fruncido al ver la expresión decaída de su prima, Guillermo estaba encantado.

—¿Por qué no cenamos juntos esta noche? En recepción nos han hablado muy bien de un restaurante; trae también a tus dos colegas. Invito yo.

Guillermo quería pasar junto a Gabriel el mayor tiempo posible y quería conocer a las personas que ahora compartían su vida. Saber a ciencia cierta que estaba tan bien como decía.

—Bien, hablaré con ellos.

—A las ocho, entonces, quedamos aquí.

—Pero no puedes invitar tú siempre —le dijo Gabriel a su amigo.

—Es que quiero hacerlo, no te opongas, por favor; me hace mucha ilusión estar contigo.

Gabriel asintió con una sonrisa y se despidió hasta la tarde con un simple gesto de la mano. Amelia lo miró marcharse y luego observó a su prima, que cabizbaja se dirigía al ascensor para ir a su habitación. La siguió.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?

—¿Qué ha pasado?

—Hemos dado un paseo.

—¿Y ya?

—Sí, ¿qué esperabas?

—¿Yo? Pues que pasase eso mismo, pero parece que tú esperabas otra cosa.

—Quizás me ilusioné con volver a verlo...

—Y creíste que te arrojarías a sus brazos, que él te besaría con pasión y que, entre lágrimas de alegría, haríais el amor en su casa, como en esas pasteladas que lees. ¡Despierta ya!

—Tú lo ves muy fácil, tienes al tío que quieres.

—Ya deberías hacerte a la idea, él se marchó, ¡punto!

—Deja ya de repetirme lo mismo, Amelia.

—Pues entonces abre los ojos ya y madura.

—De acuerdo, no quiero seguir con esto; voy a disfrutar de mis minivacaciones y no voy a pensar en nada más.

—Perfecto, ahora descansa hasta la cena. Y no le des muchas vueltas a las cosas, te van a salir canas antes de tiempo.

Leonor sonrió y se metió en su habitación. Iba a hacer caso a su prima y relajarse; lo peor ya había pasado, el reencuentro fue justo como debía ser y eso era con lo que se quedaba. Después de darse un baño relajante en la gran bañera de su *suite* se durmió; por suerte no soñó con Gabriel.

Gabriel caminaba hasta su casa confundido. No esperaba encontrarse a Guillermo y menos aún a Leonor. En el breve paseo que habían dado se sintió muy incómodo, no sabía qué decirle, ni siquiera cómo entablar una conversación; atrás quedaba la facilidad de palabras que tenían de niños, por eso prefirió no decir nada, dejarla a ella empezar, pero ella tampoco había hablado y todo resultó bastante patético. No quería darle vueltas a lo acaecido, esa noche habían quedado para cenar y seguro que todo se arreglaría.

El piso estaba vacío cuando llegó, esperaba que no hubieran detenido a Annette por el baño prohibido en la fuente pública y ante la duda decidió mandarle un mensaje:

Todo ok?
17:30

Ok, lo dudabas?
17:31

Esta noche cena a las ocho con unos amigos
17:31

Tuyos o míos?
17:31

Míos
17:31

De aquí?
17:32

No
17:32

Uff, pasado a la vista
17:33

Sí
17:33

El capullo de la otra vez?
17:33

No
17:33

La chica?
17:34

A las ocho en el Palace.
No llegues tarde y trae a Max
17:35

Ok, ya me enteraré
17:35

La hora de la cena se acercaba y en ella estarían los seis, seguro que se llevaban bien a pesar de sus diferencias sociales. Annette preguntaría, pero también evitaría los malos ratos, ella era así. Gabriel dejó el móvil y se puso a dibujar, era lo que le apetecía hasta que se cumpliera el plazo para arreglarse.

Eloy entró por la puerta de la biblioteca sin llamar y, acercándose a la mesa de despacho, colocó las palmas de las manos con gran estruendo sobre la madera, haciendo que Ángel Torres alzara la cabeza.

—¿Dónde está Leonor?

—De viaje con Amelia.

—¿Así, sin avisar?

—Nos lo ha dicho a mí y a su madre. Amelia nos llamó hace un rato para decirnos que están bien.

—Pero...

—Eloy, no es de tu incumbencia donde está mi hija; que yo sepa es libre de hacer lo que quiera.

—Debió decírmelo.

—Su obligación es avisar a su familia, o sea a nosotros, y es lo que han hecho.

—¿Dónde está?

—No lo sé, Amelia aún no nos ha dicho nada, al parecer no tienen un destino todavía.

—¿Y estáis tan tranquilos?

—Guillermo va con ellas.

—¡Cómo no! El perrillo faldero.

Ángel lo miró intensamente a los ojos; desde luego, cuando quería era demasiado impertinente.

—Ya te he dicho que pueden hacer lo que quieran. ¿Necesitas alguna otra cosa? —le preguntó de forma educada, haciéndole ver que sobraba allí.

—No, solo buscaba saberlo.

Sin decir nada más se marchó. Al salir se cruzó con Pablo Osorio, que entraba a la biblioteca. Apenas se miraron.

—¿Qué quería? —le preguntó a Ángel.

—Saber dónde está Leonor.

—¿Y dónde está?

—Esa pregunta es obvia. —Ambos se mantuvieron la mirada unos segundos—. ¿Te extraña?

—Me alegra que hayan ido.

—¿Te das cuenta de que si las cosas hubieran seguido su rumbo normal ahora seríamos familia?

—Me doy cuenta.

—¿Te sientes culpable por lo que pasó?

—En cierto modo sí, pero Gabriel tomó sus propias decisiones.

—Y se llevó por delante la felicidad de mi hija.

—¿Crees que aún lo quiere?

—Mi hija es una romántica; no solo lo quiere, sino que lo querrá siempre, pero cumplirá con su obligación y se casará con Eloy, de eso no tengo duda, aunque maldita la gracia que me hace.

—Siempre fueron esas dos opciones.

—No, siempre fue una opción, pero desgraciadamente huyó a Roma. ¿Te puedo preguntar algo?

—Habla.

—¿Hay alguna posibilidad de que le hagan cambiar de opinión?

—No.

Pablo con un gesto se despidió y salió de la biblioteca dejando a Ángel con sus pensamientos;

no dudaba de que la decisión de su hijo fue tomada hacía tres años y que él viviría con ella sin cambiarla.

Eloy se dirigió directamente al jardín y se sentó al lado de Borja, uno de sus mejores amigos. El enfado era evidente.

—¿Y bien?

—Dice que se ha marchado de viaje con su prima.

—¿No te ha dicho dónde está?

—No, pero no hay que ser muy espabilado para saber que estarán en Roma.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a ir allí, no permitiré que me ninguneen.

—Igual no le hace gracia que vayas.

—Esa es la intención; no dejaré que se vean solos, que estén solos, que haya alguna posibilidad de reconciliación. Leonor es mía.

—Se está comportando como una zorra; mira que acostarse contigo y luego largarse con él...

—Yo venceré y cuando estemos casados la cosa va a cambiar. No se van a reír de mí.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, iré solo, así será más fácil volver a meterme entre sus piernas.

Ambos sonrieron, la cosa se iba a poner interesante en la capital de Italia.

—Ya me contarás, tío, suerte.

Se estrecharon las manos y Eloy se dirigió a su habitación a preparar también la maleta y a reservar un vuelo.

5

A las ocho en punto estaban los tres esperando en la recepción del hotel. Annette lucía impecable, con cuatro complementos conseguía parecer sofisticada; y Max, bueno, por lo menos lo habían convencido para que se pusiera pantalón largo. Gabriel todavía guardaba unas camisas para ocasiones especiales y un par de zapatos. Al cabo de unos minutos, se abrió el ascensor y aparecieron los tres que faltaban. Gabriel sonrió, se habían decantado por ropas sencillas, aunque elegantes, y tuvieron deferencia para con los demás; aun así, no podía apartar la mirada de Leonor, que estaba guapísima con un vestido negro recto que le alcanzaba la rodilla, y el pelo recogido en una coleta alta. Apenas se fijó en el resto. A Leonor le ocurrió lo mismo. Ver a Gabriel arreglado, la condujo a otros días mejores; no es que llevara un traje de Armani, pero el efecto de la camisa y los vaqueros oscuros le daban un aire bohemio abrasador.

—Os presentaré: Annette y Max. Estos son Guillermo, un amigo de la infancia, su novia Amelia, que es también prima de Leonor, que es ella —les explicó Gabriel.

—Tu novia.

—No, Max, no es mi novia. Ya te he dicho que son amigos, los tres.

—¡Qué ganas de complicar las cosas y no llamarlas por su nombre!

—Bueno, dejemos a Max con sus cavilaciones. Soy Annette, compañera de estos dos; encantada de conoceros.

—También es un placer para nosotras.

Amelia se aproximó y le dio dos besos, a los que Annette añadió un abrazo. Leonor tardó unos segundos más en reaccionar, no esperaba que la chica fuera tan guapa; llevaba el pelo corto, pero muy estiloso, era alta y con una espléndida figura. Así que fue ella la que se adelantó.

—Leonor eres tú, tenía ganas de conocerte. Gabriel me habló de ti... Y este chico tan guapo, Guillermo, ¿verdad?

—Sí, el mejor amigo de Gabriel.

—Y con novia...

Amelia se agarró a su brazo para marcar su territorio ante Annette y esta empezó a reír; le chica le caía bien, lo que hizo que todos se contagiaran.

—Tranquila, ahora todos somos amigos. ¿Vamos a cenar?

El trayecto hasta el restaurante lo hicieron a pie. Hablando unos con otros para ir conociéndose mejor, aunque a Leonor seguía dándole vueltas en la cabeza la idea de que Gabriel y Annette vivieran juntos; no pudo aguantar más y se lo preguntó, al fin y al cabo, eran amigos y ella solo quería interesarse por su vida.

—¿Estáis juntos?

—¿Cómo? —Gabriel no esperaba una pregunta así en ese momento.

—Annette y tú, ¿estáis liados?

—No, nunca lo hemos estado.

—¿Nunca?

—Nunca. No hemos tenido ese tipo de relación —le dijo Gabriel con una sincera sonrisa.

—Ya.

Leonor no habló más, no le contó el alivio que sintió en ese instante y respiró por fin dispuesta a disfrutar de la noche. A pesar del encuentro inesperado y del miedo al rechazo, allí estaban, para pasar una buena velada entre amigos.

Durante la cena se pusieron al día. Allí Annette y Max conocieron parte de la vida que Gabriel no les había contado y comprendieron que era más enrevesada de lo que parecía al principio.

—Tío, qué historia más increíble. No se te nota nada que vengas de donde vienes.

—¿Y tú de dónde vienes, Max? —preguntó Amelia.

—Soy un espíritu libre.

—Pero serás de algún lugar...

—La verdad es que no lo recuerdo; mis padres siempre han estado de un lado para otro y ahora vivo por mi cuenta.

—¿No buscas estabilidad?

—No, Guille, mi vida es más sencilla. Me conformo con contemplar las estrellas y respirar de vez en cuando el aire de mar.

—¡Qué simple todo!

—Lo único es que no me preocupo por las cosas que se preocupan los demás, no veo motivo para lamentarse. Así solo se consigue malestar mental. Hay que disfrutar de la vida que tenemos, sea cual sea.

—Una filosofía interesante. ¿Y tú, Annette? —preguntó Guillermo.

—Soy fotógrafa, me gusta disfrutar de la vida y soy algo más materialista que Max, pero es muy cómodo tenerle cerca, siempre acaba animándote.

—¿Dónde os conocisteis? —Esa vez fue Leonor la que se interesó.

—¿Gabriel y yo?

—Sí.

Annette se dirigió a Gabriel.

—¿Lo cuento yo? —preguntó la joven.

—Por favor —la incitó Gabriel.

—Fue en Mallorca, en la playa. Él se dedicaba a hacer dibujos de los turistas y yo tenía entonces un puestecito en el paseo de fotografía y abalorios naturales con un colega. Observé su talento, me hizo un retrato y nos interesamos el uno por el otro. Ese verano lo pasamos conociéndonos, recuerdo que nos sentábamos horas frente al mar.

—Hasta que me preguntaste qué iba a hacer después del verano, dónde iba a ir.

—Nunca he conocido a una persona que tuviera menos claro lo que iba a hacer en su vida y a la que le preocupara tanto.

—No te dije que me preocupara... —afirmó Gabriel.

—Lo vi en tus ojos, conforme se acercaba el final del verano te ponías más nervioso, así que actué. Al ver que no tenía planes a largo plazo, y sin decirle nada, envié uno de sus paisajes a la Academia en la que ahora estudia. Supe por unos conocidos que estaba abierto el plazo para conseguir entrar y probé suerte en su nombre. Al cabo de un mes me llamaron para ofrecerle la beca y hasta hoy. Desde entonces hemos estado juntos como amigos, como hermanos, cuidando el uno del otro y de Max, nuestra mascota.

—Je, je, ¡qué graciosa!

Todos rieron ante el comentario de Annette y Max mientras disfrutaban de la cena. A pesar de la cordialidad que tenían los seis, de la reciente amistad y del ambiente relajado de la velada, Leonor no paraba de pensar en la situación que había vivido Gabriel aquel primer verano solo, dibujando retratos en Mallorca para vivir; había sido una gran idea, explotar su arte resultó una maniobra inteligente muy propia de él. Se lo imaginó allí, entre los turistas, con su espléndida sonrisa haciendo lo que siempre había deseado y olvidándose de que en aquel lago había dejado el corazón roto de una chica que lo amaba. Lo que ella no podía saber era que fueron días difíciles para él, alejado de lo que siempre había querido y con la carga de culpabilidad que aquella última mirada de dolor de esa chica le dejó. Pero el tiempo poco a poco todo lo iba curando.

La conversación seguía su ritmo y pronto captó de nuevo la atención de Leonor, que abandonó sus pensamientos del pasado. Annette les contaba sus peripecias, era el alma de la velada, sabía a la perfección cómo mantener una buena sensación. En esos momentos les contaba las novedades de ese día y por qué no estaba con Gabriel cuando ellos llegaron.

—Pues sí, me costó mucho esquivar a los policías, pero lo conseguí; además, uno de ellos quedó más que encantado con la persecución, hemos quedado mañana para pasar el día juntos; la verdad es que es muy mono —les contaba Annette.

—Fue muy arriesgado por tu parte, sabiendo que está prohibido meterse en las fuentes monumentales.

—Sí, Leonor, pero el calor era insoportable y un poco de agua en los pies no molesta a nadie.

—¿Sueles hacer cosas de esas? —insistió Leonor.

—Más a menudo de lo que nos gustaría —contestó Gabriel.

—Pero siempre tengo a Max que me rescata.

—Sí, qué harías sin tu mascota y sin una buena dosis de liberación.

Todos rompieron a reír de nuevo mientras el camarero les traía la degustación de postres para compartir. La cena estaba llegando a su fin, pero los ánimos no decaían.

—Deberíamos seguir en otro sitio —dijo Annette llevándose el último profiterol a la boca—. Conozco un garito que esta noche tendrá mucho ambiente. ¡Venga, una foto de todos juntos de recuerdo!

Annette sacó una pequeña cámara de fotos portátil que llevaba siempre en el bolso y les indicó que se colocaran unos al lado de otros; tenía pensado sacar muchas más esa noche. Estaría bien tener algunas para que ellos las guardaran.

—Luego me dais vuestra dirección de email y os las mando como recuerdo —les dijo Annette —. Y ahora ¿a qué esperamos para ir al garito?, ¡fiesta!

Después de que Guillermo pagara la cuenta, no sin antes discutir con todos, se dirigieron calle abajo hasta el lugar que les indicaría Annette. Por el camino, Leonor y Gabriel se retrasaron unos pasos del resto.

—Guillermo no cambia —le dijo él.

—No, siempre es el alma de la fiesta.

—¿Desde cuándo lleva saliendo con tu prima?

—Desde hace casi un mes.

—Pues parece que lleven más tiempo, hacen buena pareja.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevas tú con Eloy?

—Llevar, llevar, la verdad es que nada. Queremos hacerlo oficial este otoño.

—Me alegro por vosotros. ¿Le quieres? —Gabriel se dio cuenta de que no era una pregunta adecuada, de que no era de su incumbencia.

—¿De verdad crees que debo contestarte a eso?, ¿de verdad te importa?

—Sí. —Ya era tarde para recular.

—No, no le quiero, pero es el más indicado; seguro que eso pensamos todos.

—Es una pena.

—Si te hubiera preocupado mi vida sin amor, no te habrías ido; sabes que solo voy a quererte a ti.

—No digas eso, seguro que consigues amarle.

—¿A Eloy? —Leonor no pudo evitar una carcajada, lo que hizo que todos los demás se giraran para mirarla.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó Guillermo.

—La bella persona que es Eloy —contestó Leonor con sorna.

—Sí que es un buen chiste.

Continuaron con su camino hacia el *pub* y ninguno de los dos volvió a sacar el tema, era mejor

disfrutar de la noche. Al llegar a la altura de su barrio, Annette les indicó cuál era su casa. Los edificios de esa zona se parecían a los del resto de la ciudad, pero estaban en un estado de conservación bastante peor y ni los turistas ni las luces del centro se observaban por allí; era un barrio para los que no podían pagar un piso en los alrededores del casco antiguo, pero disponía de tienda, de bares, de escuelas, y, caminando un poco, todo lo que le daba Roma.

—Vivimos en ese bloque, el número 21, 4.º A —les informó Annette.

—No es vuestro hotel ni vuestras mansiones, pero nos cobija —añadió Max—; además, en ese bar de allí hacen los mejores sándwiches del mundo.

Siempre veía lo positivo de la vida, era un rasgo de Max que les había encantado.

Dos calles más allá llegaron al garito que buscaban y entre gente y música empezaron a bailar con unos vasos de bebida que Guillermo había traído de la concurrida barra. La música era variada, pasando de David Guetta al más puro *remember* de música disco noventera. La noche se fue caldeando y los chupitos cayendo uno tras otro, pero tanto Leonor como Gabriel se abstuvieron del ritmo frenético que estaba tomando la noche, aun así, no pudieron evitar pegarse demasiado, dejándose llevar por el baile; en esos momentos se miraban a los ojos y una sensación mágica recorría sus cuerpos de arriba abajo, desde la punta de los pies hasta las pestañas, haciéndoles desear tocarse con los labios. Esas intensas miradas los dejaban con ganas de más, pero ninguno de los dos iba a dar el paso definitivo, por eso era mejor no beber demasiado. Al cabo de un par de horas, aparecieron unos artistas que marcaron la *performance* del garito y levantaron los gritos de animación de los allí presentes. Movidos por el ritmo que marcaba una especie de música al más puro estilo *mayumaná*, empezaron un *bodypainting* con pintura que se iluminaba en los cuerpos: palabras, figuras, paisajes iban tomando forma bajo sus ojos sobre los modelos desnudos. Pronto, algunos de los que rodeaban la escena se aproximaron y tomaron pintura de los botes, marcando con sus dedos a los que observaban el espectáculo y, de repente, la mayoría tenían parte de la cara o la ropa iluminada por los pigmentos. Annette no fue menos y dibujó corazones en las caras y la espalda de Guillermo y Max. Mientras ella se entretenía en sus garabatos, una chica se acercó a Gabriel, plantándole un sonoro beso en los labios y, agarrándolo de la camisa, lo condujo al centro de la pista para que bailara con ella. Él no opuso resistencia y se dejó arrastrar; la chica pronto se abrazó a él y empezó una sensual danza que no dejaba ninguna duda de cuál quería que fuese el final del bailecito. Leonor miraba a la nueva pareja frunciendo los ojos; realmente, no le hacía ninguna gracia que esa tipa se hubiera llevado a Gabriel, pero ella no era nadie para opinar y se quedó allí, junto a su prima, mientras todos los demás estaban en la pista; aun así, sus ojos no podían dejar de mirar a la chica que estaba con él dándole intensos besos y acariciándolo por encima de los vaqueros. Amelia miró a su prima y la vio apretar los labios con fuerza; no era buena disimulando sus sentimientos y en esos momentos, en los que veía cómo esa petarda le metía mano sin ningún pudor a Gabriel, lo estaba pasando mal.

—¿Quieres beber algo más? —le dijo Amelia intentando desviar la atención.

—No necesito beber, estoy bien.

—Ya lo veo.

—¿Crees que es su novia? Es muy guapa.

—Yo qué sé, prima; por lo que veo, no parecen tener ningún problema para estar unos con otros.

—¿Crees que se irá con ella?

—¡Crees..., crees..., crees...! ¿Y qué si lo hace?

—Me parecería una falta de respeto.

—¿En serio? No es la primera vez que vemos a un amigo enrollarse con alguien en una disco. —Amelia vio la expresión de su prima—. Perdona, solo quiero que no te lo lleves a un nivel personal, solo somos amigos pasándolo bien.

Sin embargo, la cosa no pasó a mayores. En cuanto la chica le susurró algo al oído a Gabriel y le aferró el paquete con ganas, este se deshizo de ella con algo que le dijo al oído y con una sonrisa la chica se marchó. Gabriel regresó con las dos primas.

—Era una amiga —les dijo con la intención de explicarse.

—Menuda amiga; te ha tirado mano a la entrepierna un par de veces —le soltó Amelia.

—Nos hemos acostado alguna vez, pero nada serio.

—No se ha marchado muy triste —insistió Amelia.

—Encontrará a otro, no me ha parecido adecuado irme con ella esta noche, además de que quiero estar con vosotros.

Leonor sonrió, esa tipa no era su novia, solo era un rollo con el que él se desahogaba de vez en cuando. Volvió a soltar el aire y la presión de los labios cesó.

—Has hecho bien; si te vas, Guillermo se muere.

Los tres rieron al ver a Guillermo en medio de la pista ya casi cubierto de todas las figuras y palabras que había tenido a bien dibujarle Annette, y Max iba por el mismo camino.

—¿Vamos con ellos? —preguntó Leonor.

—Tu espléndido vestido negro va a peligrar —le contestó él.

—No es algo que me preocupe.

—Entonces, vamos.

Los tres volvieron a la pista junto a sus amigos. Leonor siguió bailando a su lado, rozándolo de vez en cuando y aceptando su mano cuando él se la ofrecía, buscando recobrar esa sensación de excitación que habían tenido la vez anterior cuando bailaron y olvidando por completo a la chica que había estado ligando con él unos minutos antes y que de vez en cuando miraba hacia ellos, abrazada a otro tío de allí: había entendido que esa noche no tenía nada que hacer.

La noche concluyó unas horas después. Gabriel acompañó a sus amigos al hotel e intercambió el número de teléfono con Guillermo para que al día siguiente lo llamara a la hora que quisiera; posiblemente dormirían hasta tarde. Y no se equivocó, la noche había resultado un reencuentro memorable.

6

Amelia charlaba distraídamente con su prima mientras se acercaban a la entrada del hotel. Esperaban dormir más, pero al parecer Amelia tenía muchas ganas de salir de compras por Roma y de tener un rato de chicas en la ciudad, así que llamó a la puerta de la *suite* de Leonor más temprano de la cuenta. A dos pasos de la entrada Leonor se paró en seco, retrasándose y mirando al frente con los ojos muy abiertos. No tuvo ni tiempo para reaccionar ni para hablar antes de que una voz más alta de la cuenta la atacara. Amelia dirigió la vista hacia donde miraba su prima y entendió su desconcierto.

—¡Qué predecible! Fue hablarte de él y venir corriendo a verle.

—¡Eloy!

—En cuanto me dijeron que habíais decidido viajar, no tuve duda de a dónde. Te faltó tiempo para correr como un perro faldero a su lado y dejar caer las bragas a sus pies. Déjame adivinar: está en tu habitación.

—Eso no es tu problema. —Amelia defendió a su prima, que estaba allí como petrificada.

—Tú cállate, zorra, seguro que todo esto fue idea tuya.

—Fuiste tú el que empezó a fanfarronear y a hablar de Gabriel, de tu viaje a Roma.

—¿Y eso os da derecho a venir a engañarme?

—Nadie te ha engañado.

—Ah, ¿no?

—No. —Ahora fue Leonor la que por fin intervino, saliendo de su estupor, para evitar que hablara más de la cuenta, pero debía dejarle las cosas claras sobre su situación, sobre que allí no pintaba nada y no iba a permitir que la siguiera como un acosador—. No hay engaño porque no hay relación, yo puedo hacer lo que quiera con mi vida.

—¡Estamos prometidos!, yo sí veo engaño.

—No lo estamos, no somos nada hasta que yo decida hacerlo oficial.

—¿Cómo te atreves?

—No es lugar para discutir.

—Es cierto, subamos a tu habitación a ver qué opina tu amante.

—No hay ningún amante —contestó ella—, puedes subir a mi habitación si quieres.

Eloy miró a Amelia y la vio negar con la cabeza, ¿estaría equivocado?

—¿Entonces, no lo habéis visto?

—Sí lo hemos visto, ayer cenamos juntos y salimos por ahí —dijo Leonor desviando la mirada de los ojos claros de Eloy; entendía que estuviera algo molesto, pero los insultos estuvieron de más.

—Y fuimos en pandilla, nos acompañaron sus compañeros de piso —aclaró Amelia frunciendo el ceño—. Espero una disculpa.

Eloy sonrió e hizo una inclinación de cabeza para, acto seguido, aproximarse a Leonor y acariciarle suavemente el brazo.

—Discúlpame, me pudieron los celos.

—¿Qué celos, Eloy? Aún no hay nada entre nosotros, nada serio.

—Pues creo que eso debería cambiar ya, estamos en Roma y es un momento perfecto. Viaje de parejitas junto con tu prima y Guillermo.

Amelia resopló ante la bajada de pantalones de Eloy; se las daba de novio comprensivo porque le había visto las uñas al gato. Pero algo estaba claro, ahora que estaba allí, no se marcharía y haría que su sombra orbitase alrededor de cualquier posibilidad de reencuentro entre su prima y Gabriel, aunque igual era lo mejor. Pero ¿su prima había dicho «nada serio aún»? No acababa de entenderlo... No esperó a que Eloy le diera un beso a Leonor, que era lo que intentaba hacer, y sin demora la agarró del brazo y la separó de él.

—Nosotras nos vamos de compras; si eres tan amable, no nos entretengas más.

—De acuerdo, cogeré una habitación y luego seguimos hablando. ¿Dónde está Guillermo?

—Durmiendo, no lo molestes.

—Joder, Amelia, podías ser más amable; al fin y al cabo, vamos a pasar unos días juntos.

—¡¡Lo estoy deseando!! —Eloy arrugó la nariz ante su ironía. Pero ellas ya salían por la puerta.

—Si pensáis que me voy a volver a España, la lleváis clara —les gritó para hacerse oír.

—Ya contaba con eso, imbécil.

Leonor se rio del comentario hiriente de su prima y del gesto de disgusto de Eloy, pero a pesar de todo se dio cuenta de que ahora arrastrarían a Eloy a todos lados, que estaba empezando a marcar su territorio a su alrededor y que así no iba a poder acercarse a Gabriel, aunque visto el desenlace del día anterior tampoco tenía muchas esperanzas de que la cosa cambiase, de que el que Eloy estuviera allí afectara en algo.

Caminaron un rato por el centro de la ciudad y visitaron alguna tienda de moda que encontraron, dejando diversos paquetes y compras que luego se encargarían de enviarles a su hotel. Evitaron los temas amorosos, no era momento para amargarse y preocuparse por los tíos, como decía siempre Amelia. Y, después de un par de horas dando felices vueltas, pararon a tomar algo fresco.

—Ya verás la cara de Guille cuando vea a Eloy, le va a encantar tenerle aquí.

—Sobre todo después del enfrentamiento que tuvieron en mi casa del lago.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Yo?

—Sí, con Gabriel —afirmó Amelia.

—Nada, seguro que se comportará de la forma más cordial posible.

—¿Y si salimos otra vez? Porque le dijimos que hoy nos veríamos de nuevo.

—Pues habrá que llevar a Eloy; para cenar y salir de fiesta no hace falta fingir nada, todos somos amigos.

—Ya, bueno..., eso es cierto. Somos amigos, ¿no?

—Amelia, no empieces; yo quería verle y hablar, nada más.

—¿Seguro?

—Déjalo ya, por favor.

—De todas formas, ya no podemos hacer nada. —Amelia tomó otra cucharada del *gelato* de vainilla que estaba comiendo mientras descansaban en una terraza de una *gelateria*—. Por cierto, ¿por qué le has dicho antes a Eloy que no teníais nada serio aún?

—Nos acostamos durante el aniversario de mis padres.

—¿Que qué? No me fastidies. ¿Y por qué no me lo habías dicho? Esas cosas tienes que contármelas.

—Supuse que me regañarías.

—Pues claro que sí, ¿cómo se te ocurrió? Sabes lo pesado que se iba a poner Eloy después, por eso está aquí, se piensa con derechos. A veces eres de un tonto que para qué.

—Le hice prometer que no le afectaría lo que pasó, que nada cambiaría.

—Pues lo tienes en el hotel. ¡Tonta, que eres tonta!

—Vale ya, ¿no?

—Perdona... ¿Por lo menos iría bien?

—¿Bien qué?

—El polvo con él. —Leonor desvió la mirada y tomó otra cucharada de *gelato*, no hizo falta que dijera nada—. Pues menudo chasco, niña. Deberías superar ya lo de Gabriel o te vas a perder mucho placer.

—Sí, todo lo ves muy sencillo.

—Tómatelo de otra manera, piensa que con Gabriel nunca te acostaste y quizás sea malo en la cama, igual no te pierdes nada.

—Por supuesto, seguro que es malo en la cama y por eso se le van colgando las chicas de la bragueta, como anoche...

—De verdad que hay veces que no puedo hablar contigo.

—Solo te voy a pedir que no le cuentes a Guille que me acosté con Eloy.

—No diré nada, te lo prometo.

En ese instante sonó el teléfono de Leonor y esta frunció el ceño, se acababa la paz de la mañana.

Guillermo salió de la ducha al oír el sonido de su móvil. Había dormido bien, desayunaría algo rápido y se marcharía a ver a Gabriel mientras las chicas ocupaban su mañana en las tiendas; pasaría el rato con su colega, estuviera donde estuviera, aunque eso significara estar pintando al sol. Unos días de bohemio le sentarían bien. Cogió el móvil de la mesa y leyó el mensaje de Amelia.

Hola, cariño, has dormido bien?
Por cierto cuidado con el perro;)
11:30

Qué?
11:35

Tienes a Eloy en el hotel, se ha unido al viaje
11:35

No me jodas
11:36

Haz lo que creas conveniente
nosotras estamos ocupadas
11:37

Pensaba ir a ver a Gabriel
11:37

Pues hazlo, dale esquinazo al perro
Besitossss
11:37

Y eso iba a hacer, saldría del hotel sin que él lo viera; ya habría tiempo para amargarse. Esa mañana él también iba a pasarlo bien con su amigo y, por supuesto, sin Eloy.

Entró de nuevo en el baño y se secó el pelo. Al parecer Eloy no tardó en averiguar dónde estaban, tampoco es que fuera muy difícil hacerlo, pero eso lo molestó. Al contrario que Amelia, él sí tenía la esperanza de que entre Leonor y Gabriel hubiera algo más que ganas de hablar y aclarar las cosas, que esos años de separación terminaran con un encuentro romántico que hiciera que su mejor amigo regresara con ellos a España y que todo volviera a ser como antes. Nunca se había sentido tan unido a nadie como a Gabriel; desde niños estaban juntos y decir que lo había echado de menos era quedarse corto; añoraba sus juegos, sus fiestas, sus ratos de sofá hablando

de nada en concreto, su amistad y ahora quería recuperarlo, por eso no se opuso a que las chicas viajaran con él. Pero, con Eloy allí, ¿qué posibilidades había de que dejara que Leonor y Gabriel estuvieran a solas? Sin embargo, él se empeñaría en conseguirlo, en entretener a Eloy de alguna forma; solo por unos días se haría su amigo, su confidente, su gran colega; solo por unos días lo soportaría. Pero no iba a ser esa mañana.

Cogió el teléfono y marcó el número de Gabriel, el nuevo, el que le había dado la noche anterior y quedó con él en la Piazza de la Rotonda frente al Panteón de Agripa, donde él estaba con unos amigos; ya le había informado de que las chicas estaban de compras y que solo estarían los dos. Iban a ser unas horas para estar solos.

Al cabo de un rato de tranquila caminata entre gente que iba y venía, llegó al templo de la cita. Allí, vio cómo Gabriel se levantaba del suelo y se despedía de sus amigos para caminar hasta él.

—¿Quieres que entremos a verlo? —le dijo Gabriel señalando el edificio romano de planta circular.

—No creo que haya cambiado mucho desde que vinimos de viaje con el instituto.

—No, nada.

—¿Por qué no damos una vuelta?

—¿Algo más tranquilo?

—Sí.

Los dos amigos caminaron sin ningún rumbo fijo. Guillermo prefirió no decirle nada de Eloy, ya habría tiempo.

—¿Qué tal con Amelia?

—Genial.

—¿Es cómo te lo imaginabas?

—Mejor, a pesar de que sigue siendo una mandona.

—Eso siempre te gustó. ¿Quién dio el primer paso?

—Ella, me abordó en la casa del lago.

—Un buen lugar para el amor. ¿Nunca sospechó lo que sentías por ella?

—No. Cuando me dijo lo que sentía por mí, pensó que tendría que conquistarme.

—Y tú seguro que saltabas de alegría por dentro.

—Ya te digo, ni me lo creía, ¿cómo podía una chica como ella fijarse en mí? Nunca le interesé más allá de ser su amigo.

—Eres el mejor tío que conozco y ella ha acabado entendiéndolo.

—Bueno, ¿y tú qué?

—Algún escarceo, pero nada serio.

—Para qué más...

—He necesitado unos años para centrarme en mi vida y no tengo prisa.

—De todas formas, creo que el amor no se organiza, surge y ya, cuando menos te lo esperes.

—Menudo romántico estás hecho.

Gabriel lo agarró por los hombros y le revolvió el pelo pajizo, como hacía de niño, y juntos pasearon por el foro de la ciudad eterna, entreteniéndose entre los grupos de turistas y sus ansias por fotografiarlo y visitarlo todo, por ir rápido en una zona que necesitaba mucha calma para recorrerse. Una hora después, Gabriel recibió un mensaje; sus amigos ahora estaban en la Piazza Navona, por si querían ir allí, y fue hacia donde se dirigieron. Guillermo quería entrar en su forma de vida.

—¿Dónde estáis? —Amelia parecía molesta por algo.

—En la Piazza Navona, ¿por qué? —se interesó Guillermo ante su tono.

—Haz el favor de quedar con Eloy, el muy imbécil no para de llamarnos a ver dónde estás; al parecer se aburre y nos está dando la mañana, así que ocúpate tú ahora de él.

—Estoy con Gabriel; además, ¿no decías que lo evitara?

—Eso era antes de que el pesado ese fastidiara mi velada.

—Oye, eso suena algo egoísta.

—Me da igual; haz planes con él, me está volviendo loca...

—De acuerdo, tranquila, lo llamaré, pero tenéis que venir también vosotras en cuanto podáis, aquí va a haber demasiada testosterona junta.

—Vale, *ciao*. Nos vemos después, ya te avisaré.

Guillermo colgó la llamada y empezó a marcar otra, resopló y se rascó la cabeza ante la atenta mirada de Gabriel, que había oído los gritos de Amelia desde donde estaba sentado al lado de su amigo.

—¿Algún problema? He escuchado que tienes que quedar con alguien...

—Con Eloy —le dijo Guillermo llevándose el teléfono al oído y haciéndole un gesto de silencio mientras escuchaba un insulto al otro lado de la línea—. Que sí, Amelia me acaba de avisar... Sí, es que lo tenía en silencio. ¿Qué haces en Roma? —Guillermo disimuló—. Sí, estoy en la Piazza Navona con Gabriel. ¿Sabes llegar? Vale, te esperamos.

Guillermo guardó el teléfono y miró con un gesto de resignación a Gabriel.

—¿Ha venido persiguiendo a Leonor? —preguntó Gabriel.

—Seguro, aunque el imbécil fue él, por contar que te había visto.

—¿Cuándo ha llegado?

—Esta mañana. Le di esquinazo, no quería que estuviera con nosotros, pero al parecer está molestando a las chicas y prefiero comer con él que hacer enfadar a Amelia.

Gabriel se rio; desde luego, la mejor opción era tolerar a Eloy.

—No te preocupes, es un amigo más, sabré llevarlo.

—Ok, pero nada de temas delicados.

—Por mí, perfecto; sin embargo, no creo que él sea tan amable. De todas formas, ha sido conveniente que estemos con más gente.

—Eso es, compañía nueva, alternativos y algún que otro porro lo animarán.

Los dos amigos se sentaron en uno de los bancos que había frente a la Iglesia de Santa Inés a

esperar al invitado, sus otros colegas estaban al final de la misma plaza; por suerte no estarían mucho solos.

No tardaron en ver aparecer a Eloy por una de las calles que daban a la plaza; iba impecablemente vestido, con sus pantalones cortos de pinzas y su polo de marca. Guillermo frunció el ceño y el disgusto se reflejó en sus ojos claros.

—¿En serio...? ¿¡Náuticos!?

—No le des importancia.

—Va marcando la diferencia, no puede evitarlo.

—Por fin te encuentro —le dijo Eloy a Guillermo, pero enseguida se dirigió a Gabriel—. Vaya, nos vemos de nuevo. Varios años sin saber de ti y ahora dos veces en un mes.

—Supongo que esta vez irá mejor.

—Siempre y cuando no me pongas a pedir limosna.

—Él no pide limosna... —le dijo Guillermo enfadado.

—Deja que piense lo que quiera, Guille, no me importa.

—De acuerdo, tranquilo, fiera, no he venido para discutir —le explicó a Guillermo y le ofreció la mano a Gabriel—. Supongo que podemos llevarnos bien un tiempo, ¿no?

—Por supuesto, ya somos adultos —sentenció Gabriel.

—Bueno..., ¿y qué planes tenemos?

—Esperaremos a las chicas aquí, con unos colegas de Gabriel. —Guillermo señaló con la cabeza al grupo hacia el que se dirigían, que bebían vino en caja, fumaban en comunidad y tocaban unos bongós.

—¿Estás de broma? —soltó Eloy.

—No, son unos tíos de puta madre, ya verás cuando los conozcas —le reprochó Guillermo frunciendo el ceño.

—¿En dos días te has pasado al lado oscuro?

—Pues la verdad es que este viaje he decidido vivirlo de forma distinta —le dijo Guillermo.

Eloy miró su camiseta y sus zapatillas, desde luego Guillermo iba más acorde a lo que se esperaba allí, pero él nunca iba a ceder ante nadie y menos ante la nueva vida de Gabriel, era una humillación. Pensó en que estaba allí por Leonor y un rato entre esa gente no iba a matarlo.

Se sentaron entre todos los amigos algo bohemios de Gabriel y pronto empezaron a pasarse la bebida y los cigarros, compartiendo historias y vivencias con la mayor calma posible; allí cualquiera era bienvenido y pronto Eloy se dio cuenta de que le bastaba con estar tranquilo y hablar poco, pero no podía evitar pensar que todos desaprovechaban su vida haciendo el vago y viviendo al aire libre como los vagabundos; tampoco se iba a preocupar por entender a esa gente sin expectativas, que no valoraban los lujos. Desde luego, pertenecían a mundos muy distintos; era increíble que Gabriel estuviera feliz allí, aunque posiblemente solo disimulaba ante Guillermo. Y no le importó; su mente, en esos momentos, estaba imaginando cómo sería su nuevo encuentro íntimo con Leonor. No se le escaparía.

Guillermo, al contrario que Eloy, se estaba divirtiendo; la música, el ambiente, la gente, todo era muy agradable, pero sobre todo volver a estar con Gabriel. El día anterior había conocido a sus dos mejores amigos, los apoyos de Gabriel en todos esos años y le había encantado descubrir que eran dignos de confianza y en esos momentos descubría también la otra parte de su nueva vida e, increíblemente, no estaba mal. El sonido del móvil de Gabriel lo hizo salir de sus pensamientos.

—Era Annette —le comentó Gabriel—, dice que viene con Max y que traen comida para poder quedarnos por aquí.

—Por mí genial, avisaré del plan a Amelia; supongo que no pondrán pegas a comer en la calle sin estar en una buena terraza de un restaurante.

—Seguro que no, parecen tan a gusto como tú.

—¿Y Eloy? —preguntó Guillermo. Ambos desviaron la vista hacia el acoplado que intentaba rozar lo menos posible a los amigos bohemios.

—¿Huimos sin avisarle? —bromeó Gabriel sonriendo.

—No me des ideas. Pero vamos a tener que seguir con él.

—Ya contábamos con eso.

—Voy a mandar el mensaje a Amelia.

Unos segundos después Amelia recibía en su móvil un mensaje de Guillermo con el cambio de planes: «Comemos en la Piazza Navona con Annette y Max. Traed ropa cómoda».

Una hora después las chicas llegaron al punto de encuentro y se sentaron en uno de los bancos que ocupaban, por lo que Annette, Max y Gabriel se sentaron en el suelo frente a ellas y comieron los bocadillos que habían traído para todos, una forma muy desenfadada de saciar el hambre. Las presentaciones entre Eloy y los compañeros de Gabriel resultaron cordiales, pero algo tensas. Annette no dejaba de mirarlo con cara de pocos amigos, sabía que era el tipo que lo había insultado hacía un mes y no le hizo gracia que estuviera allí, pero el ambiente parecía tranquilo y enseguida se calmó.

—Menuda mierda de pícnic —afirmó Eloy mirando por dentro el bocadillo que le entregaron.

—A tu alrededor verás un montón de restaurantes, eres libre de ir a uno de ellos y dejarnos en paz —le soltó Amelia con gesto malhumorado; llevaba enfadada con él desde el encontronazo y el insulto de la mañana.

—Solo era una opinión, hace siglos que no me como un bocadillo envuelto en papel de aluminio.

—Pues tú te lo pierdes —le dijo Max—, es bastante relajante comer donde te venga en gana, sin esperas, sin preocupaciones y sin tener que saber qué tenedor es para qué cosa.

—¿Ya estás fumado? —le preguntó Eloy—. No me vas a comparar esto con un buen rosbif y un buen vino.

—Sí te lo comparo.

—Los pobres os creéis demasiado dignos haciendo como que esto realmente os gusta.

—Es que nos gusta —le dijo Max muy calmado—. Yo no lo cambiaría por nada.

—Ya claro, pero...

—Déjalo de una vez, Eloy. Si no estás cómodo te vas y más tarde nos vemos —le dijo Guillermo.

Eloy miró a Leonor y a Amelia, esta le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y no hizo falta que mirara al resto para saber que todos estaban deseando que se largara de allí.

—De acuerdo, ya me callo.

—Una persona que no conoce otro tipo de vida que no sea en la abundancia no es capaz de apreciar estas pequeñas cosas —le dijo Gabriel.

—Lo sorprendente no es eso, sino cómo te has adaptado tú.

—Gracias por el cumplido, Eloy.

—No pretendía que fuera un cumplido, Gabriel.

Gabriel sonrió, al fin y al cabo, nunca se habían llevado bien y era normal que él quisiera marcar sus diferencias actuales, pero no le afectaba en absoluto lo que pensara de su nueva vida; estaba feliz en ella.

—Bueno, ya vale; comamos tranquilos y disfrutemos de la compañía —cortó finalmente Annette; no hacía falta criticarlo todo.

Después del pícnic improvisado e indeseado por Eloy, pasearon por la plaza delante de la Iglesia de Santa Inés, conversando con naturalidad. Gabriel y Leonor caminaban uno al lado del otro, cuando ella levantó la vista hasta lo alto del edificio.

—Es una de las iglesias más importantes del Barroco —le dijo él.

—Lo sé. Borromini fue su creador en una época en la que eran humanistas, arquitectos, escultores, hombres muy completos.

—Contaba con que lo supieras, pero seguro que no sabes la historia de esta fuente.

—La Fuente de los Cuatro Ríos, de Bernini, eterno rival de Borromini. Muestra las personificaciones de los ríos más importantes del mundo: el Nilo, el Danubio, el Ganges y el Río de la Plata.

—Perfecto, listilla, pero observa la posición de la figura frente a la iglesia.

Leonor miró hacia el lugar que le indicaba Gabriel y vio cómo la escultura que representaba al río se mantenía en una posición forzada, como protegiéndose con los brazos y las manos de algo.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Como has dicho, la rivalidad entre el arquitecto de Santa Inés y el escultor de la fuente era importante, así pues, Bernini dejó muestra visible de lo que pensaba de Borromini y posicionó su estatua de manera que pareciera estar esperando que la estructura de la iglesia cayera sobre él. Fue una forma de insulto y menosprecio hacia el trabajo del arquitecto.

—¡Qué curioso! Nunca me había fijado.

—Ya ves, no te acostarás sin saber algo nuevo —le dijo Gabriel sonriendo, una sonrisa que

caló en lo más hondo de Leonor.

Eloy estaba al lado de la pareja y no le gustaba la conversación que tenían entre los dos ni su cercanía; siempre habían tenido los mismos gustos por el arte y eso era algo que los unía peligrosamente, así que no esperó más para interferir.

—¿Alguien ha dicho algo de acostarse? —soltó Eloy desviando la atención.

—Tú siempre pensando en lo mismo —le regañó Amelia.

—Bueno, ¿en serio tenéis pensado que pasemos la tarde recorriendo la ciudad? Me niego a ir de museos.

—Tranquilo, saldremos de fiesta —dijo Annette aplaudiendo.

—¿Otra vez? —manifestó Amelia.

—No te preocupes, haremos algo más sosegado que la *performance* de anoche. Unas copitas y a bailar.

—Me parece un buen plan, unas copitas me vendrán de maravilla —afirmó Eloy—, pero no me llevaréis a un botellón en un descampado, ¿verdad?

—Vete un poco a la mierda, cansino —escupió Amelia.

—Vale, era una broma.

Eloy sonrió, no quería volver a incomodar a nadie, su meta era estar con ellos el mayor tiempo posible y aguantaría lo que fuera, incluso el mal genio de Amelia.

El grupo se perdió por la ciudad, un variopinto ramillete de clases sociales que ese día se mezclaba sin prejuicios ni dudas para disfrutar de la Roma eterna. Con la perspectiva de la noche que les esperaba, después de cansarse entre sus calles llenas de historia, los españoles decidieron regresar al hotel y aprovecharse del bonito *spa* que albergaba. Gabriel y Annette declinaron la oferta, a pesar de la insistencia de Guillermo; Max tenía sus propios planes e hizo mutis por el foro, como solía hacer. Se despidieron en las mismas puertas del Palace quedando para unas horas más tarde.

Annette y Gabriel caminaron hacia su piso; ella iba pendiente de la expresión de él, demasiado calmada, excesivamente fría y apartada de lo que debería ser la emoción por estar con sus antiguos amigos.

—Me caen bien —afirmó Annette para tantearlo— y, sin que siente precedente, voy a decirte que Leonor me gusta mucho para ti.

Gabriel arqueó una ceja ante su comentario, nunca solía estar de acuerdo con ninguna chica que quisiera acercarse a él, no estaban a su altura.

—¿Desde cuándo te metes en mi vida privada?

—Solo hoy. ¿Tan grave fue lo que pasó?

—Hubo una ruptura absoluta en mi vida. Ese día nuestros mundos se separaron para siempre, no hay nada más que eso.

—Entiendo lo que me dices, pero también veo cómo la miras a veces.

—Es nostalgia.

Annette arqueó una ceja y lo observó con más intensidad. ¿Nostalgia? ¿Solo mostraban eso sus ojos oscuros? No quiso insistir.

—Como tú veas... Ese Eloy es un imbécil de marca mayor.

—Es un niño bien que siempre ha hecho y dicho lo que le ha dado la gana; lo mejor es ignorarlo, hay gente que no cambia nunca.

—No te cae bien y eso se te nota, estás tenso cerca de él.

—Siempre me ha pasado.

—Pues yo te protegeré.

Le dio un suave beso en la mejilla y se aferró a su brazo hasta que llegaron a su casa. Estaría con él, iban a ser unos días tremendos en cuanto a emociones y esa noche volvían a salir con su pasado.

Después de la conversación sobre Eloy que había mantenido con Gabriel, Annette se sintió más protectora que nunca con él; no iba a permitir que ese tipo le arruinara la velada a su amigo y se mantuvo constantemente a su lado. Durante la fiesta de la noche, bailó con él, compartió bebida y apenas les prestó atención a los demás. Habían ido a recogerlos al hotel de nuevo y desde allí los condujo al *pub*, centrada sobre todo en Gabriel. Pero sin quererlo eso despertó los recelos de Leonor, que empezó a sentirse incómoda con su comportamiento, sin imaginar por qué lo hacía.

El lugar elegido por Annette era mucho más interesante que el anterior: la música era más bailable, podías charlar con los amigos sin necesidad de gritar y las luces permitían ver a tu alrededor; por suerte no tenían los ruidos y la penumbra del día de las pinturas fosforitas.

—Esos están liados, seguro —le dijo Eloy a Leonor entregándole otra copa mientras Annette bailaba algo más sensual de la cuenta alrededor de Gabriel, que le sonreía. Amelia y Guillermo se mantenían a cierta distancia de la parejita.

—Gabriel me ha dicho que solo son muy amigos, compañeros de piso, que ella le ayudó.

—¿Y tú le crees?

—¿Por qué iba a mentirme?

—Por favor, esa tía está muy buena y se le está insinuando con todo el morro del mundo. ¿Qué esperas? ¿Pillarlos en el baño?

—No digas bobadas, son solo amigos y ella me cae bien.

—De verdad que eres ingenua. Viven juntos, lo tienen a mano si les surge la necesidad. —Eloy la observó bajar la cabeza, quería creer lo que le había contado Gabriel—. Siento decírtelo, pero tienes una filosofía muy simple: *lo que diga don Perfecto*. Por favor, míralos, se han acostado, han follado, pero bien.

—Ya basta, Eloy.

—Allá tú; si quieres amargarte, es tu problema.

Eloy sonrió de forma maliciosa, había conseguido ponerla nerviosa y eso le convenía; cuanto más enfadada estuviera con Gabriel, mejor para sus intenciones amorosas. Y para él sería un

gran triunfo si conseguía acostarse de nuevo con ella allí, en las propias narices de su rival.

Leonor observó reír con toda la naturalidad del mundo a Annette y a Gabriel; realmente había algo especial entre ellos, pero quería creer lo que él le contó. Además, la noche anterior había estado tonteando con otra chica y ella con otros, aunque eso podía significar que tenían una relación abierta, no que nunca se hubieran acostado. Si la necesidad apremiaba, se tenían a mano en su piso; demasiado fácil. Apretó los puños, estaba celosa, celosa sin motivo; sin embargo, recordó que toda su vida había sido así. Desde jovencita había sobrellevado los celos —entre sus amigas, entre sus compañeras de instituto, entre las distintas chicas que habían pasado por al lado de Gabriel— siempre en silencio y conformándose con ser su mejor amiga. Pero ahora era distinto, ya era una mujer y entendía las cosas de otra manera; no era necesario que él le mintiera si tenía una relación sexual con Annette; podía confiar en ella, aunque la cabreara. Miró a Eloy. ¿Por qué todos disfrutaban del sexo menos ella? Estaba empezando a estar harta de jugar al margen.

Sin pararse a darle más vueltas al asunto, ella apuró su copa y tomó de la mano a Eloy para llevarlo a la pista, cerca de las demás parejas; no iba a ser la única que no disfrutara un buen baile y, si la cosa se caldeaba, pues mejor que mejor, no era la primera vez que se acostaban. Ahora era ella la que se movía de forma insinuante al lado de Eloy y él quien aprovechaba su cambio de actitud para acariciarla con más ansias de la cuenta. Se mezclaron enseguida con el resto de la gente, pasando desapercibidos para casi todos.

Gabriel se acercó a la barra a pedir unos chupitos junto a Guillermo y allí, apoyado, dio cuenta de la primera ronda, pero pronto varias rondas más siguieron a esa, sin dejar de mirar a la pareja que bailaba bastante acaramelada delante de él. Debía admitir que no le hacía demasiada gracia ver a Eloy sobando a Leonor, aprovechando su ansia de baile y desde luego el alcohol no era buen catalizador para tranquilizarlo. Cuando apuró el quinto chupito Guillermo frunció el ceño.

—Vas muy rápido, ¿no? —le dijo Guillermo apoyando la mano sobre su hombro. Los demás seguían a su baile, incluso Annette giraba al lado de Amelia.

—Hemos salido a divertirnos.

—La última vez que te vi beber así, el cortacésped de tu casa acabó en la piscina y se cortocircuitó la luz.

—He crecido, ahora sé beber —le dijo guiñándole un ojo, pero enseguida volvió a mirar hacia donde estaba Leonor.

—Seguro que sí.

Guillermo no quiso llevar la conversación más allá. ¿Qué le iba a preguntar: si le molestaba lo de Leonor y Eloy? Se pondría a la defensiva, soltaría un bufido y negaría cualquier sentimiento. Pero sí se quedó a su lado. Si bebía demasiado, él estaría ahí, sin importarle por qué lo hacía y sin juzgar. La noche se iba a poner interesante si todo seguía a ese ritmo.

Annette fue la primera en cansarse, tenía una cita por trabajo al día siguiente y se marchó un rato después, haciéndole prometer a Guillermo que se haría cargo de Gabriel si era necesario. No

tardaron mucho en irse también los demás al hotel.

Guillermo abrió la puerta de su habitación sujetando como pudo a Gabriel. Los últimos chupitos estuvieron de más, pero ya eran mayorcitos. Encendió la luz y acompañó a su amigo a la cama, tumbándolo sobre ella. Al caer, Gabriel soltó una carcajada.

—Menuda cogorza llevas —le dijo Guillermo mientras le quitaba los zapatos.

—¿Sabes qué debería hacer ahora mismo?

—En este estado cualquier cosa...

—No, en serio.

—¿Qué deberías hacer?

—Debería ir a la habitación de Leonor y follármela... con Eloy mirando, para que se joda, para que vea lo que nunca va a sentir ella con él. —Guillermo se sentó a su lado en la cama, entendía su enfado. Gabriel lo miró y negó—. No, lo siento, solo digo tonterías. Nunca lo haría, Leonor no tiene la culpa de nada... Somos nosotros los idiotas; ella es inocente, una víctima. Lo único malo en su vida somos el imbécil de Eloy y yo.

—Anda, duerme la mona. Mañana hablamos.

—Seguramente ahora están juntos, ¿verdad?

—No lo creo, ella no quería que estuviera aquí.

—De todas formas, es lo mejor, yo...

Se durmió sin acabar la frase, le pudo la borrachera. La noche había sido dura, aunque Gabriel nunca lo reconocería, no le había hecho gracia ver a Eloy tan cariñoso con Leonor, imaginárselos juntos...

Guillermo se quedó contemplándolo hasta que un sonido en la puerta lo sacó de sus cavilaciones. La voz de Amelia sonó al otro lado, se había quedado hablando con recepción. Guillermo abrió.

—Gabriel está aquí, está muy ebrio.

—¿Se ha dormido?

—Sí, lo voy a dejar aquí esta noche. ¿Puedes dormir con Leonor?

—Claro, descansad.

Amelia le dio un beso en los labios, echando una mirada al interior para ver a Gabriel dormido, y se marchó a la habitación de su prima. Pasarían una noche de primas y hablarían, seguro que le vendría bien su compañía.

Eloy observaba a Leonor; había conseguido entrar con ella a su *suite*, había conseguido sembrar la duda en su mente sobre la relación que Gabriel tendría con la buenorra de Annette y sabía que esa noche tenía otra oportunidad, aunque fuera por despecho. Cuando pasó a su lado la sujetó del brazo y la atrajo hacia él, sentándola sobre su regazo y hundiendo su cara en su cuello. Leonor dejó que lo hiciera, incluso se sorprendió alzando ligeramente la barbilla para facilitárselo de nuevo como esa mañana en la casa del lago. Eloy inició su viaje dándole suaves besos en el

cuello y acariciando su espalda de forma sensual. La acomodó sobre él y bajó su boca hasta el escote, deseando recrearse en sus pechos. Leonor se colocó sobre él, temblando ante su tacto, pero al notar su prominente erección se detuvo, se dio cuenta de que no era eso lo que quería, no en esos momentos, que no deseaba acostarse con él, que no se sentía excitada, solo herida, solo buscaba desquitarse.

—Para, Eloy. —Ella intentó levantarse de su regazo, pero él se lo impidió y siguió con sus caricias sin hacerle caso—. He dicho que pares. —Esa vez fue más rotunda y dándole un leve empujón se levantó.

—No me jodas, íbamos bien.

—No me apetece, vete a tu habitación.

—Ven, yo haré que te apetezca, sé cómo hacerlo.

Leonor lo miró sin decir nada, él no tenía por qué saber que aquella vez no había resultado tan satisfactoria para ella y no buscaba repetir.

—Márchate, ya hablamos mañana.

Eloy se dio cuenta con rabia de que, a pesar de lo que pensó al principio, no iba a conseguir nada, que no era ni el momento ni el lugar; ya llegaría su hora y entonces se desquitaría de esos rechazos. Unos golpes en la puerta desviaron su atención.

—Leonor, esta noche duermo contigo.

Leonor fue a abrirle y Amelia se sorprendió al ver allí a Eloy con la camisa desabrochada, algo había pasado.

—¿Y Guille?

—Ha dejado que Gabriel duerma en nuestra cama, está algo bebido.

—Ya... —Leonor miró a Eloy y este entendió que estaba de más, no iba a dejar que ella lo echara de nuevo.

—Me voy, os dejo dormir.

La frustración sexual en su voz era palpable y eso hizo que Amelia sonriera cuando él se fue. No esperó mucho para preguntar.

—¿Qué habéis hecho? ¿Te has acostado con él otra vez?

—No, pero casi lo hago.

—¿Por qué? ¿No decías que no hasta que no pasara todo esto y te decidieras?

Leonor se sorprendió ante la pregunta de su prima.

—Porque es mi futuro novio, porque es guapo...

—Porque estás celosa...

—¿Qué?

—Annette y Gabriel han estado muy juntos hoy.

—¿Y?

—Que no soy tonta, has imaginado cosas y eso te ha molestado. Y que Eloy haya estado junto a ti no ha ayudado. ¿En serio crees que están liados?

—Gabriel me dijo que no, pero ella está a su lado y es tan guapa.

—Deberías confiar en su palabra. Por lo que recuerdo nunca ha sido un mentiroso, además, no hay nada entre vosotros; es una idiotez ocultarte eso.

—Eso es verdad, pero...

—Bueno, la cuestión es si te apetecía hacerlo con Eloy.

—Lo he intentado...

—Y nada.

—¿Por qué no puedo disfrutar del sexo como el resto del mundo?

—Mira, prima, eres tan cursi y romántica que haces necesario que tu corazón sienta algo por el hombre que comparta intimidad contigo.

—Bueno, me he acostado con otros.

—Chicos que te gustaban, aunque fuera por poco tiempo.

—Eso sí.

—De todas formas, si te sirve de algo mi opinión, la borrachera de Gabriel creo que tiene algo que ver con tus achuchones con Eloy esta noche.

—¿Tú crees?

—Se pasó con los chupitos. Cada vez que Eloy te manoseaba, él bebía; ha estado de lo más gracioso.

Leonor sonrió; en el fondo, le alegraba que su prima le dijera eso, aunque posiblemente lo hacía para tranquilizarla. Después de una ducha relajante, se tumbó junto a ella y se durmió tranquila. Esa noche soñó con él, soñó que estaban juntos, bailando en esa disco abrazados y acariciándose con lujuria sin importarles los que había a su alrededor, sin importarles el mundo que los rodeaba; solo estaban ellos dos y ella era feliz por fin.

—¿Y bien?

Guillermo y Amelia desayunaban en el restaurante del hotel, estaban solos, los demás seguían durmiendo.

—La noche bien, pero bebió demasiado.

—¿Tenemos la misma idea?

—Que se emborrachó por Leonor —dijo él, Amelia asintió.

—No te he contado... Cuando llegué a la habitación de mi prima estaba con Eloy.

—¿Se enrollaron?

—Al parecer ella se frenó, no se excitó. —Guillermo arrugó la nariz ante la sinceridad de Amelia.

—Pues no sabes lo mejor... Gabriel me dijo que lo que realmente quería era, palabras textuales, «ir a follarme a Leonor con Eloy mirando».

—¿Qué? No es verdad.

—Sí, para mí que estaba celoso, aunque por supuesto se arrepintió enseguida de lo que dijo.

Amelia desvió la mirada hacia la ventana, varios clientes del hotel ya ocupaban parte de las mesas de la cafetería. La situación se empezaba a complicar, ella no esperaba que Gabriel sintiera algo por Leonor, eso cambiaba las cosas; si todo iba bien... Y decidió dejar que las circunstancias amorosas siguieran su curso.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—¿Qué tal si nos vamos a dar una vuelta los dos solos? —ofreció Guillermo.

—Pues la verdad es que me apetece mucho, con todo lo que está pasando no hemos tenido tiempo para nosotros.

—¿Nos vamos así sin más?

—Seguro que sabrán estar un rato sin nosotros, a veces me siento como un pastor.

—De acuerdo, hagámoslo.

Justo en ese momento apareció Gabriel haciendo pinza con sus dedos sobre el tabique de la nariz, una consecuencia de la resaca. Se acercó a ellos y bebió un sorbo de la taza de café de Guillermo.

—Me voy a casa.

—Puedes quedarte en la habitación, Amelia y yo nos vamos por ahí.

—No, gracias, quiero descansar en mi cama y ponerme al día con unos trabajos. —¿Sonó a excusa?

—¿Nos vemos luego?

—Ya te llamaré. Solo una cosa más, ¿cuánto tiempo pensáis quedaros en Roma?

Guillermo lo miró sin creerse que le hubiera hecho esa pregunta y Gabriel se dio cuenta de que había metido la pata, de que la resaca y la frustración de lo ocurrido la noche anterior le estaban pasando factura.

—No tenemos claro...

—Lo siento, ha sido algo grosero preguntar eso. La verdad es que me encanta que estéis aquí, solo quiero organizarme un poco. Perdona, tío... Me voy a descansar.

Y se marchó de allí sin decir nada más, era mejor que se callara si no quería volver a meter la pata, pero no le gustó ver a Amelia y a Guillermo solos, sin Leonor y sobre todo sin Eloy.

Los dos días siguientes, Gabriel puso en orden no solo su trabajo, sino también sus pensamientos. Se había comportado como un crío enfadándose por lo que había pasado entre Eloy y Leonor. ¿Qué esperaba? Estaban a muy poco de prometerse y él ya no pintaba nada en ese mundo. Su enfado fue un berrinche contra Eloy y nada más. Recapacitó sobre lo que realmente había sentido y se convenció de que solo fue un arrebato, de que su papel estaba junto a Leonor como amigos, apoyándola como siempre. Durante ese tiempo sus encuentros se limitaron a salir a comer o a tomar algo, pero no pasaban más que un par de horas juntos. Todos aceptaron que él estaba ocupado y lo respetaron; al fin y al cabo, él no estaba de vacaciones. Sin embargo, Leonor notaba que las cosas entre ellos se habían enfriado y no tenía claro bien por

qué; ella no tenía motivos para sentirse celosa de Gabriel y Annette, y, así mismo, el que Gabriel se pudiera molestar por la tontería que tuvo con Eloy estaba de sobra, pero al parecer había algo que se le escapaba y decidió dejar pasar el tiempo. Por suerte durante esos días la situación entre ellos se relajó y volvieron a divertirse de nuevo sin comeduras de cabeza y sin involucrarse más de la cuenta.

Leonor caminaba despacio por las calles de Roma. Las cosas se habían calmado desde la noche del intento de aproximación fallida de Eloy y tanto él como Gaby habían vuelto a una fingida cordialidad con ella para hacer más llevadero el tiempo que les quedaba juntos. Pero esa mañana todos durmieron hasta tarde. Amelia descansaba con Guillermo, y Leonor no quiso molestarla. Mientras avanzaban las horas, empezó a cansarse de estar en su habitación esperándola, así que pensó en avisar a Eloy para no comer sola, pero rápidamente abandonó esa idea; no le apetecía estar con él ni escuchar sus memeces. La verdad era que ella no había bebido gran cosa y el aburrimiento la venció. Y, como decían «la mente ociosa es el patio de juegos del diablo», decidió, sin pensarlo mucho, ir a buscar a Gabriel. Daría una vuelta por la ciudad, acabaría en su piso de visita formal y como excusa le diría que quería probar los sándwiches que les había recomendado Max. En el fondo, buscaba estar un tiempo tranquila con él y hablar.

Después de comer en su habitación una suave ensalada de pasta, y de arreglarse, salió del hotel. Los demás parecían dispuestos a enlazar la noche con la mañana y con la siesta. Paseó un rato por la zona y se dirigió hacia el barrio de Gabriel. Le quedaba un trecho, sin embargo, le gustaba caminar y así tenía tiempo para desconectar. Era capaz de orientarse sola y recordaba el lugar que Annette les había mostrado; sabía que estaba cerca. Iba imbuida en sus pensamientos cuando notó un fuerte tirón en el brazo y cómo el bolso se deslizaba de su hombro. El giro que dio para defenderse la hizo caer al suelo y desde allí, asustada, vio cómo un grupo de chicos corrían en dirección contraria y cómo un grupo aún mayor de gente se acercaba a ella para ver qué había pasado. En un segundo todos se agolparon a su alrededor tocándola e intentando levantarla, pero su mente no le permitía ver que buscaban ayudarla y solo pudo gritar con todas sus fuerzas mientras las lágrimas empezaban a caer por sus mejillas. Ante la impotencia, se quedó en el suelo y se abrazó a sus rodillas, acurrucándose de forma protectora hasta que todo pasara y con el corazón latiéndole a mil por hora, hasta que sintió cómo unas cálidas manos le separaban los brazos de la cabeza y le susurraban palabras de consuelo; el sonido de su voz y el aroma del hombre la hicieron reaccionar y se aferró a su cuello, dejando que él la alzara en brazos y se la llevara de allí.

Gabriel había oído el revuelo; no era raro que algún chaval diera el tirón a algún turista despistado. Él mismo había sido víctima hacía años, pero se le pusieron los pelos de punta al escuchar el grito de la mujer que permanecía acurrucada entre la gente, y no lo dudó: era Leonor y, corriendo, llegó a su lado y la calmó, cogiéndola en brazos y llevándola a su casa, alejándola de la gente. Ella no estaba acostumbrada a esos sucesos, siempre protegida por su familia, y no sabía enfrentarse a ese tipo de problemas. Durante el recorrido hasta su piso, ella no habló, solo

se aferró a él, a su protección, a su fuerza. Gabriel la mantuvo en sus brazos hasta que entraron en la casa. Un ligero temblor la acompañaba todavía, pero eso le indicó que no estaba herida, solo asustada y, susurrándole palabras, la dejó sobre su cama para que descansara y se dirigió a la cocina a prepararle una infusión. Al regresar, ella se había acurrucado entre las sábanas y mantenía la cabeza en la almohada; la impresión había sido mayor de lo que parecía.

—Te he preparado una infusión de hierbas de las que tiene Annette para relajarse.

—Gracias.

—¿Qué hacías sola por aquí?

—Venía a verte.

—Debiste llamarme primero.

—No tengo tu número de móvil; pasé por donde sueles pintar y no estabas, así que vine aquí a probar uno de esos sándwiches.

Gabriel empezó a reírse: todo eso por un bocadillo.

—Entonces te quedas a cenar, ¿no?

—Sí, claro.

Gabriel sonrió. Esa tarde él estaba solo y no pensaba ir a ningún sitio; la compañía le vendría bien, el cambio de aires también.

—Voy a comprarlos al bar, descansa.

Gabriel se marchó a por la cena y Leonor se metió más entre las sábanas, respirando el olor de Gabriel, el mismo aroma que había reconocido entre la gente y que la calmaba, que siempre la había calmado; ya en esos momentos entendió lo mucho que lo había echado de menos esos años. Se acurrucó un poco más; la verdad era que había pasado mucho miedo y quedó agotada del susto, pero estaban allí, en su casa, y solos. Se tomó el té lentamente y observó la habitación. Estaba llena de blocs de dibujo y de láminas de paisajes de Gabriel; preciosos ambientes creados por su mano e incluso creyó ver el lago de su casa. La estancia no era gran cosa ni de tamaño ni de lujos o decoración, pero era cómoda y tenía una ventana bastante grande que dejaba pasar la luz de la ciudad, aunque estuviera cayendo el sol. Desde allí se observaba el pequeño salón, con un par de sillones restaurados, una tele y la barra que daba a la cocina, con dos puertas al otro lado, posiblemente las habitaciones de Max y Annette. Algo pequeño, pero familiar y acogedor.

Leonor no estuvo sola mucho tiempo; al poco, Gabriel regresó con los bocatas y se sentaron en sillones a comer; estaban muy buenos.

—Deberías avisar a tu prima.

—Me han robado el móvil.

Gabriel buscó el número de Guillermo, que era el único que tenía, y esperó varios tonos sin mucho éxito.

—Guillermo no contesta, voy a dejarle un mensaje para que no se preocupen. Y avisaré también al hotel por si acaso.

Gabriel se puso a buscar el teléfono.

—¿No están tus compañeros?

—Hoy no duermen aquí, había una exposición clandestina para Max, y Annette va a pasarla con el poli del otro día... ¿Hotel Palace? *Sí, pronto, ¿posso parlare con il signor Guillermo Arias? Ah, d´accordo, quando torna le dica che la signorina Leonor é con me*[1]...

—¿Puedo dormir aquí? No quiero salir otra vez.

Gabriel asintió y regresó a su conversación telefónica con el hotel.

—... *Dorme a casa mia e tornerà domani, va tutto bene, grazie. Eh, sí... Gabriel Osorio. Arrivederci*[2]. —Miró a Leonor—. Arreglado. Entonces, te quedas a dormir. Fiesta del pijama como cuando éramos niños.

Gabriel estaba más tranquilo de lo que Leonor esperaba; no había puesto ninguna pega y eso le gustó, sobre todo eran amigos. No había planeado que ocurriera algo así, pero había veces en la vida que las cosas surgían y ya.

—Bueno, por lo menos sabrán dónde estoy, porque mi prima se preocuparía si me llama y nadie le contesta.

—Quizás hayan salido a cenar o a buscarte.

—Cuando me fui aún dormían, no quise molestarlos; también es normal que quieran pasar un tiempo ellos solos.

—Me parece genial que estén juntos. Amelia es la perfecta para Guillermo.

—¿Y tú? ¿No tienes a nadie especial?

—No, aún no me preocupo por esas cosas.

—¿Ni la chica de la noche de la *performance*?

—Con ella solo hay momentos esporádicos.

—¿Una follaamiga?

—¿Una palabrota, tú?

Leonor rio con ganas; la palabra no le gustaba mucho, pero no sabía cómo expresarlo de otra manera.

—¿Y Annette?

—Ya te dije que es más como una hermana y que nunca nos hemos liado.

—Se os ve tan bien juntos que pensé que...

—¿Lo pensaste tú sola?

—Si lo dices por la otra noche con Eloy...

—No pasa nada, él no nos conoce de nada, es normal que al verla conmigo pueda pensar mal.

—Bueno, Eloy siempre piensa mal.

—Eso es cierto. ¿Qué tal con él? Esa noche de la que hablamos se os veía muy juntos.

Gabriel quería poder hablar con ella de esa noche con normalidad.

—No sé por qué lo dices, pero no ocurrió nada entre nosotros, solo bailamos.

—Menuda noche pasamos, hacía tiempo que no tenía una resaca así.

Leonor se recostó en el sillón, apoyándose en él. Pasaron un par de horas más hablando y

viendo películas antiguas en italiano hasta que Gabriel vio que ella empezaba a dormitar sobre su hombro.

—Deberías ir a dormir ya, te caes de sueño.

Leonor asintió y se dejó acompañar a la cama. Gabriel sacó una de sus viejas camisetas y se la dio para que durmiera con ella.

—¿No vas a dormir conmigo? —le preguntó ella al ver que salía del cuarto—. No es la primera vez que dormimos en la misma cama, solo como amigos.

—Supongo que no pasa nada.

Gabriel entendía que la tarde había resultado dura para ella y que estaría más tranquila con él a su lado; esperó hasta que ella salió del baño ya con la camiseta puesta y la acomodó en su cama. Leonor le dio la espalda y se aferró a la almohada. Los ruidos de la noche llegaban hasta allí: las voces, el ajetreo, los coches; allí no había silencio. Las paredes y los cristales eran demasiado finos y los golpes de pasos de los vecinos se oían a través del suelo, sin embargo, no tardó mucho en dormirse sintiendo el calor de Gabriel a su espalda. Pero él no se quedó allí, esperó hasta que ella se durmió y después se fue al sillón; era mejor que durmieran separados, había demasiadas emociones, aunque de vez en cuando se acercaba a la cama para ver si descansaba tranquila.

Leonor abrió los ojos despacio; el aroma de Gabriel la envolvía y se desperezó con una sonrisa. Había sido una noche reparadora. Un olorcillo a café llegó hasta su cama y con la misma camiseta con la que durmió salió al salón; al parecer, seguían solos.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó Gabriel dándole una taza de café recién hecho.

—Bastante bien.

—¿Ya estás más tranquila?

—Sí, al fin y al cabo, solo era un bolso.

—Es difícil estar sin tus objetos personales, pero acabas acostumbrándote. A mí me robaron varias veces hasta que lo entendí.

—Creo que debo volver al hotel. —De repente Leonor empezó a reírse—. No tengo dinero ni para llamar a un taxi, claro que móvil tampoco.

—Podemos ir dando un paseo.

Entonces Leonor vio la manta revuelta en el sillón.

—¿Has dormido en el sillón?

Gabriel le hizo un gesto de asentimiento mientras se acercaba despacio a ella. La había observado dormir en su cama y algo se removió en su interior, sabía que no debía hacer nada de lo que luego pudiera arrepentirse. Sin embargo, allí estaba ella, con su camiseta y con ese aire despreocupado sobre su sillón revuelto, tan sexy y tan atractiva. No entendía bien por qué en esos momentos quería besarla si no era amor, pero lo deseaba, lo deseaba muchísimo y, observando la mirada de incredulidad en el rostro de Leonor al verlo acercarse, la besó. Ella

respondió a su beso y cuando él se separó de sus labios le dejó un ansia que no conocía, saboreando el sabor como en un sueño.

—Siéntate, quiero dibujarte —le dijo él.

Ella obedeció y se deslizó en el sillón, esperando que él cogiera el bloc y los carboncillos.

—¿Debo estar quieta todo el tiempo?

—No, solo un momento al principio.

Leonor recorría la vista por el pequeño piso, observando el sitio con nuevos ojos. La experiencia del día anterior le había impedido fijarse con detenimiento. La verdad era que no entendía cómo Gabriel podía vivir allí, pero en el tiempo que estaba en él se sentía extrañamente a gusto. Annette era encantadora, algo alocada y rebelde; en cambio, Max le pareció más sosegado, como si el mundo no fuera con él. Y el suave beso que le acababa de dar Gaby, ese beso que había esperado tanto tiempo... Intentaba relajarse mientras él la pintaba, pero la escena era tan sexy que necesitaba ocupar la mente en otra cosa y, alargando la mano, tomó de la mesilla otro bloc. Repasó sus páginas con lentitud, maravillándose de los retratos que había en ellas. Nunca le había hablado de su talento, nunca se lo había contado. Los retratos eran de lo más variado, pero extremadamente realistas, perfectos en su trazado. Allí, un hombre anciano la observaba con una mirada de resignación que la dejó sin habla; en cambio, la imagen de la niña que vio después mostraba la ilusión por la vida y la felicidad; una mujer algo mayor que ella le devolvió una mirada casi de pena y de frustración.

—Gaby, esto es precioso, son tan reales.

Gabriel dejó el dibujo que estaba haciendo y le indicó que se acercara con él a la ventana del destartalado salón y le presentó su mundo, un mundo de rostros que ella había admirado en su bloc. La mantuvo entre sus brazos mientras lo hacía, creando una atmósfera etérea de intimidad que nunca habían tenido, pero no le importó, por unos minutos nada le importó y solo actuó como le apetecía hacerlo.

—Posiblemente tu bolso esté en este barrio, no sería extraño.

—¿Es un barrio de ladrones?

—Es un barrio de necesitados. En aquel bloque de enfrente vive un matrimonio con cuatro hijos. El padre trabajaba en la construcción hasta que la especulación le hizo perder el trabajo junto a cincuenta obreros más; la mujer hace lo que puede limpiando escaleras, pero apenas tienen para alimentarse los seis y la mayoría de las veces se sacrifican para que sean los niños los que coman; les ayudamos en lo que podemos, pero tampoco da para mucho. —Leonor lo miraba embelesada, fascinada por sus palabras e identificando a las personas de las que le hablaba con los retratos—. La historia de la mujer que vive bajo ellos es más complicada: su hombre la abandonó con un bebé y desde entonces alterna el trabajo de limpieza con hacer la calle para poder sobrevivir. La pareja del bloque de allí es diferente: el hombre es un borracho y día sí día también pega a su mujer; ella no puede o no quiere dejarlo y lo soporta. ¿Qué otra opción tiene? Annette intenta convencerla para abandonarlo, pero ella ve su futuro aún más negro fuera de su

lado. En cambio, las dos personas que viven dos pisos por encima de ellos llevan juntos más de cincuenta años, en un piso más deprimente que el nuestro, sin embargo, es el único alquiler que se pueden permitir; son ancianos ya y a veces han intentado echarlos de ahí para poder alquilar más caro. Esos días todo el barrio se congrega delante de su bloque y para llegar a ellos deben pasar por encima de nosotros. Es lo único que podemos hacer unos por otros.

—Hay tantas vidas diferentes, los mismos rostros desgarradores de tus hermosos retratos.

—Podría contarte una historia de cada piso, cada cual más triste y, no obstante, siempre hay una sonrisa para el prójimo y una mano de apoyo.

—Y tú formas parte de todo. Supongo que ahora tu anterior vida te parecerá vacía y superficial.

—No quería hacerte sentir mal, solo que conocieras otro mundo más allá y que entendieras que a cualquiera de ellos tu bolso les vendría de maravilla.

En ese momento se oyó un golpe en la puerta y seguidamente una voz de niño.

—¿Gabriel? Sono Alex.

—Pasa.

El niño mantenía las manos a la espalda y el rostro bajo mientras su madre entraba tras él.

—Lo siento mucho, Gabriel; le quitó el bolso sin querer junto a esos amigos suyos tan revoltosos, pero por suerte lo recuperó y me lo entregó. —La mujer, hablando en un perfecto español, se acercó a Leonor con el niño—. Devuélveselo y pídele perdón.

—Lo siento mucho —le dijo el niño, también en español y con gesto de arrepentimiento—. Se lo enseñamos a Max, que estaba en la plaza, y me dijo que el bolso era de tu novia, Gabriel. Yo no lo sabía..., se lo arrebaté entonces a mis amiguitos para traerlo. Te prometo que solo faltan cinco euros que cogí para chuches.

—No te preocupes, no ha sido nada —los tranquilizó Leonor—. ¿Sois amigos de Gaby?

—Sí, me llamó Alex y mi mamá Patricia, vivimos enfrente con mis tres hermanos y mi papá, si quieres puedo enseñarte mi cuarto.

—No hace falta, sé que será muy bonito.

—¿Te vas a quedar a vivir aquí?

—Vámonos, Alex. Este niño cuando empieza a preguntar no para. Le agradezco que no haya denunciado.

Leonor rebuscó en su bolso y sacó la cartera, extrayendo el dinero que llevaba allí.

—¡Patricia, espera! Toma esto, sé que lo necesitas más que yo.

—No puedo aceptarlo, es demasiado.

—Has demostrado mucha nobleza devolviéndomelo y, aparte del móvil y la identificación, el resto es prescindible. Por favor, acéptalo.

La mujer aferró la mano que Leonor le tendía y se la besó, tomando de ella los billetes que le había ofrecido y derramando lágrimas de agradecimiento; acto seguido, se llevó al niño de allí para dejarlos solos. Gabriel se volvió con una sonrisa hacia Leonor.

—¿De qué te ríes? El móvil lo necesito para llamar a mi prima. Hablan muy bien español.

—Ella es española, aunque lleva aquí muchos años y ha querido enseñarles el idioma a sus hijos; lo utilizan cuando hablan conmigo.

—Entiendo.

—Has hecho una gran obra, estoy orgulloso de ti.

—Ya veremos, ahora debo avisar.

—Sí, pero no hace falta que sea ahora mismo.

Se aproximó de nuevo para abrazarla, pero esa vez el beso fue más intenso; sus ansias habían crecido al verla en su mundo y la intimidad que habían compartido hacía unos instantes los estimuló. Cuando los labios de Gabriel abandonaron los de Leonor se miraron a los ojos, descubriendo su mutuo deseo y algo cambió en él. De repente, no tenía suficiente con un beso y bajó por su cuello, probando su sabor y sintiendo su olor en ella a través de la camiseta. Introdujo sus manos por debajo y palpó sus pechos, que ya le esperaban; ella echó la cabeza hacia atrás para facilitarle la exploración y emitió un suspiro de placer cuando las manos de Gaby jugaron con sus pezones. En esos momentos solo tenía conciencia de él y de las sensaciones que le despertaba y apenas notó cuando se movió, colocándose a su espalda, liberándola de la camiseta, dejándola con la braguita de encaje que llevaba. Desde detrás, Gabriel continuó torturándola, acariciándola por todo el pecho y deslizando una de sus manos hacía sus muslos mientras la otra seguía pellizcando sus sensibles aureolas. Leonor no podía verle, estaba totalmente dominada por él, pero sentía su erección contra su espalda y su necesidad a través de sus movimientos. Los dedos de Gaby se escurrieron por entre la tela de sus bragas y ondularon sobre los suaves rizos dorados de su pubis, enviando deliciosos escalofríos y haciendo que Leonor elevase las caderas suplicando porque él ahondara más y acariciase el único punto que más deseaba. Gabriel sintió su necesidad y jugueteó con su clítoris al mismo tiempo que ella gritaba de placer aferrándose como podía a su pelo, pero él no se iba a detener ahí y, desde su posición, introdujo dos dedos en su interior de manera magistral, deslizándolos a través de su humedad y haciendo que los gemidos aumentasen de volumen. Cuando entendió que la tenía al límite, volvió a situarse a su frente, se deshizo de las bragas y se arrodilló delante de ella elevando una de sus piernas hasta su hombro, dejando al descubierto su interior y utilizando su lengua para hacer estragos en ella. La posición con la espalda apoyada en la pared y la pierna elevada que ella tenía la dejaba completamente a su merced, indefensa ante su ataque, pero por nada del mundo lo habría detenido, era lo que había deseado durante tantos años y ni en sus mejores sueños lo habría imaginado así. Ahora entendía que ni con Eloy ni con los otros chicos con los que había estado se sintió completa, entendió que siempre tuvieran un *pero*, entendió que siempre lo buscara en los demás, porque eso era lo que realmente la hacía estremecer. Sentía las manos de Gaby sujetándola por las nalgas y marcando el movimiento de su lengua, que a ratos se movía por su exterior y a ratos se adentraba en ella y, cuando ya no pudo más, se aferró a su pelo para impedir que se detuviese: eso era lo que debería sentir siempre, eso era lo que hacía sentir el amor. Y

gritó su nombre, gritó con todas sus fuerzas cuando llegó al clímax, gritó sin poder controlar lo que decía, lo que sentía.

—¡Oh, Dios... Gaby! Te quiero.

Ella empezó a relajarse, exhausta, después del único orgasmo potente que había tenido en su vida; una sonrisa iluminaba su rostro mientras él se levantaba en silencio. Lo vio dirigirse a la ventana y abrirla, hacía calor. No era lo que esperaba, lo que deseaba; se sentía incompleta aún. Leonor quería continuar, sentirlo abrazado a ella, sentirlo dentro de ella, completar la unión, pero lo único que observó fue cómo le daba la espalda y se arreglaba el pelo que ella le había revuelto. Ella no tenía por qué darse cuenta de la tensión de sus hombros cuando escuchó cómo, inconscientemente y fruto del orgasmo, le decía que lo quería, ni lo que esas palabras removieron en él: las imágenes al borde del lago, las tardes de esquí, el primer beso. Para Gabriel también era su primera vez con ella y lo asustó la intensidad de sentimientos que entendió de repente, lo que su sabor íntimo le hizo experimentar, el impacto que su tacto tuvo en su mundo, un mundo que no quería cambiar y que se tambaleó al escucharla gritar su nombre. ¿Cómo podía ella hacerle sentir ese cúmulo de sentimientos? ¿Habían estado escondidos o solo era la intensidad del día juntos? Por eso decidió parar ahí; no era su destino y no debía albergar ninguna esperanza. Leonor debía regresar junto a Eloy y él continuar su vida allí; era lo mejor, había sido un idiota al llevarla hasta ese extremo. Hizo de tripas corazón y actuó en consecuencia, posiblemente también sería porque llevaba un tiempo sin estar con una mujer: esa fue su mejor excusa.

—Es mejor que regreses al hotel, llamaré a un taxi.

—Quiero quedarme contigo.

—Estarán preocupados por ti.

—Saben dónde estoy...

—No, vuelve. Es tu lugar.

—Mi lugar está contigo y más después de esto. Yo...

—Esto no debería haber pasado, me dejé llevar.

—No fue solo eso, Gaby...

—Sí que lo fue. Llevo mucho tiempo sin estar con una chica y verte en mi cama, con mi camiseta, no ayudó a enfriarme. —«Menuda excusa de mierda», pensó él, pero era lo único que podría convencerla, hacerla reaccionar.

—No creo lo que me dices, solo tienes miedo a lo que sientes.

—Por favor, Leonor, solo ha sido un intento de polvo; no le des más importancia.

—¿Qué no le dé importancia? ¿Sabes lo que esto es para mí? Siento que para ti solo sea casi un polvo.

Leonor no lo podía creer, ¿de verdad le pedía que se fuera de su lado? ¿Después de lo que había pasado entre ellos? Y allí estaba, escuchando, de esa boca que tanto placer le había dado, unas palabras que le dolían en lo más hondo. Volvía a poner un muro entre ellos, a alejarse de su lado, y ahora era peor porque le había hecho probar el fruto prohibido.

—Eres un cobarde, un maldito embustero y vuelves a huir —fue lo último que le dijo.

Gabriel ya estaba llamando a un taxi y ella, poco después, de camino al hotel con lágrimas en los ojos; ni siquiera se miraron cuando abandonó su casa, como si hubieran sido dos desconocidos. Por unos instantes había sido capaz de vislumbrar el futuro que habría tenido a su lado: la felicidad de estar con él, de amarlo, de sentirlo. Frías lágrimas resbalaban por sus mejillas ante lo que nunca podría ser. A veces la vida era cruel y el destino un duende malévolo que disfrutaba torturándola y se reía de ella. Pero estaba cansada de llorar, no había sido una buena idea ir a verlo sola y ya estaba harta de todo; asumiría su futuro gris cubierto de nubes negras en el horizonte; ya lo había hecho antes y, como los inquilinos de los bloques del barrio de Gabriel, se conformaría con lo que le tocaba.

7

—¿Te vas a pasar todo el día encerrada en el hotel?

Amelia intentaba convencer a Leonor para que abandonara la cama que llevaba ocupando todo el día desde que regresara de casa de Gabriel. Se había visto obligada a contarles a Guillermo y a Eloy que su prima estaba indispuesta, que algo le había sentado mal, pero Eloy estaba con la mosca detrás de la oreja desde que había dormido en casa de Gabriel; sospechaba algo y estaba cada vez más furioso. Leonor le había contado lo ocurrido solo a ella, los sentimientos y sensaciones surgidas y la decepción posterior, le había explicado cómo él la había rechazado de nuevo. Y cómo se sentía morir.

—Sí.

—Pues para eso deberíamos regresar a España, si vamos a estar sin salir...

—Sal tú con Guillermo.

—No voy a dejarte sola y amargada y es mejor que Eloy te vea tranquila y con un comportamiento normal, está empezando a impacientarse. Venga, vamos a tomar algo y te desahogas; podemos poner verde a Gabriel entre las dos.

—No quiero ponerlo verde, es perfecto.

Y rompió a llorar.

—¡Madre mía, qué cuadro! ¿Tú no sabes que cuando un tío te deja hay que despotricar de él con las amigas?

—Pero yo lo quiero. Nunca antes he sentido algo así, nunca he dicho a nadie que lo quiero, porque sé que solo puede ser con él; ahora está claro.

—¿Otra vez con lo mismo? ¿No ibas a pasar página?

—No me digas eso...

—¿Y qué quieres que te diga? Era normal que acabara ocurriendo esto.

—Lo sé, pero yo...

Leonor se recostó en el regazo de Amelia, solo ella la reconfortaba en esos momentos difíciles.

—Igual es lo mejor, darte de bruces con la realidad y reaccionar.

—Menos mal que te tengo a ti.

—Piensa que por lo menos has sentido lo que es estar con él una vez y eso es algo que nadie puede quitarte.

—Fue tan maravilloso.

Y, con ganas, rompió a llorar de nuevo; aún era muy reciente y necesitaba más tiempo para asimilarlo.

—Mira —le dijo Amelia—, creo que aún no has llorado bastante. Quédate otro rato, pero en un par de horas vuelvo y te saco, aunque sea a rastras. Estás avisada.

Y se marchó dejándola sola, por el momento era mejor eso.

Leonor buscó en su memoria a Gabriel; como decía su prima, eso era algo que nadie podía quitarle. Recordó la última vez que se vieron hace años al lado del lago; analizando los hechos, ya se había repuesto de una separación, pero aquella vez fue distinto, no habían tenido ningún tipo de intimidad, ni siquiera la habría tenido en cuenta en ese sentido. Pensándolo bien, esta vez tampoco había sido una relación sexual completa, aunque para ella hubiera sido más intenso que cualquiera de las que había tenido hasta ese momento. Soltó un grito para aliviar tensiones, se dio dos golpecitos en las mejillas y se levantó de la cama. Ella era fuerte y podría superarlo de nuevo, lloraría ese par de horas y se acabó, se iría a disfrutar de la ciudad con Amelia y luego de regreso a España de donde no debió salir. Punto.

Amelia dejó a su prima llorando y regresó rápido a su habitación, estaba harta de esa situación y harta de no hacer nada, así pues, decidió tomar cartas en el asunto y actuar. Llamó a Guillermo, que estaba en la cafetería entreteniendo a Eloy.

—¿Estás abajo?

—Sí, con Eloy.

—Dile que vamos a salir solos y que se quede por aquí por si mi prima necesitara algo, que no la moleste porque está recuperándose, pero que esté atento por si lo llama.

—De acuerdo, ¿y qué hacemos nosotros?

—Me acompañas a casa de Gabriel.

Amelia colgó el teléfono y se dirigió al ascensor para encontrarse con su chico. Al llegar al *hall*, la estaba esperando. Eloy se quedó en la cafetería, como le pidieron. Salieron del hotel y cogieron un taxi.

—¿Y tu prima? —le preguntó Guillermo.

—Llorando.

—O sea que es cierto que al final se liaron.

—Lo suficiente para dejarla hecha polvo.

—Me imagino que era algo inevitable; él estaba extraño desde la noche que pilló esa borrachera. ¿Y qué solucionas buscando a Gabriel?

—Quiero mirarle a la cara y ver en sus ojos que también está jodido por lo ocurrido, que para él también significó algo y que no es un imbécil que solo aprovecha la oportunidad o que busca

un desquite contra Eloy. Y, si lo es, quiero que le partas la cara.

—¿Yo?

—Sí, ¿algún problema?

Guillermo elevó los hombros condescendientemente; cuando Amelia sacaba su genio a pasear era mejor no contradecirla. De niña se encargaba de marcarles las espinillas cuando se enfadaba o cuando alguien hacía llorar a Leonor y ahora estaba decidida a mostrarle todas sus cartas a Gabriel. Era mejor acompañarla, luego ya vería... El taxi los condujo en silencio hasta el barrio de Gabriel; solo fueron escuchando el repiqueteo del tacón de Amelia sobre el suelo del vehículo, muestra de su nerviosismo, y ni siquiera el taxista se molestó en hablarles; se dio cuenta de la tensión. Apenas paró el coche, cuando Amelia ya salía de él, dejando el pago a Guillermo, que apresuradamente le tendió un billete al conductor y le regaló el cambio solo por seguirla rápido. La encontró parada enfrente de la entrada de un edificio, mirando hacia arriba.

—¿Qué bloque y número era?

—21, 4.º A.

Sin decir más, tocó el timbre y, sin decir nada tampoco, el receptor abrió. ¿Gabriel se imaginaba que eran ellos o tenía la costumbre de abrir sin preguntar? Poco le importó; subió por las escaleras, no quería esperar el ascensor. Cuando sonó el timbre de la puerta, Gabriel estaba preparado para abrir; los había visto salir del taxi desde la ventana y supo de inmediato que Amelia venía a reprocharle lo ocurrido; sus andares frenéticos eran característicos de cuando se enfadaba, pero el problema era que no sabía qué iba a decirle, cómo explicarle lo que pasó si ni él mismo lo sabía; esa atracción que surgió entre los dos fue inesperada y demasiado intensa. Aún no le había dado tiempo a pensar con tranquilidad porque la imagen de Leonor suspirando y dejándose llevar por el placer que él le daba todavía rondaba su cabeza y hacía estragos en su autocontrol. Fue un error, uno de los grandes, sin embargo, si volviera a ocurrir tenía la seguridad de que lo cometería de nuevo.

—¿Cómo has podido ser capaz de hacerle esto a mi prima?

Amelia entró como una exhalación, sin dar tiempo a hablar.

—¿Qué te ha contado?

—No hace falta que me cuente nada; lleva llorando desde ayer y durmió aquí. No hay que ser Sherlock Holmes para atar cabos...

—¿Y cómo sabes que no fue solo rechazo? —preguntó Guillermo, que ya entraba por la puerta.

—No seas ingenuo. Mi prima el rechazo lo tenía superado; pasó algo más y quiero que me mires a los ojos y me lo digas. —Amelia quería escucharlo de su boca. Gabriel bajó la cabeza—. Gaby, no me creo que la utilizaras. No lo hiciste, ¿verdad?

—Ni yo mismo lo sé, de repente sentí deseos de abrazarla, de quererla y ocurrió. ¡Nos liamos!

—¿Te das cuenta de que mi prima lleva desde niña pensando en ti y deseando estar contigo? Pasó la adolescencia esperando sin decirte nada, amándote en la distancia. ¿Sabes los esfuerzos

que tenía que hacer para ser solo tu amiga? Y tú nunca te enteraste de nada. ¿Te das cuenta de lo que habrá supuesto para ella ver que tú también querías, que la deseabas?

—No pasamos de los preliminares.

—¡Ella seguro que sí!, ¿por qué tú no?

—Porque me dijo que me quería... en el momento más inoportuno... y me acojoné. ¿Es lo que querías oír?

—Sí. Fuiste un cobarde porque sentiste algo por ella, algo más intenso que lo que esperabas y no tuviste valor para decírselo.

—Pero entonces ya está, hablas con ella y lo arregláis.

—No es tan sencillo, Guille. Gaby no quiere volver y mi prima no puede quedarse, ¿cierto? —Gaby asintió, era un buen resumen—. ¿Por eso te detuviste?, ¿para no hacerle más daño?

—Sí, creo que sí.

—Bien, pues solucionado. ¡Ya ves, Guille, no vas a tener que pegarle!

—¿Cómo? —preguntó Guillermo—. ¿Qué hay solucionado?

—Está claro que los dos, por fin, sintieron algo muy intenso y que no van a poder estar juntos; esto más bien por cabezonería, pero bueno... —Se giró hacia Gabriel—. El caso es que os merecéis tener un buen recuerdo, algo que os ayude en los momentos difíciles, una historia de amor corta pero intensa, como esas que le gusta leer a mi prima, y así será.

—¿Qué? —se extrañó Gabriel; no entendía bien hacia dónde quería llegar Amelia.

—Que vas a ir a buscar a mi prima al hotel y le vas a echar un polvo que haga historia y luego os vais a largar lo que queda de verano a disfrutar el uno del otro, a crear recuerdos para toda la vida y después cada uno por su lado, pero con la conciencia tranquila y sin tener que preguntaros dentro de mil años qué hubiera pasado. No me mires así, Gaby, se lo debes y te lo debes a ti mismo. ¡Disfrutad un tiempo, joder! Olvidad todo por una vez, ya va siendo hora. La otra opción es que Guille te mate. ¡Tú decides!

Gabriel sonrió ante la amenaza, pero en el fondo sabía que Amelia tenía razón y el hecho de no tener que tomar él la decisión lo calmó. Quizás sí se merecían unos días solos, los últimos días en el paraíso, un recuerdo que atesorar toda la vida. Sí, era una gran idea. Pero un escalofrío lo recorrió. ¿Y si todo se complicaba todavía más? La única forma que tendría de afrontarlo era aceptar que sentía algo por Leonor y, sobre esa base, disfrutar de su compañía el tiempo que fuera, sin ataduras y sin preocupaciones por el futuro. Siempre la había visto como eso: su futuro impuesto; por una vez iba a verla como su pareja sin pensar en nada más; necesitaban demostrarse que podían hacerlo, entenderse juntos y vivir siendo ellos, aunque fuera por un corto periodo de tiempo. Se decidió a no darle más vueltas al asunto, se lo debía a Leonor.

—Tienes razón, ¡qué coño! A la mierda con todo. Voy a por ella.

—Sí, señor.

Guillermo pegó un salto de la alegría y abrazó a su amigo y a su chica; por fin estaba todo arreglado y prometía bastante. Decidieron no contarle nada de sus planes a Leonor y que Gabriel

le diera una sorpresa; pronto estarían juntos y volvería a sonreír. Solo esperaban que no estuviera tan dolida como para rechazarlo.

Le había prometido a su prima que dejaría de llorar y así lo hizo. Después de mezclar el agua de la ducha con sus abundantes lágrimas, se encontraba delante del espejo, con el ceño fruncido, pero arreglada y lista para ir con Amelia a donde ella quisiera. La noche era joven y ya estaba más que harta de preocuparse por él, por sus decisiones, por sus preciosos ojos negros y el olor de su pelo oscuro, por su tacto y por las sensaciones que había despertado en ella... ¡Mierda! Agitó la cabeza para deshacerse de esos pensamientos que amenazaban con hacerla llorar otra vez y corrió rápidamente a abrir la puerta; unos golpes en ella consiguieron despejarla.

—¡Maldita sea, ahora hasta tengo visiones! Amelia, esto no va bien.

—Me han llamado muchas cosas, pero Amelia nunca.

Gabriel sonrió y Leonor se dio cuenta de que quien estaba en la puerta no era su prima ni una visión, sino su sueño con una camisa y unos vaqueros desgastados que la dejaron sin aliento e hicieron temblar todo su cuerpo.

—Pero...

—¿Me vas a invitar a entrar o te lo explico en el pasillo?

Leonor se retiró para que él entrara, aún sin creerse que estuviera en su habitación. Gabriel se sentó en el sillón de cuero crudo que había frente a la cama en una *suite* que estaba mejor acondicionada y era más grande que su piso. Eran lujos que hacía tres años había dejado atrás, pero no estaba allí para eso. Le pidió a Leonor que se sentara a su lado, había mucho de lo que hablar. Ella se sentó con las manos en su regazo.

—Tú dirás.

—Lo primero es que quiero que sepas que siento mucho lo que te dije y que no es verdad que para mí fuera solo un arrebato. Me apetecía mucho hacerlo, estar contigo; no eres una más, nunca lo has sido. Entendería que me pidieras que me marchara, pero tenía que decírtelo.

—Nunca te pediría que salieras de mi vida.

—Lo sé. Durante estos tres años he pensado mucho en ti, en que no debí marcharme así, pero fue una etapa muy oscura.

—¿Por qué nunca nos llamaste?

—Los primeros momentos fueron muy duros, tuve que aprender a vivir solo y cuando fui acostumbrándome a hacerlo, a subsistir, a relacionarme con gente nueva, me pudo el miedo a querer regresar si hablaba con vosotros o si os veía. Me dije a mí mismo que lo mejor era poner tierra de por medio y alejarme completamente de todo lo que fue antes.

Gabriel la tomó de las manos para que viera que estaba allí con ella y dispuesto a cambiar algo.

—No debiste echarme de tu casa así. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te dio miedo de mí?

—Todo se volvió tan intenso que me acojoné y escuchar tu *te quiero* en pleno orgasmo no

ayudó mucho.

—¿Me dijiste que me fuera porque te dije *te quiero*? Ni siquiera me di cuenta de que lo había hecho.

—Ese fue el problema, fue espontáneo, algo dicho desde el alma, y yo no quería hacerte daño.

—Ya veo.

—Nuestro reencuentro fue muy bonito: el vernos después de estos años, el estar juntos, pero después cada uno seguirá su vida; tú volverás a España y yo me quedaré aquí.

—Yo no buscaba convencerte de nada, solo hablar contigo, saber tus motivos. Por nada del mundo hubiera querido interferir en tu vida, molestarte.

—Supongo que exageré mi reacción y sin quererlo te hice daño, por eso estoy aquí, para explicarme.

—Y Amelia no habrá tenido nada que ver...

—Bueno ha ido a amenazarme, dijo que Guillermo me pegaría si no venía a verte, si no nos dábamos un tiempo, que según ella nos merecemos, para cerrar esta historia, para curar nuestras heridas.

—¿Entonces?

—Si tú estás dispuesta deberíamos pasar un tiempo juntos, solos, si consigues perdonarme. —Leonor abrió mucho los ojos ante su proposición—. Amelia tiene razón, es una buena forma de pasar página, de cerrar asuntos pendientes. Podemos viajar a algún sitio, relajarnos...

—Sí, quiero. Vayámonos, donde sea; solo quiero estar contigo, sin problemas, sin discusiones, sin pasados ni futuros.

—Eso debemos prometerlo: nada de hablar del pasado ni del futuro. Seremos dos personas que pasarán varias semanas sin indagar en sus vidas ni buscar convencer al otro. Olvidémonos de todo por un tiempo. ¿Prometido?

—Prometido. E intentaré no decir *palabras indebidas* durante mis lapsus sexuales, si los tenemos.

Leonor bajó la mirada, sonrojada, y Gabriel sonrió ante su pudor. Pero era mejor dejar las cosas claras desde el principio, sin malentendidos, y disfrutar el uno del otro, empezando por esos momentos.

—Los habrá.

Gabriel se llevó las manos a la boca y después deslizó su mano por su hombro, haciendo caer el albornoz que ella aún llevaba. Leonor cerró los ojos ante su contacto y suspiró; era tan cálido, tan placentero; no quiso que su caricia acabara nunca. Pero no lo hizo. Esa caricia dio paso a mucho más y rápidamente Gabriel estuvo desnudo sobre ella y ambos sobre el sillón de carísimo cuero crudo, buscando sus besos, sus gemidos de placer y culminando lo que dejó a medias en su piso. Cuando él se introdujo por primera vez en ella, Leonor se arqueó para recibirlo completamente y esa sensación se grabó a fuego en su piel, poniéndole el pelo de punta y haciendo que un fuerte ramalazo de placer la recorriera; fue como si un latigazo de electricidad la

agitara. Poco a poco, la excitación fue en aumento y, conforme él aceleraba sus movimientos, ella se aferraba a él arañándole la espalda, subiendo el sonido de sus suspiros y a la vez rompiendo las defensas de Gabriel, que la oía gritar de nuevo su nombre, solo su nombre. Sus cuerpos pronto se descubrieron, se reconocieron y se unieron como si hubieran estado predestinados.

—¿Puedo preguntarte algo? —Permanecían abrazados después del sexo. Leonor aún no se creía que hubiera pasado y una vez fue en el sillón y otra en la cama. Se sentía completa y solo quería seguir oliendo su aroma personal.

—Sí.

—Sé que hemos prometido no hablar del pasado...

—Empezaremos a cumplirlo a partir de mañana. —Gabriel le sonrió para que se tranquilizara.

—¿Te marchaste por lo que te dije en el lago? ¿Tanto te desagradaba una relación conmigo?

—La verdad es que te mereces una explicación. No fue por nada de eso y, aunque no lo entiendo, fue por todo.

—Siempre creí que fue solo por mi culpa.

—Supongo que tu declaración llegó en el peor momento. Ese fin de semana ya había tomado la decisión de irme.

—¿Qué pasó?

—Todo se complicó cuando mi abuelo murió. Mi padre cargó con toda la responsabilidad familiar que le acarreaba estar solo con el patrimonio de los Osorio; buscó de alguna manera que yo actuase como él y que me mantuviera en mi papel a su lado, pero yo no estaba preparado para eso, ni siquiera me gustaba. Nunca habíamos hablado de mis planes de futuro, de mis sueños; él daba por sentado que era igual que él. La verdad es que la relación que tenía con mi abuelo tampoco ayudaba.

—Yo recuerdo a tu abuelo y te quería mucho. Siempre nos recibía con una sonrisa y se le notaba a la legua.

—Ya, pero la relación con mi padre nunca fue igual; yo no recuerdo palabras de cariño ni abrazos o acercamientos. Todo lo que me dedicaba a mí creo que lo evitaba con mi padre. Siempre se respetaron y se trataron cordialmente, aun así, siempre pensé que era más por la familia que por amor. Sé que decir que mi abuelo no quería a mi padre es mucho, pero creo que mi abuelo mantuvo las distancias con él, debido quizás a que pensó que así lo haría más fuerte. Cuando mi abuelo murió, la relación con mi padre se volvió algo más seria, más social. Yo no quería que mi relación con mi padre fuera esa; intenté de mil maneras hablar con él y explicarle mi punto de vista, hacerle ver cuál era mi deseo, pero nunca me escuchó; cualquier intento de conversar acababa en discusión. Él pensaba que eran caprichos de un joven y que aceptaría lo que tenía pensado para mí; no vio más allá. Todo se complicó la noche que discutimos y quemó todos mis dibujos al enterarse de mis inquietudes. Me di cuenta de que no era eso lo que quería

hacer con mi vida: pasarme el tiempo a su sombra y hacer su voluntad en todo. No había forma de solucionarlo y por eso me marché. Desde entonces no he tenido ningún contacto con ellos; supongo que mi padre seguirá enfadado y decepcionado al igual que lo estoy yo.

—La verdad es que tu padre parece afectado, es como si te echara de menos, aunque no habla del asunto.

—Mantendrá la compostura, como siempre —contestó él y ella se encogió de hombros.

—En ese entonces todos estaban esperando que nos uniéramos. Si lo hubiera sabido, si hubiera conocido tus sentimientos, no habría actuado tan de repente. Si hubiéramos hablado, quizás te habría esperado y ayudado.

—Hubiera sido el colofón perfecto para mi padre y mi familia; en ese momento eras el enemigo para mí.

Gabriel se rio por el comentario y Leonor se contagió de su felicidad. Ahora entendía parte de lo ocurrido, de su reacción aquel día, y se arrepentía de no haber intentado aclarar lo que pasó, su rechazo. Pero se había quitado un peso de encima, habían sido unos momentos difíciles que ya podían quedar atrás y ya no iban a tratar el tema del pasado, como se habían prometido.

—Te apetece un baño —le dijo ella levantándose de la cama.

—Me apetece mojarme contigo —afirmó él dándole un beso en el hombro—. Mojarme en ti.

Leonor soltó una risilla y corrió para llenar la bañera que los albergaría en unos segundos. Gabriel no tardó en seguirla.

8

—Bueno, ¿qué tal has dormido?

Amelia le guiñó un ojo, cómplice. Por fin había salido de su habitación y podía preguntarle los detalles a su prima.

—Ha sido la mejor noche de mi vida. Mucho mejor de lo que me imaginaba; todo tan maravilloso, tan perfecto. Muchas gracias por intervenir. Si no hubiera sido por ti, ninguno de los dos habría dado este paso, aunque sea por un tiempo.

—Lo tienes claro, ¿no? —ella asintió—. ¿Qué has pensado?

—Un viaje, juntos —le dijo Leonor.

—¿A dónde?

—No lo sé aún; estuve consultando algunos lugares por internet, sitios que a veces han recomendado en nuestro club. Me decidiré por uno de ellos que no esté muy lejos.

—Entonces, me merezco una mañana de compras. ¿Tu príncipe duerme?

—Sí, lo dejé durmiendo en la habitación.

—Pues el ogro está preguntando por ti a todas horas. ¿Qué vamos a decirle?

—Paso de Eloy, ya lo pensaré.

—Ok, así que *mañana de chicas*. Que ellos se entretengan cuando se despierten.

Leonor sonrió y Amelia se dio cuenta de que esa sonrisa era aún más amplia y deslumbrante que el día anterior; su prima estaba feliz. Se alegraba mucho de que al final se dieran esa oportunidad, aunque fuera por un tiempo, como había dicho Leonor. Pero esa mañana quería disfrutar de las *boutiques* de lujo de Roma y su prima debía acompañarla, ya habría momentos para que le contara lo ocurrido con pelos y señales.

—Voy a cansarme de comprar. Ya tenía ganas de ir y a Guillermo no quise imponerle mi ritmo de compras.

—Entonces, a qué esperamos.

Leonor tomó del brazo a su prima y salieron juntas a una mañana preciosa de verano.

Eloy llamó con fuerza a la puerta, le habían dicho que acudiera allí. Los cuatro estaban reunidos

en la habitación de Amelia; la sala estaba como si nada fuera a cambiar: la ropa en los armarios, el baño revuelto y la cama también. No podría sospechar que todo estaba a punto de dar un vuelco; era primordial que Eloy no notase nada extraño. Guillermo ya se había despedido de Gabriel y este se había marchado a su casa a esperar, solo faltaba el paripé final. Eloy se paseaba de un lado al otro después de haber gritado y reprochado de mil maneras a Leonor que hubiera estado a solas con Gabriel. Estaba furioso, pero era algo que no iba a dejar salir sin control; eso sería malo para sus planes futuros. Tocaba ceder y callar.

—Ya te he dicho que no pasó nada, que volvió a rechazarme. Que es verdad que está con Annette —le dijo Leonor bajando la mirada, debía disimular su alegría real por lo que sí ocurrió.

—Por eso mismo, te hubieras ahorrado una humillación —le dijo fingiendo Amelia.

—¿Humillación? Mira, estoy hasta las narices de todo: de sus reproches, de la autocompasión y hasta de tus lecciones de moralidad, prima.

Amelia se sorprendió por el ataque, pero de alguna manera esperaba algo así; era lo que habían pensado para alejar a Eloy.

—Solo intento ayudarte, que veas la realidad. ¿Qué pensabas que iba a pasar con Gabriel? Él tiene su vida aquí.

—Pues dejadme vivir la mía como a mí me apetezca y si quiero sufrir es mi problema.

—Espero que te hayas dado cuenta de que este viaje ha sido un error —dijo Eloy apoyando su mano en el hombro de ella de forma conciliadora.

—Un error fue que vinieras tú aquí. ¿Qué haces aún aquí?

—Yo solo buscaba... —balbuceó Eloy ante su cabreo. Leonor levantó la voz.

—Viniste a marcar tu territorio a mi alrededor y yo no soy tu propiedad, estoy harta de ti. No habrá nada entre nosotros hasta que yo no lo decida. ¿Te queda claro? Y como sigas agobiándome así nunca lo habrá.

Guillermo se levantó también del sillón. Ya era suficiente; cuanto más alargaran la discusión, más posibilidades habría de que algo saliera mal y Eloy se diera cuenta.

—Creo que, llegados a este punto, lo mejor es que volvamos a España; no hacemos nada sufriendo aquí.

—Como vosotros veáis —manifestó Leonor—, pero yo volveré sola.

—De eso nada, volvemos juntos como vinimos. —Amelia levantó la voz también; en el fondo, se estaba divirtiendo.

—Paso de vosotros, quiero estar sola. Yo tengo un billete para dentro de una hora en un vuelo que no vende más, me he asegurado de eso. No quiero que me sigáis, no quiero que me llaméis; a partir de este momento no existo para vosotros. ¡Dejadme en paz de una vez! —La forma de gritar de Leonor no dejó lugar a dudas de lo que quería, como tampoco el bofetón que le dio a Eloy cuando este la agarró del brazo para impedir que saliera de la habitación—. ¿Qué parte no has entendido? Como me sigas, llamo a la policía.

Y sin decir más se fue a su habitación dando un fuerte portazo. Al cabo de unos minutos, la

oyeron salir de la suya arrastrando con poco sigilo su maleta hacia su destino, uno distinto al que Eloy creía, uno que le hizo dibujar una amplia sonrisa mientras bajaba en el ascensor. Eloy se mantenía quieto con Amelia y Guillermo, sin creer que realmente todo hubiera pasado así de rápido. Él no vio cómo la que creía su prometida cogía un taxi con rumbo a la casa de Gabriel para pasar unos días inolvidables y de ensueño.

Eloy, ajeno a todo, regresó a su *suite* dispuesto a seguirla, a esperar hasta que a ella se le pasara el enfado para volver a hablar; era mejor no importunarla cuando estaba tan enfadada. Iba a tomar también el primer vuelo a España, como posiblemente lo harían Amelia y Guillermo; era lo único bueno de todo aquel desenlace: el volver a su casa y a su ciudad. Ahí se separaron de Leonor, y la parejita se quedó a cargo de controlar a Eloy para que todo saliera bien.

Amelia recibió un mensaje de su prima cuando esta se encontraba en el bloque de Gabriel. Era el pacto al que habían llegado; la incomunicación voluntaria empezaba después de ese aviso.

Todo ok, gracias. Estoy feliz.
Como te dije, voy a activar el desvío de llamadas a tu móvil para que nadie me moleste.
Para emergencias Guille tiene el número de Gaby.
12:29

Hazlo inolvidable
Te quiero
12:30

Amelia sonrió casi con lágrimas en los ojos de la emoción; desde luego, aquella mañana en la casa del lago cuando discutía con Guillermo por ver si viajaba a Roma con él o no, nunca hubiera imaginado que la aventura acabaría así, con su prima tan contenta. Apagó el móvil; no volverían a comunicarse hasta que no acabase su idilio, y ella se preocuparía de que nadie más los molestara. Por fin, algo le salía bien; por fin, algo de las melosas novelas de amor que siempre leía su prima se convertía en realidad. Terminó de meter sus muchas compras en la maleta; el vuelo de la tarde los devolvería a los tres a España sin contratiempos.

***

Amelia descansaba sobre el regazo de Guillermo. Acaban de terminar una partida de pádel en el club y se relajaban en el *jacuzzi*; una hora para ellos solos.

—Deja ya de preocuparte por tu prima —le dijo Guillermo entendiendo las miradas a lo lejos

que a veces mostraba su chica—. Ella está en buenas manos.

—Lo sé, pero se me hace raro no hablar con ella.

—Posiblemente ya se hayan ido a algún sitio romántico o a punto de hacerlo.

—¿Has hablado con Eloy?

—No, ayer lo vi en el hipódromo con Borja y los otros, pero ni siquiera hablamos.

—Está bastante tranquilo, ni me ha llamado a mí ni a Leonor; está respetando el tiempo que le pidió mi prima. Solo me mandó un mensaje para saber dónde estaba y le contesté diciéndole que en el lago, encerrada a cal y canto.

—Supongo que ahora que cree que está en España y alejada de Gabriel no tiene de qué preocuparse.

—Eso espero.

Guillermo la besó en el cuello; las burbujas y ese bikini que ella llevaba estaban acabando con su paciencia.

—Nunca te he contado una cosa.

—¿Qué cosa?

—Tu prima no es la única que siempre ha estado enamorada de alguien.

—¿Y eso?

—Yo también he estado siempre coladito por ti.

—¿Qué? Me estás mintiendo.

—No, siempre me has gustado, desde niños. Gabriel es testigo.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—Porque siempre te gustaron los chicos más mayores y, bueno..., siempre eran Eloy o Gabriel los que más ligaban del grupo.

—¡Qué bobo eres! No tienes nada que envidiarle a Gabriel y menos a Eloy.

—Cuando este verano me dijiste que te gustaba casi me da un infarto de la alegría.

—Pues lo disimulaste muy bien, creí que no estabas muy interesado.

—Tenía que mostrarme digno.

Amelia se rio con ganas. La revelación de Guillermo la pilló por sorpresa; nunca se imaginó que él la quisiera desde hacía tanto. Se alegró de haber dado ella el paso, porque si no aún sería un amor platónico.

—Lo único que siento es no haberme dado cuenta antes de que eras el idóneo para mí.

—¿Por qué así de repente?

—Me enamoré poco a poco. Siempre estabas a mi lado cuando te necesitaba, siempre tenías una sonrisa de amigo para mí y siempre apoyabas mis arrebatos y mis mangoneos. Aquella mañana en el club, cuando me caí y me levantaste en tus brazos para llevarme a la enfermería, sentí un calor especial y me di cuenta de que quería que me llevaras en brazos toda la vida.

—Te quiero —le dijo él besándola con intensidad.

—Disfrutemos de nuestro momento; han sido unos días para los demás, ahora nos toca el

turno a nosotros.

—Tienes razón.

Amelia se abrazó a Guillermo y dejó que este se desprendiera de su bikini mientras un escalofrío de placer ya la recorría. Él empezó a acariciarla con suavidad, pero ella prefería ir más rápido, más intensamente y sin poder evitarlo empezó el asalto al cuerpo de su novio.

9

—¿No vas a decirme a dónde vamos?

—Es una sorpresa, me dejaste elegir.

Gabriel asintió. La mañana anterior Leonor había aparecido en la puerta de su casa con su equipaje y había dado esquinazo a Eloy con la ayuda de Guillermo y su prima, que ya estarían con un pie en España. Esa noche no salieron de casa; hasta Max y Annette habían cenado con ellos y pasado un rato agradable conociendo mejor a Leonor. Y ahora salían de su piso con un par de maletas que Leonor se había encargado de llenar con todo lo necesario y un chófer con un Mercedes clase E se les acercó a ayudarlos, colocando el equipaje en el maletero, algo que llamaba la atención en ese barrio. Gabriel frunció el ceño ante la ayuda, pero sin decir nada entró en la parte trasera que el hombre le indicó; desde dentro observó cómo Leonor le daba una nota con el destino y, sin decir nada más, iniciaron el viaje. Durante el trayecto hablaron de mil cosas, de lo que habían vivido hasta entonces y sobre todo de lo que Gabriel había hecho hasta ese día, pero se prometieron no hablar del futuro, solo disfrutar de las dos semanas que pasarían juntos. Al cabo de algo más de hora y media, el coche paró a las puertas de un lujoso hotel cerca del mar y con un lago que envolvía los terrenos del blanquísimo edificio. Un encargado les tomó las maletas y los acompañó a recepción. La blancura que se adivinaba en el exterior se mantenía impoluta en el interior y una escalera helicoidal rodeada por extensas cristaleras te hacía alzar la vista.

—¿Te gusta?

—¿Un hotel de lujo?

—Bienvenido al Hotel San Francesco —dijo Leonor acompañando sus palabras con un gesto de acogida con el brazo mientras efectuaba el *check in* con una sonriente y aplicada recepcionista que le daba un folleto y la ponía al día sobre la belleza del hotel y del lugar—. Estuve buscando y no quería perder tiempo en viajes. Cuando lo vi me encantó: tiene playa, naturaleza y un precioso lago. Una de las chicas del club me habló de este sitio una vez.

Gabriel no dejaba de fijarse en el sitio mientras iban hacia el ascensor que los llevaría hasta su *suite*. Ya el verdor de los jardines y las blancas terrazas adornadas con flores que lo rodeaban lo

habían impresionado. Y la habitación no fue menos, la misma blanca claridad. Contaba con un microsalón, un celeste baño completo, una cama enorme decorada con unas flores azules a modo de corazón y un amplio balcón con vistas al lago; una maravilla para los sentidos, que mantenía su prístina pureza en contraste con el verde y colorido exterior. El botones que los acompañaba dejó las maletas en la habitación y después de que Leonor le diera una propina se marchó. Ella se dirigió al balcón y, saliendo, respiró profundamente, con una sonrisa de satisfacción. Al volverse para mirar a Gabriel vio que él no parecía sentir lo mismo.

—¿Pasa algo?

—La verdad es que esperaba algo más humilde, una escapada para relajarnos al estilo Max.

—¿Al estilo Max? —preguntó Leo muy interesada.

—Sí, una cabaña simple en una montaña, alguna casita rural; él incluso acabó un día viviendo con budistas y otro en un monasterio contemplativo de los Alpes. Siempre habla de lo tranquilo y en paz que estuvo allí en una época en la que quiso reflexión sobre su vida. No sé, algo menos... material.

—Pensé que esto era lo más cómodo para los dos, pensé que te gustaría no preocuparte de nada por una vez.

—No creo que sea un buen momento para volver a los lujos, me costó mucho salir de ellos. —Gabriel se acercó a la ventana a contemplar las vistas.

—Vaya, lo siento, debí contártelo. Pero es que no quería tener que depender de hacernos la comida, de limpiar, de lavar o cambiar sábanas, y solo relajarnos.

Gabriel no había pensado en eso, quizás ella tenía razón y lo mejor era dejarse llevar, solo preocuparse de disfrutar juntos; se lo había prometido. Era lo que daba el dinero: la posibilidad de disfrutar de una pensión completa sin hacer cuentas y perderse cosas.

—De acuerdo, acepto. Al final sí que me has sorprendido.

Solo quería verla reír. Leonor tenía pensado hacer de su estancia en el hotel una delicia y que pronto olvidase todo lo que le costaría porque ella lo pagaba con mucho gusto. Bajo ningún concepto buscaba que él se sintiera fuera de lugar o desplazado y conseguiría que solo se centrase en ella.

Se acercó a él y lo abrazó por la espalda, aspirando su aroma y dejando descansar la cabeza sobre él. Gabriel apretó sus manos y a la vez la acercó más a él; estaba muy cómodo con ella, con sus atenciones, como si hubieran estado juntos desde siempre y para siempre. Con un gesto rápido la giró y la situó entre él y la ventana, atacándola con un intenso beso en los labios y sin esperar más introdujo la mano por debajo de su falda, haciendo que ella abriera las piernas, deseosa de sentir sus dedos. Gabriel le quitó la camiseta de tirantes con la otra mano y ella dio un respingo cuando sintió el frío del cristal sobre su piel, pero pronto el calor era más intenso que cualquier otra sensación y solo tuvo conciencia de él, de su boca, de sus caricias y de su cuerpo sobre ella, dominándola.

Leonor observaba el lago a su alrededor recostada sobre la tumbona de la plataforma cerca del agua. Algunos botes llevaban a los turistas a dar una vuelta por el lago, mostrándoles los alrededores y llegando hasta el mar, pero ellos, esos primeros días, querían estar más tranquilos. De vez en cuando miraba a Gabriel, que dormía sobre la otra hamaca acariciado por la suave brisa procedente del mar. Mientras él descansaba, ella leía una de esas novelas románticas que tanto le gustaban y, por primera vez en su vida, el amor de la historia no la emocionaba y no se ponía en la piel de la protagonista cuando la besaba el galán, por primera vez en su vida no envidiaba lo que ocurría en las páginas que sostenía entre sus manos. El amor que ella sentía en esos momentos era intenso y real y ninguno de los personajes masculinos perfectos y deseables de las novelas podían compararse mínimamente con el hombre que tenía descansando a su lado. Aun así, tenía pensado que su aventura juntos resultara lo más romántica posible y ya había alquilado unas bicicletas para pasear, haciendo pícnic y bañándose en el Lago de Sabaudia, besándose en cada nuevo rincón que conocieran y creando recuerdos imborrables. Para eso estaban allí y tenían por delante dos semanas de felicidad; se prometieron no pensar, solo vivir el momento.

A pesar de la inicial reticencia de Gabriel por el hotel de lujo elegido, Leonor le hizo ver las ventajas de alojarse allí y la belleza del lugar. La ubicación cerca de Roma y el espléndido lago en el que se construyó acabaron convenciéndolo y llevaban varios días de relax disfrutando del restaurante, de las terrazas de magníficas vistas y de la gran piscina *spa,* que ya habían reservado varias veces en privado. Por suerte, él se dejaba guiar y había aceptado de buen grado sus planes; buscaba verla feliz y se había propuesto darles rienda suelta a sus deseos y dejarlo todo en sus emocionadas manos; que las veladas de amor fueran pasando, que los días les mostraran la felicidad.

Se sumergieron tranquilamente en la piscina del *spa*; habían reservado una hora privada. Dejaron los albornoces blancos sobre la repisa que rodeaba toda la sala cubierta con almohadones y tapizados, que también se extendían al suelo que bordeaba el agua, acompañados por una tenue luz acentuada por varias velas aromáticas, que le daban un toque para el romanticismo. Nadaban suavemente de un lado al otro dejándose mecer por el agua tibia y disfrutando de la velada, pero pronto sus cuerpos desnudos se atrajeron e iniciaron una coreografía de caricias y besos en una de las esquinas de la piscina. Leonor detuvo el avance de Gabriel.

—Salgamos. He traído algo.

Extrajo del bolsillo del albornoz un tubo de color granate, un lubricante sabor fresa que había comprado en Roma para jugar. Gabriel se rio y se lo quitó de las manos.

—Empiezo yo, me he quedado con hambre en la cena.

Y sin esperar la tumbó sobre los almohadones, abrió el gel y roció partes de su cuerpo con él; lo lamió y provocó escalofríos de placer en Leonor. Sin darse cuenta y sin saber de dónde había salido, Gabriel colocó un trozo de tela negra alrededor de los ojos, cegándola, y eso la excitó

todavía más; no iba a ser la única que quisiera y pensara en jugar. Él la dejó tumbada y se alejó unos segundos para mirarla, desnuda, a la expectativa de lo que quisiera hacerle, confiando en él; parecía una diosa recién salida del mar, aún mojada por el baño. Y el juego erótico empezó.

Leonor no podía verle y solo podía sentirle cuando él la tocaba levemente, separándose de ella otra vez y volviendo a besarla y lamerla por donde ella menos lo esperaba; pronto el cuerpo de Leonor respondió a la expectación, arqueándose de placer sin poder adivinar por dónde atacaría su *master* del sexo y recibiéndolo con más entrega cuando notaba su lengua o cuando recibía un ligero soplo de aire de su boca recorriéndola.

—Por favor...

Ya no podía aguantar mucho más, quería sentirlo en su totalidad y él lo supo; se situó entre sus piernas y utilizó su lengua para llevarla, más rápido de lo que esperaba, a un espectacular orgasmo que la hizo gemir muy fuerte. Cuando se relajó quitó la venda de sus ojos e inició su venganza, cambiando los papeles con su amante. En pocos segundos era él el que estaba tumbado con los ojos tapados esperando los avances de la mujer. Él sonreía, quería ver de lo que era capaz y pronto lo descubrió con suaves y cortos besos por todas las partes de su cuerpo y se dio cuenta del placentero suplicio que suponía la espera, de lo que lo excitaba esperar sus besos en el pecho, el cuello, en las orejas, en los labios; y, cuando empezó su incursión por los muslos interiores, su erección ya palpitaba al máximo, esperando que su boca tuviera a bien detenerse ahí. Leonor se dio cuenta de su deseo y no lo hizo esperar, pero empezó suavemente tocando apenas con la lengua la punta de su glande, haciendo que diera un respingo, esperando más. Ella notó que su propia excitación crecía a la par que la de él, que poder llevarlo hasta ese estado la alentaba y sin jugar más empezó a succionarlo a un buen ritmo, haciendo ligeras paradas de vez en cuando, alargando el momento, pero Gabriel no podía más y, sujetándola del pelo, se liberó.

—Lo siento, no pensé...

—No importa, eres tú. —Leonor se incorporó y lo besó, a pesar de su guiño—. Túmbate de nuevo.

Gabriel obedeció y ella se sentó a horcajadas sobre su boca, apoyando las manos sobre la pared de enfrente y dejando que él utilizara su lengua en esa posición, poco más podía hacer, era ella la que mantenía la posición y ella la que imponía el ritmo, ella la que mandaba, incluso frenó sus intentos de cogerla de las piernas, no le dejó tocarla, pero, aun así, la excitación de ambos fue creciendo y, ante la imposibilidad de usar sus manos en ella, las usó en su propio miembro, autoestimulándose. Leonor nunca había probado esa postura, ni siquiera sabía por qué se le ocurrió, sin embargo, estaba llegando a su límite con más rapidez de lo que imaginaba y pronto no pudo más y, agarrándolo del pelo, se liberó sobre su boca. Gabriel sintió la humedad y tampoco aguantó. Sin apartarse de la intimidad de Leonor y todavía paladeando, llegó al clímax con un gemido ahogado y la respiración acelerada. Ninguno de los dos quería moverse, no habían necesitado la penetración para estar saciados y allí, uno sobre el otro, respiraron profundamente el aroma del sexo compartido, el perfume del amor.

—Deberíamos limpiarnos y descansar. Mañana vamos de excursión —dijo Leonor rompiendo muy a su pesar el momento.

—Pues estamos en el mejor sitio y aún queda media hora de *spa* privado.

—Ha sido increíble, nunca me había sentido tan excitada, nunca había probado algo así, pero contigo es tan fácil...

—Anda, ven.

Gabriel se metió en la piscina y le ofreció la mano; cuando ella la tomó, la empujó con ganas, provocando una rápida caída. Leonor salió del agua y le devolvió el gesto lanzándosela a la cara. Ambos volvieron a sumergirse y se mantuvieron abrazados dejando que el agua estirara sus músculos. Aprovecharon el tiempo que les quedaba para hablar de los planes del día siguiente y para disfrutar del calor del *spa*.

Esa noche durmieron muy juntos y de un tirón. Sus momentos estaban llenos de nuevos descubrimientos y cada uno era mejor que el anterior, y no solo el sexo, sino también cualquier mirada de reojo o cualquier gesto eran instantes mágicos. Leonor tenía claro que era amor, pero Gabriel seguía sin querer pensar en eso, solo disfrutar los pocos días que estaría con ella.

La mañana siguiente se levantaron temprano e iniciaron su recorrido por la zona. Acordaron almorzar en el parque natural que había cerca del hotel y empezar su paseo en bici después para recorrer parte de la población. El día se presentaba de lo más entretenido, ya que hasta ese momento todo su tiempo lo habían pasado en el hotel. Sin embargo, Leonor necesitaba descansar de todas las emociones que sentía por tener a Gabriel a su lado, y una jornada al aire libre, en la naturaleza, era lo más apropiado. Cuando llegaron al parque lo que más les impresionó fue la cantidad de árboles, el frondoso bosque y la combinación entre belleza salvaje y frescor, y la unión de la vegetación con el agua que discurría. Allí las posibilidades eran muchas: podías nadar en el lago o acercarte a la playa, moverte entre los árboles o sentarte bajo uno, incluso podías disfrutar de zonas más civilizadas para pasear por caminos empedrados o adentrarte en más agrestes, un pequeño ecosistema para gozar, relacionarte con más gente o perderte en él, montar un pícnic sobre la hierba o sentarte en uno de sus bancos de madera a tomarte un helado.

Y en eso estaban, disfrutando del medioambiente, cuando uno de los visitantes que caminaba por allí se aproximó a ellos. Era una mujer de mediana edad y llevaba un pequeño chihuahua en brazos. Leonor y Gabriel comían un helado de chocolate caminando despacio de la mano.

—Mira qué monada. —Leo se acercó para acariciar al perro mientras la dueña sonreía—. Hola, bonito.

—Ten cuidado.

—Pero, Gaby, si es una preciosidad, tan pequeñito...

Sin darse cuenta del casi inaudible gruñido del perro ante el interés de la chica, Leonor extendió la mano para acariciarle y este empezó a ladrarle nervioso, tanto que saltó de los brazos de su dueña y empezó a perseguir a Leonor que no sabía qué hacer, aunque al notar el primer

mordisquito en sus zapatillas empezó a dar saltos y a correr intentando que el perro la dejara en paz, cosa que no ocurría; cuanto más intentaba alejarse dando gritos y cuanto más intentaba la dueña del perro cogerle, más difícil lo ponía el cánido. Gabriel empezó a reírse, no pudo evitar que la escena le divirtiera, al fin y al cabo, el perrito pesaría un kilo y era prácticamente imposible que le hiciera daño. Leonor tenía más miedo que otra cosa.

—Deja de moverte o no parará.

—No te estés ahí riendo, ven a ayudarme, ¡haz algo! ¡Gabyyyy!

Con un salto consiguió subirse en un banco al que el pequeño perro no alcanzaba y allí esperó hasta que Gabriel se acercó; aún riendo, aproximó el helado al perro, que enseguida empezó lamer, tranquilizándose y permitiendo que la dueña lo cogiera, dando por finalizada la caza. La mujer se disculpó de mil maneras, pero Gabriel le hizo ver que parte de la culpa también había sido de su chica por no preguntar antes de querer acariciar al animalito. Leonor lo miró con el ceño fruncido mientras le explicaba eso a la dueña, pero aceptó las disculpas y solo descendió del banco cuando se habían alejado lo suficiente, dándose cuenta de que con el ajetreo se había manchado su vestido de flores con el chocolate del helado.

—Me parece que has arruinado tu vestido.

—¿Todavía te ríes?

—Solo a ti se te ocurre ir a tocar a un perro que no conoces como si nada.

—¿Cómo podía saber que iba a reaccionar así?

Gabriel intentó limpiar la mancha con un poco de agua, pero el resultado era peor.

—Es un perro, por muy pequeño que sea si no tiene buen carácter se va a defender, es su instinto.

—¡Mira cómo me he puesto! Tendré que ir a cambiarme o comprar algo en alguna tienda cercana, no me apetece volver al hotel.

—No creo que pase nada porque lleves una mancha.

—Pues no quiero ir así por la calle y tampoco echar a perder nuestro día de paseo.

—Pues la única opción es acercarnos antes a Sabaudia y comprar algún pantalón allí, irás más cómoda que con el vestido. Podemos comer por la localidad y visitarla.

Leonor asintió; de todas formas, Sabaudia era otra de las paradas que tenía prevista visitar.

Cogieron las bicis, la sonrisa de Gabriel, el vestido sucio de Leonor y las ganas de seguir paseando, y se fueron rumbo a la ciudad. Dejaron sus vehículos de dos ruedas a la entrada de la ciudad e iniciaron el recorrido a pie, sería más cómodo. El resto de la mañana la pasarían allí, visitándola y comiendo en alguno de sus restaurantes. Nada más llegar, en la primera tienda que vieron, ella pudo comprar unos pantalones cortos y una camiseta veraniega, y, juntos, anduvieron por las calles de Sabaudia, continuando su idílica velada, pasando por su famosa Piazza y visitando su torre, dando una vuelta por la parte más civilizada de sus vacaciones.

Una vez que conocieron los alrededores, sus lugares más importantes, y saciaron el hambre, decidieron regresar al hotel para descansar y Leonor eligió hacerlo por otro camino distinto.

Había mirado los planos y eso les permitía ver otra parte del entorno del parque dando un pequeño rodeo. Iban, uno al lado del otro, hablando de sus cosas, cuando una ligera pendiente hizo que Leonor acabara por delante de él. Estaba tan entretenida que no la vio y frenó tarde. Gabriel intentó agarrarla al ver el peligro, pero sin mucho éxito. Ella sintió la suave aceleración hasta que se topó con un bache algo más pronunciado y sin poder evitarlo cayó sobre un charco que había en su camino; por suerte el golpe fue leve, pero cuando Gabriel soltó la bici y corrió a su lado la encontró cubierta de barro. Leonor agarró la mano que él le ofrecía y soltó una maldición. Gabriel no pudo evitar reírse; su aspecto era de lo más gracioso, allí, sin ningún rasguño, pero manchada de nuevo, con la ropa cubierta de barro y algunas gotas en sus mejillas. Él se las limpió y recogió su bici, dándole un suave beso.

—Volvamos al hotel de una vez.

Leonor aceptó; desde luego, no había sido su día. Se mantuvo seria todo el trayecto de regreso, algo decepcionada con la situación. La velada había sido muy distinta a lo que pensaba, a lo que había preparado, a ese día de romanticismo tan especial. Todos los elementos de mala suerte se habían conjurado para burlarse de ella, para echar por tierra su ansiada jornada de amor cursi y empalagoso que tanto había deseado.

—El baño me ha sentado de maravilla. —Gabriel estaba tumbado en la cama mientras Leonor se sentaba a su lado después de una ducha relajante—. La verdad es que buscaba que hoy fuera una velada inolvidable de paseo y ha resultado de lo más antirromántico que me ha ocurrido nunca. Cuando en las pelis o los libros acaricias a un perro no sale detrás de ti a comerte y cuando vas en bici no acabas cubierta de barro como yo. Soy un desastre, ¿verdad? ¡¡¡Gaby, deja ya de reírte!!!

Gabriel no había podido evitar recordar lo ocurrido durante el día y mientras ella lo contaba él se había girado en la cama para que Leo no viera que de nuevo las carcajadas regresaron; aun así, no pudo evitar que notara los movimientos instintivos del cuerpo al intentar contener la risa, no le pasaron inadvertidos.

—No puedo evitarlo, me viene a la cabeza tu cara cuando el perro empezó a ladrarte y tus prisas por huir. No habrá sido romántico, pero desde luego hacía tiempo que no me divertía tanto.

—Me alegra mucho que te lo pasaras bien a mi costa, pero podías haberme ayudado antes.

—No creí que corrieras peligro; si solo hubieras tirado el helado al suelo y no a tu vestido... —Volvió a reírse de forma sonora y vio cómo ella ponía cara de pocos amigos—. Perdona, de verdad que lo siento, no te enfades.

Se acercó para abrazarla y la tumbó con él en la cama.

—Déjame, sí que estoy enfadada contigo.

—No veo por qué, lo que buscabas era un día memorable y lo hemos tenido, mejor que seguir a rajatabla las novelas que lees.

—¿Tú crees?

—El mejor día de mi vida. Y aún no ha terminado.

Gabriel se inclinó para besarla y vio el brillo de sus ojos azules, que emocionados por la revelación ya no mostraban ni rastro del leve enfado y poco a poco se cerraron dejándose llevar por la pasión que se despertaba en ella ante el deseo de él. Desde ese momento para ella también sería el mejor día de su vida.

El ambiente caía plomizo esa tarde, augurando una tormenta de verano, pero aprovecharon para dar un paseo por la playa; no iban a temer la amenaza de lluvia y se habían despertado con ganas de salir. ¿Cuántos días llevaban ya en el hotel? Leonor pensó que parecía una eternidad y, sin embargo, no quería que acabara nunca. El olor de la humedad que arrastraba el aire allí, el aroma a tierra mojada que venía del parque, el perfume embriagador de Gabriel, todo era tan perfecto que daba miedo; no podía ser que le pasara a ella, que fuera tan feliz. Estaban sentados en la arena bebiendo unos refrescos y recibiendo de vez en cuando las pocas olas que dejaban su espuma y rozaban sus pies descalzos.

—¿Recuerdas cuándo nos juntábamos todos en alguna de nuestras casas y montábamos esas fiestas del pijama? —preguntó de repente Leonor.

Gabriel sonrió; esas fiestas de adolescentes, que casi siempre se celebraban en casa de Guillermo o en la de Leonor, le trajeron buenos recuerdos.

—Sí, jugábamos al *yo nunca he...* y a *girar la botella*. Todos acabábamos chispados esas noches y llenábamos el salón de sacos de dormir y colchones. Entonces sí dormimos juntos.

Los dos rieron al recordarlo.

—¿Por qué no me tocó nunca tu giro de botella? Cada vez que jugábamos rezaba porque tu botella parara en mí; me acuerdo de cómo interrogaba a Amelia cada vez que os tocaba besaros.

—Pero sí que nos besamos una vez, tu botella paró en mí. Recuerdo que saltaste y pegaste un grito.

—¿Qué dices? No lo recuerdo. —Leonor abrió mucho los ojos ante la revelación.

—Esa noche perdiste muchas veces, puede ser que no lo recuerdes por la borrachera que llevabas.

—Pues vaya chasco y yo que pensaba que tenía muy mala suerte. Una vez que te beso y se me olvida...

Gabriel soltó una carcajada ante la cara de pena de Leonor. En ese momento ella se puso colorada y saltaba cada vez que él se acercaba para pagarle con ese beso. Una risilla tonta salió de sus labios cuando ambos los juntaron; había sido demasiado leve, pero era algo que nunca contó.

—¿Sabes que en ese entonces a Guillermo le gustaba un poco tu prima?

—¿En serio?

—Sí, me lo contaba cada vez que le tocaba con ella; nunca le dijo nada porque pensaba que

ella no le correspondería y porque era una mandona.

—Eso no ha cambiado. Me alegra que estén juntos; si no hubiera sido por eso, quizás no habríamos venido a verte y nada habría surgido. —Leonor le guiñó un ojo; le gustaba hablar tan tranquilamente con él, tenía preguntas que quería hacerle—. Y, ya que estamos tratando cuestiones íntimas, ¿cuándo fue tu primera vez?

Leonor recordaba las veces que había pensado en eso de adolescente, las veces que había deseado ser ella la que compartiera eso con él y los celos que había sentido imaginándoselo con otras.

—¿Y la tuya?

Se miraron a la cara y empezaron a reírse; la conversación prometía. La complicidad que habían recobrado les permitía estar cómodos con cualquier cosa.

—Venga, tú primero. Cuándo y con quién —insistió esa vez Gabriel.

—En las vacaciones de Navidad del semestre que estuviste en Edimburgo; entonces tenía dieciocho años —contestó ella.

—¡No!, ¿con quién?

—Con el primo de Eloy.

—¿El americano? Pero si era un imbécil.

—La verdad es que contigo ausente me sentía triste, tuve curiosidad y estaba harta de ser virgen. Uno más uno, dos.

Gabriel sonrió, se imaginó la escena y a la Leonor adolescente que era entonces intentando solventar su curiosidad.

—¡Podías habérmelo pedido a mí!

—¡Qué gracioso! ¿Lo habrías hecho?

—Nunca lo sabremos, quizás por amistad... ¿Qué tal fue?

—Un completo desastre en todos los sentidos, sin embargo, me sirvió para perder el miedo. ¿Y tú?

—Lo mío fue bien, entretenido y bastante placentero. ¡No pongas esa cara! —dijo Gabriel ante el fruncimiento de ceño de Leonor.

—Ok, ¿cuándo fue y con quién?

—El verano que Guille y yo nos hicimos varias ciudades europeas en monorraíl. Con unas suecas despampanantes de veinticinco años. Pero no me preguntes sus nombres. Guille fue con una y yo con otra.

—¿Qué teníais, diecisiete años?

—Sí, imagínate lo bien que fue, ni nos lo creíamos.

—Menuda diferencia de historias y de experiencias, pero bueno nos sirvió a los dos para nuestros fines.

—¿Y después? ¿Rolletes fijos? Yo recuerdo al tipo ese..., el que su padre era socio del tuyo.

—Ya sabes que no duró mucho. La relación más larga que he tenido han sido cinco meses.

—Venga... Ya que estamos... ¿Y amantes?

—Alguno más, pero no muchos. ¿Y tú? Seguro que te hacen cola.

—Veamos —dijo él haciendo memoria—. Novias serias no he tenido nunca.

—¿Y Carol, del instituto?

—Eso fue cosa de críos, pero nada de nada.

—Vale, ¿y aquí en Roma?

—No voy a negarte que tengo mis devaneos, aunque ahí termina todo.

—¿La chica de la noche de la *performance*?

—Una de ellas.

—¿Te acostaste con ella esa noche? Bueno, después de que nos marcháramos.

—¿De verdad quieres saberlo? —Leonor asintió, era una de sus dudas—. No, no hicimos nada; supongo que respeté que estabais allí. Y, hablando de las noches que pasasteis en Roma, ¿hubo algo entre Eloy y tú? Se os veía muy juntos.

—Solamente un inicio de rollo por culpa de mis celos.

—¿Celos?

—Annette estaba tan cariñosa contigo... Me imaginé cosas.

—Pues he de confesarte que esa noche yo estuve a punto de ir a tu habitación, pero iba demasiado borracho, así que dormí la mona en la de Guille y luego me marché.

—Estuviste raro unos días después de eso; lo sé y me hacía feliz pensar que era por celos, por eso fui a verte a la casa.

—¡Y yo que pensé que era por los bocadillos!

Leonor soltó una carcajada; recordaba ese día, sus primeras caricias tan anheladas durante años, esas sensaciones que despertó y que aún la hacían estremecerse... y sintió un escalofrío de placer. Gabriel la observó y la abrazó para darle calor; ella se dejó abrazar.

—Solo me he acostado una vez con Eloy y fue antes de que nos dijera que estabas en Roma.

—Estáis casi prometidos, es lo lógico.

—¿Estamos? —Un fuerte trueno sonó en el cada vez más oscuro cielo. Leonor se levantó y echó a andar, él la siguió—. No digas *estamos*, en presente; ahora estoy contigo. Dijiste que no hablaríamos del futuro.

—Es cierto, fue mi condición, lo siento.

Dos grandes gotas de lluvia dieron paso a muchas más y en cuestión de segundos un fuerte chaparrón los empapó y la tormenta del verano se descargó sobre ellos. Corrieron hasta un saliente de roca que había cerca, pero antes de llegar Gabriel la detuvo y girándola hacia él la abrazó y le dio un apasionado beso. Allí, bajo la lluvia, ella se aferró a él y le devolvió el beso sumando caricias y susurros de amor. Nadie quedaba en la playa, solo ellos dos, que protegidos por el saliente de piedra dieron rienda suelta a sus pasiones.

Leonor dormía plácidamente en la gran cama con sábanas de seda del hotel. Gabriel se había

despertado ya. La tarde anterior habían disfrutado de su amor bajo la lluvia, pero la velada también hizo que recordara que lo que estaban viviendo era temporal y que acabaría tan rápido como la tormenta. Ambos deberían regresar a sus vidas: ella con su familia y sus planes, un lugar al que él no podía volver; su familia ya no era su familia; su pasado era eso, pasado, y ella formaba parte de él. Sin embargo, algo en su corazón había cambiado, un calor que lo invadía cada vez que la contemplaba dormir, como en ese momento. La sensación de plenitud cuando la acariciaba y la poseía, algo que nunca había sentido con otra. ¿Cómo podía sentir algo tan fuerte por ella de repente? ¿Había estado siempre ahí o era fruto de esos años solo? Le gustaba lo que sentía con ella, pero ella representaba todo lo que no quería ser y eso era lo que debía pensar cuando esos días en el paraíso acabaran. Gabriel retiró un mechón de pelo rubio del rostro de Leonor, que parecía molestarle para dormir, y dejó que se agarrara a él cuando cambio de posición. Algo sí quedaría de esos días. Como les dijo Amelia, los recuerdos habían sido creados y serían algo que los acompañaría siempre, así como su olor, su sabor y el sonido de sus gemidos de placer.

Se desperezó poco a poco sintiendo su calor en ella y sonrió aún somnolienta. Cada día que pasaba era mejor que el anterior, estaba disfrutando mucho, aunque sus días allí ya llegaran a su fin. Ese pensamiento la puso triste, pero enseguida lo descartó, quedaba mucho por vivir con Gabriel.

—¿Qué planes hay para hoy? —le preguntó él levantándose de la cama, ya llevaba un rato despierto, pero no quiso moverse por no molestarla.

—Visita turística, ¿te apetece?

—Por supuesto, ¿dónde vamos?

—Hay una villa romana cerca de aquí.

—Perfecto, cogeré mi bloc y dibujaré algo.

Gabriel cogió el panfleto que había sobre la mesa en la que aparecía la Villa di Domiziano con un plano de situación, uno del complejo palaciego e imágenes sobre las ruinas. El emperador romano se había construido una pequeña ciudad privada y llena de lujos al lado del mar. La mentalidad de los ricos no había variado en siglos.

Les llevó un par de horas visitar el entorno ubicado en el mismo Parque del Circeo, la *domus* abierta al lago, y que contaba con todo lo que en época romana debía tener una buena villa, incluida una *palestra* dentro de sus termas. Pasaron un par de horas en las que caminaron con calma por esas ruinas y en las que Gabriel aprovechó para coger sus lápices y dibujar paisajes y ruinas antiguas, incluso retrató a Leonor entre esas maravillas.

—Y yo que creía que mi casa del lago era grande.

Leonor estaba descansando sobre uno de los muros derruidos.

—Por suerte no lo es; supongo que en aquel entonces el tamaño dependía del ego y de la posición. La enormidad de las casas de relajación de las clases altas.

—Pues eso no parecía importarte, mi casa del lago siempre te gustó.

—Eso es verdad, es el único lugar que echo realmente de menos.

—Estás invitado cuando quieras.

—Quizás para tu boda... —En cuanto Gabriel lo dijo se dio cuenta de su error, se mordió la lengua, no era el tema idóneo, pero se le escapó—. No quería decir eso.

Leonor bajó de su improvisado asiento de piedra y pasó a su lado a paso ligero. Gabriel cerró el bloc y la siguió.

—Llevas dos días hablando demasiado —dijo ella enfadada—. Deja de recordarme que tengo que volver para casarme con Eloy. Si quieres que esto termine ya, me lo dices y volvemos. No me gustan las indirectas mal disimuladas.

Gabriel frunció el ceño; no debía saltar como el granizo cada vez que él nombraba algo así. Estaba a la brava cada vez que pasaba y no era para tanto. Cierto que habían prometido no hablar de eso, pero debía entender cuál fue el trato.

—No es eso lo que quiero, aunque ya que lo dices quizás no deberíamos perder de vista por qué estamos aquí y qué pasará después.

Leonor abrió la boca por la sorpresa ante ese cruel comentario. ¿Qué esperaba? Y de dio cuenta de algo. Todo era ya una carrera contrarreloj que iría a peor. Su tiempo se estaba acabando. Eso la puso todavía más furiosa.

—No te preocupes, ya me has dejado claro que no habrá nada más que este viaje. Y, por cierto..., gracias por venir; has hecho feliz a una mujer amargada. Guardaré como un tesoro estos días perfectos y estos maravillosos polvos con los que me obsequias.

Esa vez fue Gabriel quien se quedó con la boca abierta; era cierto que había hablado de más, pero no para que ella se lo tomara así.

—¿A qué viene este arrebato?

—Volvamos al hotel, por favor.

—Leonor, yo... —Desde luego había metido la pata hasta el fondo y no había vuelta atrás.

—¡Volvamos! —le gritó con las lágrimas a punto de salir.

Gabriel no discutió más con ella, no era el momento. La conversación había derivado en un asunto incómodo para ambos y del que no creía poder salir en ese instante. Recogió lo que llevaban y la siguió sin rechistar escuchándola a veces sorber su decepción.

Cuando llegaron al hotel Leonor no quiso subir a la habitación con él y se quedó en la terraza. Estaba dolida y frustrada, tenía ganas de subir y gritarle hasta hacerle entender que la situación había cambiado, pero al parecer solo había cambiado para ella, él tenía muy claro que nunca regresaría a su vida anterior y por lo que parecía no la quería a su lado; lo suyo estaba condenado desde el principio, ya no hacía nada allí viviendo algo que nunca tendría. Todo estaba roto.

Al cabo de una hora, Leonor regresó a la habitación. Gabriel estaba sentado en la cama, observando el dibujo que había hecho de ella en la villa romana.

—Leonor, yo...

De nuevo la misma expresión, de nuevo esa mirada de pena que ella odiaba ver en él.

—Mañana volvemos a Roma, ya he mandado que vengan a recogernos.

—No quería que...

—No te preocupes, todo está claro.

Se miraron a los ojos, pero no fueron capaces de mantenerse mucho tiempo la mirada. Ninguno de los dos cedió, cada cual por sus propios y quizás egoístas motivos. Sí, todo estaba ya roto.

Apenas hablaron nada más. La noche resultó fría a pesar del verano, y los sentimientos, más fríos aún, fueron sepultados.

Durante el viaje de vuelta la tónica de silencio incómodo, doloroso, estremecedor, se mantenía. Leonor no quería hablar y Gabriel no sabía qué decirle. Pero de repente se miraron a los ojos, había una cuestión que quedaba por resolver, la última bala en la recámara de la esperanza.

—Dime una cosa, Gabriel, ¿hay alguna posibilidad de que todo esto acabe con nosotros juntos? —La bala salió de la pistola con potencia. Leonor fue directamente al grano; era una pregunta que le rondaba desde su primer encuentro sexual, desde que descubrió su atracción por ella—. ¿Hay alguna posibilidad de que hayas cambiado de opinión?

—Lo siento... —Gabriel sintió un nudo en el estómago al decirlo, no era capaz de amarla como ella le pedía, no era capaz de olvidar, de ceder.

—Pero no lo entiendo, siempre dices que no querías lo que tu familia te imponía, que no buscabas un amor social ni un matrimonio anodino, sin amor, sin pasión y sin hacer realidad tus sueños. ¿Qué te impide ahora regresar conmigo? Sé que sientes algo por mí, eso es indudable. ¿Por qué, entonces?

—No quiero regresar. Siempre he vivido por la línea que me marcaron y no voy a volver a hacerlo. Ahora realmente soy libre y feliz.

—Yo te juro que no me interpondré, que te dejaré vivir como quieras; por nada del mundo cortaría tus alas o coartaría tu libertad y tus sueños. Te quiero demasiado para hacerte sufrir. ¿Por qué no lo ves?

—No me lo pongas más difícil; además, tú hiciste una promesa.

—¿Con Eloy? Eso ocurrió antes de reencontrarte y de comprobar que me quieres, pero parece que lo que yo sienta te da igual; prefieres verme con él que renunciar a tus ideas.

—¿Qué pasaría si lo hago y nada cambia? ¿Qué pasará si te culpo a ti?

—Entiendo, tienes miedo de amar algo que te devuelva al lugar que crees erróneo —le dijo ella harta ya de sus excusas—. Pues no te preocupes, me casaré con él, formaré una familia y nunca le amaré. Con suerte solo tendré que soportar ciertos momentos de sexo. Para las mujeres es más sencillo, solo dejarse hacer, y mientras eso pase pensaré en ti y en estos días tan maravillosos que atesoraré siempre. Ese era el fin de esta corta relación, ¿no?

—Te mereces tener una vida sexual plena, volver a enamorarte.

—No me hagas reír; yo ya me he enamorado, lo hice hace muchos años. Sin embargo, mi

amor no quiere compartir su vida conmigo. Gaby, ¿tú realmente me quieres?

—Sí. No lo sé, estos días contigo han sido geniales, pero... —Era el momento de ser duro y enfrentar que eso acababa ahí.

—Eres un egoísta a pesar de tus ideas de libertad. Nunca has pensado en mí, en lo que podría sentir; siempre tú y tú. Todo por huir de un futuro que te habías imaginado y que podría ser o no ser el correcto. Por orgullo huiste y me vas a condenar. Desde luego, esto no es amor.

—Leonor, yo...

—Ya basta, por favor. Esto se termina aquí.

Una hora después, el coche se detuvo justo enfrente de la entrada del aeropuerto. Leonor volvía rápidamente a España; ya lo había preparado todo a escondidas esa última noche. Antes de que abriera la puerta, Gabriel se acercó para darle un beso; no quería que se fuera así, con ese mal sabor de boca y esa decepción; sabía que acabaría entendiéndolo. Pero ella lo evitó. Ya no habría más contacto entre ellos. Su sueño se había hecho añicos y su vida volvía a la triste realidad.

—Llévelo dónde le diga —le dijo ella al chófer.

Salió del coche sin mirar atrás, sin decir adiós, sin querer contemplar de nuevo al amor de su vida que no luchaba por ella. Escuchó, sin girarse, cómo el vehículo arrancaba y se alejaba por la carretera, adentrándose en la ciudad eterna para no regresar, llevándose sus ilusiones.

Desactivó el desvío de llamadas; ya era hora de volver a conectar con su realidad y justo, en ese preciso instante, su teléfono móvil sonó y ella arrugó la nariz al ver quién la llamaba.

10

Gabriel se mantenía tumbado en el sofá; llevaba unos días sin ganas de salir y, lo peor de todo, tampoco tenía ganas de dibujar. Eso sí que era preocupante. Durante toda su vida coger un lápiz lo había relajado, pero en esos momentos nada lo apaciguaba. Aunque se dio cuenta de que no solo dibujar lo había ayudado antes en sus malos momentos, había algo que lo animaba más, alguien que se había mantenido a su lado en silencio desde que él recordaba, alguien que siempre lo hacía reír cuando tenía un mal momento y esa era Leonor. Durante los días con ella se había sentido completo, en paz. ¿Por qué tuvo que tratarla así? ¿Por qué no se atrevió a decirle que la quería? Y la respuesta estaba clara: tenía miedo al cambio. Había sido un valiente al marcharse de su casa sin un futuro calculado y ahora le daba pánico dar ese paso de nuevo; y esa vez sí que veía un futuro a su alcance, al lado de la mujer que siempre lo apoyó. ¿Tan malo sería reconocerlo y atreverse? Pero algo se lo impedía, un nudo en la boca del estómago que le decía que las cosas estaban mejor así, sin final de novela romántica. Así, cada uno haciendo su vida como habían decidido antes de reencontrarse.

—Menuda pinta tienes. —Annette entró con una bolsa con comida—. Haz el favor de ducharte y afeitarte.

—¿En serio te importa mi barba?

—Mira cómo debo verte de mal para pedirte algo así. He traído unas ensaladas de pasta.

—No tengo hambre.

—Me importa un bledo, vas a comer conmigo.

Gabriel resopló, tenía las de perder. Se sentó a la mesa cuando Annette ya había servido la ensalada y comió con desgana.

—Eres idiota. Pilla el primer vuelo y vuelve con ella.

—No es tan fácil.

—Pues yo creo que es lo más simple del mundo.

—He tomado mi decisión.

—Así que tu conclusión es que cada uno por su lado.

—Es lo mejor, Annette.

—¿Lo mejor para quién?

—Para los dos.

—Sí, claro. Leonor se marchó llorando, sintiéndose utilizada por todos y rota por el desamor. Y tú estás deambulando de un lado a otro como una sombra de lo que fuiste porque tuviste la desfachatez de hacerla creerse que no la amabas para arreglar una situación que solo se solucionaría con vosotros dos juntos. Creo que he hecho un buen resumen.

—Su sitio está en España, ella no sabría vivir de otra manera.

—¿Se lo has preguntado? ¿Le has ofrecido la opción de elegir?

—Es mejor amar y haber perdido que nunca haber amado.

—Genial, ahora parafraseas a Shakespeare. Y dices que no estás enamorado.

—¿Por qué no me dejas un poco en paz?

—Tienes razón, es tu maldita vida. Muérete aquí de asco y, cuando tengas setenta años y sigas en la calle, entonces laméntate por tus erróneas decisiones. ¿Es que no lo ves? Tu vida está con ella, siempre lo ha estado. Solo es orgullo.

—Pasa de mí.

Y, dejando la mesa, se fue a su habitación. Iba a necesitar más días de los que pensaba para olvidarse de lo vivido con Leonor, para acostumbrarse a estar sin ella. De todas formas, era lo mejor; dentro de un tiempo seguro que Guillermo lo llamaba informándolo de la boda. Les deseaba lo mejor. Apretó los ojos para intentar dormirse y lo hizo con su rostro risueño mirándole con esos ojos azules llenos de amor y esa mueca de disgusto cuando se llenó de barro. Crearon recuerdos, pero en esos instantes quería olvidarlos.

El teléfono sonó con fuerza en el silencio de la tarde. Gabriel vio que era un número desconocido y no contestó, pero al cabo de unos minutos volvió a repicar con intensidad.

—¿Diga?

—Hola, Gabriel, soy Amelia. Guille me ha dado tu número. Ponme con mi prima, por favor. Hay algo que quiero comentarle; no me coge su teléfono cuando la llamo y como ella tiene activado el desvío de llamadas a mi número no puedo hablar directamente con ella.

La llamada sorprendió a Gabriel. Desde luego no esperaba una llamada de Amelia, o igual sí, pero para recriminarle o para gritarle lo capullo que era por abandonar a Leonor, a pesar de que la idea de que pasasen solos un tiempo fue de ella. Sin embargo, ¿preguntarle por ella?

—Leonor no está conmigo.

—Venga, déjate de cuentos. Si queréis huir y estar solos apartados de todos me parece genial, aunque yo no entro en el saco de «todos».

—Es verdad. Nos despedimos hace cinco días en Roma. Me dijo que volvía a España, discutimos y...

—¿Estás de broma? Aquí no ha vuelto.

—No puede ser, la dejé en el aeropuerto.

—¿Cómo? Yo creí que aún estabais juntos.

—No, no acabamos muy bien. Ella quería que yo...

—Lo de siempre, ya veo, pero ¿seguro que te dijo que volvía?

—Sí, bueno, no sé..., yo la dejé allí con el billete comprado.

—¿Qué día?

—El martes pasado. Ni siquiera me miró mientras me marchaba. ¿Amelia me oyes?

—Luego te llamo.

Una suave brisa pasaba por la ventana removiendo la cortina; un apacible día, pero no en la mente de Gabriel, no, después de esa llamada de Amelia. Gabriel empezó a preocuparse. ¿Cómo era posible que ella no supiera nada de Leonor? Eran demasiados días sin dar señales de vida y sobre todo sin hablar con su prima. ¿Qué habría pasado?

—Buenos días. ¿Cómo está mi mártir?

Annette entró con un paquete de *donuts*; venía de una fiesta como casi todos los sábados del año, y no había vuelto. Max aún dormía y Gabriel no era un buen compañero durante esos días.

—Preocupado.

—¿Más?

—Leonor ha desaparecido, no ha vuelto a España y nadie sabe dónde está. Me ha llamado Amelia.

—Joder, qué mal. ¿Qué vas a hacer?

—Esperar a que Amelia me llame y me informe. Seguro que anda por ahí y la localizan.

—La verdad es que se fue muy enfadada, es normal que haya querido perderse.

—¿Y si le pasó algo grave? No debí dejarla sola hasta que hubiera subido al avión.

—No pienses en lo peor, posiblemente cambiaría de destino.

La conversación quedó interrumpida por el sonido del teléfono y Gabriel se lanzó sobre él.

—Amelia.

—No cogió el avión en Roma. Tenía el billete comprado y no lo usó. He llamado a su móvil, el desvío de llamadas lo desconectó cuando os separasteis y he intentado llamarla, pero no funciona.

—¿Entonces?

—Hemos avisado a la policía y lo investigarán. Si dices que estaba en el aeropuerto, no debe ser difícil saber qué es lo que hizo.

—¿Quieres que vaya allí a preguntar?

—No, no te muevas, deja a la policía. Ya has hecho bastante.

El tono de Amelia antes de colgar no molestó a Gabriel; ella tenía razón y toda la culpa era suya. Primero por haber acabado así y después por no asegurarse de que había tomado el avión o de que había llegado bien. ¿Qué le habría costado preguntarle a Guillermo cómo había llegado? Fue un estúpido y Annette tenía razón, fue su orgullo el que se lo impidió.

Los dos días siguientes Gabriel tenía los nervios a flor de piel. Guillermo lo mantenía

informado sobre los avances, ya que Amelia se negaba a hablar con él, y no la culpaba. Pero se sentía impotente, sin saber bien cómo actuar, sin saber sí sería lo correcto ir él mismo a buscarla o si al hacerlo complicaría más las cosas; la sensación de impotencia era terrible. Solo estaba pendiente de lo que ellos le explicaran por teléfono.

La voz de Amelia lo sorprendió.

—Ha aparecido su móvil —le dijo ella sin apenas dejarle hablar—. Estaba en una papelera a la entrada del aeropuerto; está golpeado y roto, hay restos de sangre. —Eso último lo dijo con un nudo en la garganta, que Gabriel notó—. Al parecer, hubo una última llamada; van a averiguar con quién, pero no pinta bien, piensan en un secuestro. ¿Cómo pudiste dejarla sola?

Amelia rompió a llorar, le pudo la tensión y el miedo.

—Yo no sabía, ¿cómo podía saber?

—¿Qué va a pasar, Gaby? ¿Y si le ha ocurrido algo grave y si está muerta?

—No pienses eso, su familia es rica; si la han secuestrado pedirán un rescate. —Gabriel sintió la boca seca al hablar. ¿Y si era verdad y estaba retenida, asustada, sola?

—¿Y si no la encuentran? No es a la primera que hacen desaparecer o que asesinan...

—Por favor, Amelia, ya basta.

Esa vez fue Gabriel quien lloró. ¿Qué iba a hacer si Amelia tenía razón? Si Leonor...

—Te avisaré cuando sepamos algo más. —Y colgó, dejándolo sumido en la desesperación y sin saber qué hacer.

Annette se acercó a Gabriel y lo abrazó; él lloró sobre su hombro, era como si le hubieran arrancado una parte del alma y entonces sí que sintió miedo.

—Verás como no ha pasado nada grave, seguro que estará bien.

Gabriel asintió, pero ninguno de los dos estaba convencido, ninguno de los dos creía las palabras de Annette.

Los días pasaban; largas y eternas horas que parecían no acabar nunca, que solo traían silencios, nervios, miedos. Y Gabriel era un hombre a un teléfono pegado. Hasta que Amelia volvió a llamar. Los informes eran rápidos, escuetos, pero cada vez más preocupantes.

—La última llamada fue de Eloy —dijo ella, se le notaba en la voz la angustia—. Ahora es sospechoso. Él dice que no sabe nada y no hay manera de demostrarlo.

—¿Eloy?

Amelia no contestó a eso, debía decirle algo más complicado y mejor ella que la policía.

—Debes venirte, tú también eres sospechoso; eres el último que la vio... con vida.

11

Gabriel descansaba sobre su cama, mirando al techo y sin poder conciliar el sueño. Habían colocado un chip rastreador a su teléfono; fue la condición del inspector, pero ¿dónde quería que fuera sin saber dónde estaba Leonor? Todos los días acudía a la comisaria a dar señales de vida y para ver si sabían algo más, pero nada avanzaba. La sangre del teléfono era de la propia Leonor, sin embargo, no habían hallado más muestras ni rastros de lucha, aunque eso quizás significaba que pudieron haberla drogado. Lo más extraño era que las cámaras de seguridad del aeropuerto solo la mostraban gritando al que hablaba con ella a través del teléfono y luego salía del campo de grabación, ahí se perdía su rastro.

Cuando llegó a España le tomaron declaración y lo encerraron en una de las celdas que tenían, era el protocolo; durante un día o dos debía estar allí. Pero su padre había removido cielo y tierra para conseguir que dejaran que durmiera en su casa. Aún recordaba cómo le gritaba al policía diciéndole que bajo ningún concepto su hijo iba a pasar una noche en la celda. Gabriel le había explicado que no le importaba, pero la expresión de su padre no dejaba lugar a dudas: antes se quedaba él allí que dejar a su hijo solo en esas condiciones. Cuando le dio ese fuerte abrazo y se miraron a los ojos ya nada importó, dieron igual las peleas, dio igual el futuro impuesto; allí solo eran un padre luchando por su hijo y un hijo que necesitaba a su padre.

La madre entró en la habitación de su hijo. No la había tocado desde que se marchó, como si siguiera esperando su regreso; las mismas fotos de sus amigos adornaban la pared del frente, las mismas imágenes de paisajes y monumentos se extendían por el resto, la misma colcha de colores y la misma lámpara de varios focos. Y, por fin, allí estaba. Con una sonrisa se sentó a su lado y le dio un beso en la frente.

—Cariño, verás cómo todo se arregla.

—Todos decís lo mismo, pero nada avanza.

—Debe ser muy duro; lo estamos pasando muy mal. Hay que tener fe.

Gabriel asintió, no tenía sentido discutir con su madre; ella no tenía la culpa de lo que él hizo, de que la dejara abandonada; no tenía la culpa del remordimiento que sentía.

—Si le pasara algo, yo...

—Confía, ella es fuerte... A pesar de todo, me alegro de que estés aquí.

Le dio otro beso y lo dejó solo con sus pensamientos, mejor no agobiarlo. Era lo que ella debía hacer en esos momentos y desde luego que no sentía remordimientos por alegrarse, a su manera, de que él estuviera de nuevo bajo el techo familiar. Miró hacia la ventana que daba al jardín y sonrió, ¿no había mucha más luz en la casa desde que él había vuelto? Sabía que sí y que todo saldría bien, que acabarían encontrando a Leonor. Confiaba en eso, en que nada se oscureciera con una desgracia.

Gabriel se mantenía ajeno a los sentimientos de alegría de su madre; él solo tenía la mente para preocuparse, pero, desde que se había enterado de lo de Leonor, tenía una cosa clara y era que no quería vivir en un mundo sin ella, que ahora todo giraba a su alrededor y que la amaba más que a nada. Levantó los ojos de nuevo al techo y, más allá, al cielo.

—Si ella está bien, si haces que vuelva sana y salva, haré todo lo que esté en mi mano para que ella sea feliz. Ahora me doy cuenta de lo tonto que he sido y de lo mucho que la quiero. Y esto es un juramento: si vuelve, no me alejaré jamás de ella de nuevo, aunque ella no me quiera y solo sea como amigo.

La mañana estaba resultando pesada sin noticas ni novedades ni para bien ni para mal. Se habían reunido en la casa de los Torres a esperar un nuevo aviso. Gabriel tenía la cabeza entre sus manos y la desesperación grabada en su rostro, pero igual pasaba con los demás integrantes del desconsolado grupo. Sara, la madre de Leonor, se apoyaba en Beatriz y en su hermana, y Ángel hacía lo propio con Pablo. Allí los amigos estaban para dar fuerzas. Guillermo se mantenía sentado al lado de Gabriel y vigilaba cada movimiento de Amelia; ya la había visto decaer en varias ocasiones.

Cuando Eloy entró, acompañado por su padre, Gabriel no pudo evitarlo y se lanzó contra él, dándole un fuerte puñetazo en la cara. No le importaba lo que la policía dijera ni que su GPS lo colocara en Lisboa cuando habló con Leonor, para él era el responsable. Después de golpearlo lo asió del cuello del polo, lo zarandeó y lo obligó a enfrentar su mirada de ira.

—Si le pasa algo, te mato, te lo juro. Como le hagas daño... —le dijo Gabriel.

—Yo no le he hecho nada, deja ya de acusarme. El último que estuvo con ella fuiste tú, quizás debería decirte lo mismo.

—Nunca le haría daño; en cambio, tú...

—Suéltame y no me jodas; el único que le ha hecho daño eres tú y por ahora eres el sospechoso principal.

—Qué bien te vendría matar dos pájaros de un tiro, ¿no, Eloy?

—No te metas, Guillermo, esto no va contigo.

—Claro que va conmigo; nosotros fuimos los que te hicimos creer que había vuelto a España.

—Sí, y, mientras, ella acostándose con el imbécil este —dijo Eloy señalando a Gabriel y deshaciéndose de su agarre—. ¿Qué pasó? ¿La decepcionaste tanto que quiso huir y no la

dejaste?

—No me jodas, Eloy, fue contigo con el último que habló, fue contigo con quien discutió...

—Antes lo hizo contigo...

—Tú la amenazaste, conocemos esa conversación. Le dijiste que si no regresaba se atuviera a las consecuencias. ¿Dónde está, Eloy?

—Yo no hice nada. Allí, con esa conversación, acabó todo. No la he vuelto a ver, lo juro.

—¿Y por qué estás tan tranquilo?

—Estoy tan preocupado como tú. ¿Qué crees que hago aquí si no?

—Mentira, no te importa nada más que tú mismo y tus expectativas.

—Estabas mejor mendigando en Roma. Todo se ha complicado desde que entraste de nuevo en nuestra vida.

Gabriel volvió a golpearlo, pero esa vez Eloy le devolvió el golpe y ambos se enzarzaron en una buena pelea. La situación de tensión no ayudó a calmarlos y tuvieron que actuar sus padres, separándolos.

—No voy a consentir que Gabriel acuse a mi hijo —dijo Luis a Pablo—. Él es tan sospechoso como Eloy.

Pablo entendió su alusión; hasta que se demostrara lo contrario, ambos eran igual de culpables.

—Tranquilicémonos todos. No solucionaremos nada enfrentándonos entre nosotros —dijo Ángel, quien se mantuvo al margen del conflicto; al fin y al cabo, era su hija la que seguía desaparecida, y los dos muchachos tenían su parte de responsabilidad—. Luis, deberíais iros; ya os informaré si sabemos algo más.

Luis aceptó y empujó a Eloy hasta la puerta. Los ánimos estaban demasiado caldeados y en esos momentos eran ellos los que sobraban. Por su parte, Ángel les indicó a los demás que fueran con él al otro salón, dejando solos a los chicos.

—No deberías haberte puesto así —le dijo Guillermo mientras le daba su pañuelo para que se limpiase un poco de sangre del labio.

—No he podido evitarlo, algo me dice que sabe más de lo que cuenta.

—Pero, según el repetidor telefónico, Eloy estaba en Lisboa, en la casa de sus primos, cuando se efectuó la llamada.

—Lo sé, Guille, aunque puede haber mandado a alguien a espiarnos y secuestrarla o pudo dejar el móvil en Lisboa quizás... No le encuentro explicación y eso me mata, porque parece que se está riendo de nosotros.

—Sin embargo, tiene razón y todas las culpas recaen sobre ti.

—Aun así, Eloy no se comporta como un secuestrador o un asesino; incluso creí ver un reflejo de preocupación en su rostro cuando se enteró —expresó Amelia sentándose a su lado.

—¿Entonces, dónde está Leonor? Si nadie sabe nada, ¿qué ha pasado?

Amelia se encogió de hombros y dejó que las lágrimas asomaran otra vez por sus ojos y se abrazó a Guillermo; mientras tanto, Gabriel desvió la mirada hacia la ventana y contempló el

jardín, y allí se permitió recordar sus días con ella, sus conversaciones, sus momentos íntimos y su sonrisa... Eran ya demasiados días.

La puerta se abrió justo en el momento en el que Gabriel se disponía a salir a tomar algo de aire.

***

Leonor escuchó el canto de las hermanas en la capilla. El sol apenas salía por el horizonte y ya empezaban sus faenas y rezos. Ella había intentado cooperar en la congregación, pero solo le permitieron lavar los platos alguna vez y recoger algunas verduras del huerto. Unos golpes en la puerta terminaron de despertarla.

—¿Vas a querer desayunar con nosotras o es muy temprano?

La hermana Rose era la más joven del convento y una de las que se encargaba de los visitantes que acudían a sus puertas en busca de sosiego.

—Bajo ahora mismo.

Se puso un vestido ligero que le ofrecieron y bajó a desayunar. Llevaba dos semanas allí y su forma de ver las cosas había cambiado. El tiempo entre esos muros pasaba lento, ajeno a todo, y dejó de lado su dolor. No necesitaba nada; su móvil lo había lanzado al suelo y pisoteado con furia después de haber discutido con Eloy, incluso se cortó con la pantalla al cogerlo para tirarlo a la basura, y su equipaje estaba escondido en el armario de la celda del convento. Allí no había preocupaciones y solo tu propia mente era tu compañera, nada te ataba al exterior. Había pasado horas hablando con la hermana Rose sobre su vida, sobre sus penas, y gracias a ella se había apaciguado. ¿De qué le servía autocompadecerse de su vida? La felicidad estaba en disfrutar de ella y vivirla con aceptación y paz. Comprendió que la felicidad no estaba en su mundo, ni en sus amigos ni en su amor, estaba dentro de ella, solo ella tenía la llave. Y, allí, entre los muros del convento lo vio claro y se apaciguó. Ya estaba preparada para enfrentarse a su vida, estaba preparada para volver a su casa, estaba preparada para afrontar lo que le deparara. Amaba a Gabriel más que a nada, ese viaje con él se lo terminó de confirmar y sería capaz de atesorar eso, pero allí había tomado otras decisiones: no se casaría con Eloy, prefería estar sola que con alguien que no la completaba en ninguno de los aspectos de la vida. Todos acabarían entendiéndolo.

Respiró hondo mientras las demás comían de forma tranquila con una sonrisa envidiable en la boca y en los ojos. Las hermanas eran felices allí, sin casi contacto con el mundo exterior, centrándose en sus necesidades y en su amor a Dios. Se sentían bien ayudando a los demás a encontrar la paz y allí entendió el gusto de Max del que le habló Gabriel, de su búsqueda de la desconexión, o más bien de su búsqueda de conexión con su mundo interior.

Esa mañana se marcharía; ya se había despedido de todas y agradecido su apoyo, ya las hermanas le habían deseado lo mejor y ya sabía lo que quería. Unas horas después, abandonó el

convento con una enorme sonrisa y se dispuso a agarrar su futuro con fuerza.

***

Se quedaron perplejos contemplándose, sin entender bien que estuvieran enfrente. Leonor vio alivio en los ojos de Gabriel, pero poco más pudo contemplar porque su prima, con un fuerte grito, se lanzó en sus brazos. Pronto la algarabía llamó la atención de los que estaban en el otro salón y fue un abrazo colectivo.

—Creíamos que te había pasado algo, que te habían secuestrado o algo peor —le confirmó Amelia negándose a soltarla.

—Cariño, nos tenías preocupadísimos —dijo Sara abrazando también a su hija—. ¿Por qué no nos avisaste de que estabas bien?

—Mamá, yo no pensé que... En el sitio al que fui no había teléfono. Lo siento mucho, supongo que no pensé en vosotros. Rompí el teléfono y...

—Iré a avisar a la policía de que ha aparecido a salvo. —Ángel sacó su móvil y marcó el número, alejándose para hablar.

—¿Cómo a la policía? —se extrañó Leonor.

—Están buscándote, perdimos tu rastro en el aeropuerto de Roma. ¿Dónde has estado todo este tiempo? —insistió Amelia.

—En un convento, buscándome a mí misma.

—¿En un convento?

—Sí, pensé que era lo que necesitaba. Después de separarme de Gabriel en Roma recordé lo que me dijo sobre las escapadas de Max y quise probarlo.

Leonor miró a Gabriel, que se mantenía unos pasos por detrás, sin saber qué hacer o decir. Así que ella había decidido imitar a Max y escaparse del mundanal ruido. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

—Pues todos estábamos preocupadísimos. Eloy fue el último que habló contigo y lo creíamos sospechoso de tu desaparición y Gabriel tuvo que venirse porque también lo era; fue el último que te vio.

—¿Sospechoso? —preguntó Leonor dándose cuenta de que las cosas se habían complicado demasiado—. De verdad que lo siento, fue un arrebato lo que me hizo romper el móvil y huir. Pero ahora todo está bien, yo estoy bien.

El abrazo comunitario se deshizo y un espacio se abrió para que ambos se miraran. Cuando Gabriel la vio aparecer por la puerta no sabía si abrazarla o darle unos cachetes; tuvo que apretar los puños para no dejar salir sus impulsos, para no gritarle delante de todo el mundo quién se creía que era para hacerle pasar por todo lo que había pasado. Pero no le salieron las palabras. Leonor lo había mirado tan sorprendida como lo estaba él por tenerlo enfrente, no lo esperaba allí. Y Amelia la abrazó y luego los demás, pero ahora estaban cara a cara y vio en sus ojos que

realmente estaba preocupado, que estaba allí por algo más que la investigación y que esperaba una explicación mejor que la del convento.

—Gabriel, yo entiendo que tú... —Él le dio un beso en los labios—. Te entiendo ahora que... —Otro beso en los labios—. Quiero que sepas que... —Otro beso más—. Si lo que quieres es... —Más besos—. ¡¿Vas a dejarme hablar?!

—No vuelvas a darme este susto nunca más, debería hacerte pasar por lo mismo que he pasado yo.

—Lo hiciste durante tres años, estamos en paz.

—Tienes razón, hay tregua.

—¿Quieres volver a besarme?

—No, estoy muy enfadado.

—¿Y si lo hago yo?

—Quizás te lo impida.

—No lo creo, tú me has besado primero. —Leonor lo besó con ansias, sintiendo de nuevo esas sensaciones tan placenteras que la habían recorrido durante su estancia juntos; tenía tantas ganas de volver a tenerlo entre sus brazos, pero las cosas eran distintas, su relación debía cambiar, ya bastaba de esa incertidumbre, de ese tira y afloja—. Quiero que entiendas que necesitaba esto, que nuestra separación fue muy dura para mí y que me alegro de que hayas sufrido.

Gabriel se rio y la tomó en sus brazos.

—No te mereces mi amor —le dijo él en broma.

—Me basta con saber que lo tengo. —Ella sonrió y lo abrazó con fuerza.

—Tienes eso y además tenemos todo el tiempo del mundo. No me voy a ir a ningún lado.

Le contestó por fin Gabriel y fue entonces cuando Leonor se dio cuenta de que sobraban las palabras, las explicaciones, de que él estaba allí y que se quedaría a su lado.

Todo estaba en su lugar. Había recuperado su paz interior y a su amor al mismo tiempo.

12

Los dos dormían abrazados en la cama de Gabriel.

Pasaban juntos casi todas las noches y tuvieron mucho tiempo para charlar. Ella le habló de las hermanas del convento y él le reprochó que se marchara sin avisar, que hubiera sido tan impulsiva; aunque poco podía reprocharle, él había hecho lo mismo hacía tres años. Pero algo sí estaba claro y era que Leonor se mostraba más sosegada, más madura y que había sido capaz de aceptar su vida como viniera, aunque si era con él mucho mejor. Había amaneceres en que ella lo buscaba en la cama, temiendo que volviera a marcharse, y en esos delicados momentos él la abrazaba y le juraba que nunca se iría de su lado.

—No sabes lo que sentí cuando creíamos que te había pasado algo. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que te amaba.

—Mi estancia en el convento no solo tuvo efectos reveladores para mí —le dijo ella.

—Eso parece, pero la próxima vez dime a dónde vas.

—Iremos juntos. Amelia me dijo que te pegaste con Eloy.

—Fueron los nervios por lo ocurrido. ¿Cómo se ha tomado el hecho de que me quede contigo?

—No muy bien, supongo, aunque no hemos hablado de eso. Intenta aparentar normalidad, pero creo que aún no lleva bien lo de nuestro compromiso.

—¿Estás segura de que quieres hacer una fiesta?

—Sé que no es de tu agrado, pero todos lo esperan; no podemos defraudar a nuestras madres.

—Pasaré por eso si es lo que tú quieres.

—Genial.

—Pero...

—Por supuesto que hay un *pero*...

—Intenta no involucrarme mucho; me parecerá bien todo lo que hagáis. Seguro que entre nuestras madres y tú podéis arreglároslas bien.

—Te lo prometo, no te darás ni cuenta —le dijo ella dándole un beso; se sentía muy a gusto en sus brazos—. Por cierto, ¿dónde vas a tener tu rincón al final?

—En la buhardilla. Mi padre ha mandado sacar todo lo que había allí y adecuarla para tener mi

estudio. Recordó que siempre me gustó de niño y creyó que era una buena idea.

—¿Y lo es?

—Sí, voy a estar genial ahí.

—¿Las cosas con tu padre van mejor?

—Sí, supongo que el más reticente soy yo; él, desde el primer momento en que volví, me ha tratado como si nunca me hubiera ido.

—Ya te dije que a él se le veía afectado por tu marcha. Y ya ves, ni siquiera te desheredó.

Gabriel asintió. Era cierto que las cosas estaban más calmadas de lo que habría imaginado y era cierto que en pocos días estaban como si nunca se hubiera marchado de casa, y fue algo que agradeció. Poco a poco notó cómo Leonor se acomodaba en su pecho y se dormía; realmente era como si nunca se hubiera marchado. Él también se acurrucó y se durmió. Todo estaba en paz.

Cuando Gabriel entró a la sala vio que en la mesa del salón principal había extendidas lo que parecían botellas de muy diversos tamaños y colores. Su madre se entretenía hablando con uno de sus muchos proveedores, ignorante de la entrada de su hijo.

—¿Mamá?

—Cariño, por fin llegas. Necesito que decidas sobre el champán y las bebidas de la fiesta.

—Te dije que me daba lo mismo, que decidieras tú.

—Aun así, quiero que me des tu opinión.

—Mamá, por favor, para esto llama a Leonor.

—La he llamado y viene para acá, pero no estaría de más que tú también estuvieras.

Gabriel se dio cuenta de que su madre no pararía hasta que le diera su opinión; lo acababa de recuperar y quería involucrarlo más en la vida social porque pensaba que fue su culpa por no haberlo hecho desde niño.

—¿Qué quieres que vea?

—Las botellas de champán. Para mí deberíamos decantarnos por esta.

Le enseñó una de las botellas y al moverla vio flotar las motitas de oro en su interior.

—¿Esto es oro?

—Sublime, ¿verdad?

—Mamá, ¿cuánto cuesta esta botella?

—Oh, no te preocupes. No vamos a escatimar en gastos. Es el champán más exclusivo que hay.

—¿Mamá?

—De acuerdo. Pierre, ¿cuánto costaba?

—Unos ocho mil euros, *madame*; un gran Dom Pérignon Rosé.

—¿¿Qué?? —Gabriel no pudo evitar gritar. ¿Hablaban en serio?—. ¿Estáis de broma? No voy a gastar ocho mil euros en una botella.

—Tú no los gastas, mi vida.

—Sabes lo que opino de estos despilfarros, no me hagas pasar por ahí.

—No pensarás que voy a permitir que se beba garrafón o vino de tetrabrik en vuestra noche de compromiso, ¿no?

—¿Para qué me llamas, entonces? Mira, no digas nada, yo mejor salgo de aquí; me estoy poniendo enfermo.

—Gaby, Gaby... ¡No sé qué voy a hacer con él!

Gabriel oyó cómo le dirigía su última frase al tal Pierre. Bufó y se sentó en el sofá del pasillo, no quería empezar a discutir en serio con su madre, se había prometido a sí mismo comportarse como todos esperaban y hacerlo por Leonor. Ella le había prometido que le daría libertad y quería estar con ella sobre todas las cosas. Había sido un suplicio creerla muerta y se había dado cuenta por fin de cuáles eran sus prioridades. Sin embargo, no podía acostumbrarse tan pronto a todos los lujos de nuevo, a todo lo que había abandonado y llegado a odiar. Apoyó los codos sobre las rodillas y dejó descansar la cara entre sus manos. Suspirando y respirando profundamente, cerró los ojos.

—¿Qué haces tan solito, mi amor?

Gabriel levantó la cabeza al oír la voz de Leonor.

—No quiero gritarle a mi madre y lanzar por el balcón a Pierre y sus botellas.

—No será para tanto.

—Está eligiendo el champán de la cena.

—Vale, entonces sí será para tanto... Le dije que yo vendría, que no te molestase a ti.

—¿Tú sabías lo de ese precio?

Leonor asintió. Ella sabía que en sus círculos era obligado servir esas exquisiteces, pero no quería que Gabriel se enterase; si se mantenía al margen estaría más tranquilo. ¡Ojos que no ven, corazón que no siente!

—Cariño...

—Cariño nada. Me encanta comprobar lo que os importa mi opinión.

—No te lo tomes tan a pecho; no es solo tu fiesta, es la de todos.

—¿La de todos? ¿Hablas en serio?

—Ya sabes a qué me refiero. Es lo que todos esperaban y por una vez estamos de acuerdo, ¿no? —Gabriel asintió y se calmó. Leonor tenía razón: era lo que debían hacer—. Y según me dijiste la aceptarías y pasarías por esto.

—Lo sé, pero deja que me enfade un poco.

Leonor se sentó a su lado y lo abrazó, obsequiándolo con suaves besos.

—Haremos lo siguiente: lo mismo que se invierta en la cena lo destinaremos a tus antiguos amigos y vecinos de Roma, ¿te parece bien?

—Una cosa no quita la otra. Ya le mando una cantidad mensual a Annette para que la reparta como vea necesario.

—Y eso me parece genial, pero lo de la fiesta también se enviará como extra, así descargamos

un poquito la conciencia... Además, el brandy elegido es más barato.

—Menos mal, aunque seguro que también lleva oro...

—Sí, pero cuesta solo mil euros la botella; es mucha diferencia con el champán, ¿verdad?

Gabriel sonrió, en el fondo ella solo buscaba que estuviera a gusto en su recuperada vida juntos.

—¿Qué tal si vas tú con mi madre y lo decidís sin mí? Te prometo que no pondré ninguna pega más.

—¿Ni malas caras?

—No prometo tanto.

—Estás guapo igual —le dijo ella dándole un beso—. Ah, y me debes una... ¿Vas al estudio a pintar?

—Sí, cuando termines sube a buscarme y te la devuelvo. —Gabriel le guiñó un ojo.

—Te quiero.

Gabriel subió a la buhardilla. Era mejor dejar que se relajara y la pintura le ayudaría. Aun así, respiró tranquila; lo más lejos que estaría de ella era un tramo de escaleras. Entró en el salón y se reunió con su futura suegra, que seguía tratando con Pierre los más mínimos detalles de la velada.

—¡Querida, ya era hora! Gabriel ha huido; supongo que es mejor que nosotras decidamos sin involucrarlo o acabará enfermo.

—Ha subido a pintar, pero me ha dicho que hagamos y deshagamos a nuestro gusto; él no se opondrá. ¿Qué tenemos para adornar las mesas?

—He pensado en centros con flores y velas. Mira, he colocado a las familias por mesas y por proximidad afectiva con las demás. A los Guzmán los he alejado de la mesa principal. Supongo que a Gabriel le gustará tener lejos a Eloy.

—Sí, mejor. Las cosas no han acabado muy bien.

—*Au contraire*, querida, las cosas han acabado como debían acabar.

—¿Seguro?

—Por supuesto, has traído a mi hijo de vuelta.

—No sé, Beatriz, a veces me da la impresión de que ha sido un poco obligado, que todos los acontecimientos de este último mes han acelerado las cosas. Tengo miedo de que él se dé cuenta y vuelva a cambiar de opinión.

—Olvida esas inseguridades, Leonor; si algo sé con certeza es que mi hijo no estaría aquí si no lo quisiera de verdad. Es tan orgulloso y cabezota como su padre y como su abuelo, un Osorio de pies a cabeza.

Beatriz le apretó la mano para darle su apoyo y sonrió. Era normal que Leonor dudara, al fin y al cabo, se había pasado la vida adorando a Gabriel en silencio y ya había dado por perdida su relación con él después del desplante de hacía años en el lago. Y ahora todo lo que había deseado estaba frente a ella; la pobre debía creer que era un sueño y que acabaría despertando. Pero ella

conocía a Gabriel y si estaba allí era porque realmente la amaba y estaba más que feliz de que así fuera, así como de que las cosas entre su marido y su hijo se hubieran arreglado. Ver a Pablo como alma en pena por la casa no había sido plato de gusto, aunque él nunca lo reconocería y no diría que había extrañado a su vástago. Sin embargo, ella sabía que estaban mejor juntos y sabía que estaba orgulloso de la fuerza y la valentía con la que había actuado Gabriel.

El resto de la tarde las dos culminaron con todos los preparativos de la esperadísima y sonadísima fiesta de compromiso de los Osorio de Sarrión y los Torres de Alvarado, que estaba organizada para finales de noviembre y que congregaría a la flor y nata de la nobleza española; por eso debía ser todo medido al detalle: el protocolo y los asistentes personales y camareros debían estar impecables y en eso Beatriz Osorio era una experta.

Gabriel estaba sentado en la terraza cubierta de la casa tomando un café y leyendo un libro cuando entró su padre y se sentó a su lado. Enseguida el asistente le sirvió también un café a él.

—Gracias, Jaime —le dijo al hombre que ya llevaba años al servicio de la casa y este se retiró. Luego miró a su hijo—. Quiero entregarte esto.

Pablo extrajo del bolsillo del pantalón, ante la atenta mirada de Gabriel, una cajita de terciopelo negro. Al abrirla le mostró un precioso anillo de oro blanco con un impresionante zafiro en talla *cushion* bordeado con diamantes.

—¿Esto es...?

—Era de tu abuela.

—Es magnífico.

—Pertenece a las joyas de la familia, pero este no lo ha llevado tu madre. La abuela lo guardó expresamente «para la esposa de mi nieto Gabriel», eso fue lo que me dijo y me hizo prometerle que te lo daría el día que fueras a pedir su mano.

—Muy propio de la abuela. A Leonor le va a encantar, realzará el color de sus ojos.

—¿Has pensado qué más vas a regalarle?

—Aún no. Aunque, ahora que lo veo, quizás debería completar el conjunto.

—Un collar, pendientes y pulsera con zafiros semejantes serían lo adecuado.

Gabriel bufó y Pablo sonrió; sabía lo que su hijo pensaba: que sería carísimo.

—Me temo que sí —aceptó Gabriel.

—Hablaré con el joyero de la familia y le llevaremos el anillo para que tenga una referencia. No te apures, yo me encargo de todo.

—No, iré contigo. Creo que esto es cosa mía, al fin y al cabo, es para mi prometida y se merece mi interés, aunque no me guste. Gracias, papá.

—Me alegra mucho que estés aquí.

—Y a punto de prometerme con una Torres de Alvarado.

Pablo volvió a sonreír, era mucho más que eso.

—Sabes a qué me refiero.

—Lo sé.

—¿Estás cómodo en la buhardilla? Si no lo estás podemos adecuarte el ala de la casa que no se usa.

—Me gusta la buhardilla.

—Lo imaginé, siempre te metías allí de niño cuando querías esconderte.

Gabriel recordó aquellos días con una sonrisa, recordó aquel baúl roto y volcado en el que colocó unos almohadones y una manta y en el que se escondía para dormir cuando se enfadaba por algo y el recoveco detrás del biombo viejo de su abuela.

—Y luego bajaba tan lleno de polvo que mamá ponía el grito en el cielo.

Los dos lanzaron una carcajada, hacía mucho tiempo que no reían juntos y tan relajados; ambos habían madurado, ambos habían cambiado y ambos sabían que estaban mejor juntos. Aunque discutieran de vez en cuando, ninguno dudaba ya del amor y del respeto del otro. Pablo había buscado un acercamiento con su hijo desde el primer momento, pero Gabriel se mantuvo hermético los primeros días de su regreso, aún ofendido por lo ocurrido con su progenitor y sin saber cómo reaccionar al nuevo cambio, pero en el fondo estaba recobrando su vida anterior con su familia. Su padre nunca había cumplido la amenaza de desheredarlo, siempre confió en su buen juicio y tuvo la certeza de que regresaría; quiso creer que cuando volara solo un tiempo volvería a su hogar, aunque últimamente ya había perdido la esperanza. Siempre supo qué hacía y cómo se ganaba la vida y le enorgullecía que hubiera sido capaz de sobrevivir, a pesar de las burlas de la familia Guzmán cuando se enteraron por el fanfarrón de Eloy.

—Nunca te lo he dicho, pero quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti, siempre lo he estado. —Gabriel lo miró sorprendido, no esperaba ese arrebato de sinceridad. No dudaba de que lo quería, sin embargo, era algo que nunca le había dicho—. Eres el mejor hijo del mundo, el que todo padre soñaría.

—¿Incluso cuando me marché de casa?

—En ese momento más que nunca. Hiciste lo que yo nunca fui capaz de hacer y por eso te admiro.

—Gracias, papá, supongo que lo único que quería era oírtelo decir. Y yo también quiero que sepas que te eché de menos; pronto me di cuenta de que era más fácil tenerte detrás de mí.

—Pero te adaptaste de maravilla.

—Tuve ayuda, Annette me apoyó.

—Tus amigos de Roma. ¿Vas a invitarlos?

—Vendrán a la boda.

—¿Reciben el dinero que les mandas?

—Sí, hablamos a menudo.

—¿Te echan de menos?

—Si te digo la verdad, Annette está encantada con que haya vuelto con Leonor, y Max, bueno..., como él dice, es una hoja movida por el viento, sin residencia fija.

—Por lo menos no estuviste solo esos años. ¿Sabes? Ni siquiera recuerdo por qué discutimos tan fuerte ese día.

—Yo tampoco...

—Siento haber roto tus dibujos.

Gabriel sonrió, ya no tenía sentido hablar de lo que pasó. Un futuro muy diferente se abría ante sus ojos y curiosamente estaba feliz.

El mes siguiente pasó volando. Durante el día Leonor pasaba mucho tiempo con su madre y su futura suegra organizando la celebración, pero por la noche solo estaba con su hombre. Aunque vivían en casas distintas, las noches eran suyas, bien en casa de Gabriel, bien en la de Leonor. Allí, al amparo de la oscuridad, daban rienda suelta a sus ansias de tocarse, de tenerse, de sentirse. Gabriel se deleitaba en su aroma tan femenino, en sus largas y esbeltas piernas rodeándolo por completo y apretándose a él mientras gemía de placer esperando que le hiciera sentir aquello que solo sentía con él.

—Para la boda deberías contratar a un experto. Habéis hecho un gran trabajo, pero las tres solas no podréis con todo lo que supondrá —le dijo él acariciando su pelo.

—Ya lo hemos hablado. Tu madre conoce una agencia muy buena de *weedding planners* y de organizadores de eventos que pueden encargarse casi de todo.

—Es lo mejor.

—Sobre todo porque así ya no tendremos que molestarte.

—Exacto. —Leonor se rio con ganas—. Solo espero que no me vistáis de morado o de rosa.

—Será perfecto.

—Tengo algo para ti. —Gabriel se levantó desnudo de la cama y se dirigió a la cajonera de su habitación bajo la atenta y emocionada mirada de Leonor—. Pensé dártelo el día de la cena, pero, bueno, esa noche tendrás otros regalos y este me parece más correcto que sea en privado.

Sacó del cajón la cajita de terciopelo negro que le había dado su padre y se la entregó. Leonor la abrió y contempló el anillo más maravilloso que había visto nunca.

—Es precioso, me encantan los zafiros.

—Perteneció a mi abuela y lo guardó para ti.

—¿Para mí?

—Sí, para mi futura esposa; ese fue su deseo.

Leonor se lo colocó en el dedo y se lanzó en sus brazos.

—Es maravilloso: SÍ, QUIERO.

Gabriel soltó una carcajada.

—Creo que eso debes decirlo más adelante.

Pero ella seguía emocionada mirando su anillo de amor y a su novio alternativamente.

—Da igual. No voy a quitármelo nunca.

—No creo que sea un anillo para llevar siempre.

Leonor se miró el dedo. Gabriel tenía razón, era demasiado valioso; lo usaría de vez en cuando y en veladas especiales.

—Bueno, pero ahora me lo dejo puesto.

Gabriel la besó de nuevo y se tumbó sobre ella. Solo un anillo de zafiro y diamantes se mantenía entre ellos y su pasión.

Una semana después la cena se celebró. Nadie faltó a la cita. Esa noche ya todo se hizo oficial, ya estaban prometidos. Sus amigos y sus familias estaban allí con ellos. Guillermo aplaudía cada palabra y cada frase de parabienes con ahínco y, a pesar de que Amelia frenaba sus arrebatos, ella misma estaba a punto de llorar de la emoción por ver tan feliz a su prima. Hacía unos meses ni se le habría pasado por la cabeza el verla así. Verdaderamente, el mundo daba muchas vueltas, pero ahora agradecía al imbécil de Eloy que les hubiera ido con el cuento de que Gabriel estaba en Roma. Todos estaban juntos de nuevo; incluso la antigua pandilla se había reunido varias veces, pero había alguien que rehuía esas reuniones, alguien para el que no era una noche feliz, para el que desde hacía varias semanas le quemaba la bilis. Eloy debía resignarse, era lo que todos le decían; al fin y al cabo, Leonor y él nunca habían sido novios formales, no tenía nada que exigir, nada le debía. Sin embargo, él no sentía lo mismo. Sí se habían acostado y sí que ella le dio a entender que sería él el elegido. Aunque, bien visto, ninguno de los dos se merecía tenerle en ese estado; pasaría de ellos, era lo que le aconsejaban. Que fueran felices y comieran perdices si es que podían, si es que Gabriel no salía huyendo de nuevo. ¿Es que solo él veía lo que era en realidad, que detrás de esa cara bonita se escondía un egoísta que solo buscaba su beneficio, que solo buscaba que todos estuvieran pendientes de él? Desde luego, él, mirando a la parejita feliz, viendo cómo Leonor presumía de joyas de zafiro esa noche y Gabriel hacía lo propio con el coche que ella le regaló, desde luego, él no les deseaba lo mejor y si estaba allí era por protocolo social. Ojalá se los tragase la tierra en ese preciso instante; él iba a disfrutarlo si pasara. Pero no iba a ser así; solo le tocaba aparentar, sonreír, saludar y quedar bien con ellos. Miró a su alrededor: Paloma lo miraba con cara de pena y Eloy sonrió; esa noche no le iba a costar convencerla para que se acostara con él. Acabaría la noche con un buen polvo y pasaría página de una vez.

13

Gabriel escuchó un ligero toque sobre el marco de la puerta que permanecía abierta; el piso de arriba era solo suyo y normalmente respetaban su intimidad.

Habían adecuado la gran buhardilla de la casa familiar para que él pudiera trabajar con comodidad y allí se creó su lugar. Desde que volvió, toda su vida había cambiado, aunque más bien había regresado a lo que era antes de haberse marchado, pero algo marcaba la diferencia. La relación con su padre se arregló, pasaban mucho tiempo juntos hablando de la familia, de las propiedades y tomaban decisiones a la par. La relación con Leonor se consolidó desde la pedida de mano y era feliz solo con verla enseñar el anillo de zafiro a todo el mundo con esa expresión de felicidad que era tan clara en su rostro y su sonrisa. Por suerte, el regalo de pedida de ella fue algo que sí le gustó; llevaba un tiempo usando el coche de su padre y fue un gran acierto que ella le regalara uno. La presión y el malestar que había sentido sobre su forma de vida, sobre su futuro, ya no existían; se encontraba de maravilla. Incluso regresó a ciertas rutinas que tenía y buscaba la compañía de sus antiguos amigos, juntándose con ellos para volver a jugar al polo, al voleibol, al pádel o reencontrarse en el club, aunque siempre era con Guillermo con quien más tiempo pasaba.

Nada más oír la llamada en la puerta alzó la cabeza del lienzo, no esperaba a nadie.

—Hola, siento molestar.

Una mujer morena, guapa y muy elegante lo observaba desde la puerta sin atreverse a entrar del todo.

—Adelante.

—He seguido el olor del óleo y de los pigmentos, no pensaba encontrar también al artista. —Ella se acercó y fue paseándose entre los lienzos y los cuadros que había en el estudio—. Son tuyos, ¿no?

Gabriel asintió con el ceño fruncido, sin entender quién era o qué quería realmente. La mujer se retiró el pelo negro detrás de la oreja para ver mejor y sonrió.

—Perdona, ¿te importaría decirme quién eres? —le preguntó él.

—¡Qué boba soy! Lo siento. Me llamo Vega Martin, soy *wedding planner*, entre otras cosas.

He venido para organizar la boda del hijo de los dueños de la casa. —Ella siguió de un lado a otro observando los cuadros—. Me gusta mucho tu arte. ¿Eres de aquí?

Gabriel entonces recordó la conversación que había tenido con Leonor después de la organización de la cena de pedida de mano: debían contratar a una empresa que organizara eventos para la futura boda.

—Soy Gabriel Osorio. Creo que el novio de la boda que estás organizando.

Vega soltó un gritito y una carcajada y se aproximó a saludarlo con un par de besos.

—Encantada de conocerte por fin, siempre he tratado con tu madre y con tu novia. —Lo miró de arriba abajo con renovado interés—. No te imaginaba así.

—¿Así cómo?

—Tan... ¿Cómo decirlo? Bohemio. Te imaginaba más como tu madre o tu chica. Más cómo...

Gabriel volvió a fruncir el ceño ante su comentario, observando su traje exclusivo y su impecable apariencia.

—¿Cómo TÚ?

—*Touché*... —Ella sonrió ante su contestación y un escalofrío que no esperaba la recorrió—. Discúlpame, fallo mío; es solo que no estoy acostumbrada a trabajar para artistas.

—¿Y no deberías estar abajo, organizando?

—Como te he dicho, me he dejado envolver por el aroma del arte y no he podido resistirme. Soy una gran aficionada. Tengo amigos que trabajan en este mundo. —Siguió dándose una vuelta y cogiendo algunos de los dibujos de Gabriel sin dejar de mirarlo de vez en cuando. Había algo en él que la atraía; nunca antes había pasado por algo tan repentino—. Tienes un estilo muy ecléctico y veo que te defiendes en cualquier material y soporte.

—Lo intento.

—No solo lo intentas —dijo fijándose en uno de los retratos—. Estos rostros son de lo más realista. Puedes percibir lo que sienten los modelos. Es magnífico. En cambio, los paisajes..., no sé..., son tan difusos, diría que casi oníricos. ¿De qué academia eres?

—Estudié en Roma. He vuelto hace poco y voy a intentar entrar en Bellas Artes.

—¿No tienes plaza?

—No he podido llegar a tiempo del examen de preinscripción.

—Ya veo.

—De todas formas, no tengo prisa; si este año no puede ser, esperaré al siguiente.

—Así tendrás más tiempo para preparar la boda.

—Espero que de eso se encarguen Leonor y mi madre. A mí todo esto me supera.

Vega lo miró entornando ligeramente los ojos; al parecer a él no le apasionaba el enlace. ¿O era solo una impresión? Un sonido de un mensaje llegó a su móvil.

—Me reclaman abajo. Ha sido un placer y supongo que nos iremos viendo a partir de ahora.

Gabriel le hizo un gesto de despedida con la mano en la que todavía sujetaba unos carboncillos de colores y continuó con su trabajo mientras seguía escuchando de fondo el ajetreo de los

organizadores y sonrió al oír la risa cantarina de Leonor.

A partir de ese día Vega se hizo asidua a acudir a la casa y al estudio de Gabriel. Podría haber delegado el trabajo en sus ayudantes, pero algo en Gabriel la atraía como nunca lo había hecho otro hombre, algo que solo podría definir como autenticidad. Gabriel era un hombre auténtico y único; había tardado un segundo en darse cuenta cuando sus miradas se cruzaron; fue un flechazo de manual y eso la agitaba por dentro y la llevaba a querer verlo y estar con él. ¿Cómo de fuerte serían los lazos que lo unían a Leonor? Había visto muchos matrimonios sociales de este tipo; después de todo, muchos de ellos tenían amantes, pero ¿sería su caso? ¿Cómo enterarse sin levantar sospechas de cuáles eran sus posibilidades? Él se mostraba de lo más cordial con ella, incluso agradecía que elogiase y se interesase por su obra y eso era un punto a su favor y más si como esa mañana le traía buenas noticias.

—¿Estás ocupado?

Gabriel se extrañó al verla, aunque era bastante común últimamente tenerla pululando por su estudio. Había veces que prefería estar solo, pero otras se entretenía hablando de arte con ella; parecía controlar muy bien las nuevas tendencias, al fin y al cabo, estar a la última era su trabajo.

—Nada que no pueda dejar un momento.

—Perfecto.

—¿Hoy trabajas? Leonor ha salido con mi madre y por lo que iban hablando van a pasar un buen rato fuera.

—Me acaban de informar en la puerta.

—¿No sabías que no iban a estar?

—La verdad es que he venido a hablar contigo.

—¿Conmigo? —Gabriel la miró sorprendido—. ¿Sobre qué?

—Hay alguien interesado en tus obras. Es amigo mío y lo he convencido para que te reciba y puedas mostrarle algunos de tus trabajos; es un importante *coach* y tiene contactos con varios galeristas.

—Eso sería estupendo.

—Entonces, si te parece bien, concretaré una noche de estas para cenar y conoceros.

—Genial. Verás cuando se lo cuente a Leonor, no se lo va a creer.

Gabriel dejó los pinceles y se acercó a abrazarla. Vega se dejó hacer, aferrándolo más fuerte de la cuenta y aspirando su aroma; todo su cuerpo se estremeció. Vega se retiró de su abrazo y una sonrisa algo más forzada acudió a su bello rostro.

—Bueno, pues te dejo seguir. Te avisaré del día que decidamos para que te prepares.

—Gracias, Vega.

Sin decir más salió de la buhardilla para que Gabriel no advirtiera su decepción ante sus ansias por Leonor. Era absurdo. ¿Por qué la molestaba tanto que se preocupara por su prometida? Intentó despejar su mente y llamó a una amiga para aprovechar esa mañana de asueto e ir al

gimnasio y a la sauna.

Eloy salía del despacho de su padre cuando vio a Leonor junto con su prima y otra mujer que no reconoció. Apenas habían hablado desde que ella regresó, desde que el compromiso con Gabriel se había confirmado y desde que lo dejó. Aún estaba furioso con ella por cómo lo había tratado. Sin embargo, comportándose con toda la caballerosidad que pudo, se aproximó a ellas y las saludó.

—Cuánto tiempo sin vernos —les dijo mientras le daba dos sonoros besos a Leonor.

—No es culpa mía. Siempre tendrás abiertas las puertas de mi casa, somos amigos. —Leonor nunca había buscado hacerle daño.

—Pues yo creo que no hace tanto tiempo. —Amelia no quería ninguna amistad con él, por fin estaba fuera de la vida de su prima.

—Tú siempre tan amable, Amelia. Pero para que veáis que no guardo ningún rencor me interesaré por los preparativos de la tan esperada unión.

—No es una unión, es una boda y quedará preciosa —casi le gritó Amelia.

—Todo marcha muy bien, gracias por preguntar, Eloy. —Leonor le dio un codazo a su prima.

—Me alegro. Bueno, tengo que irme. Hasta otra.

Y se dirigió calle abajo hasta donde tenía aparcado su deportivo sin volver a girar la vista, eso era lo único que iban a conseguir de él. Vega lo miró marcharse y volver la esquina con paso firme, pero había notado la tensión entre los tres; allí había algo más que amistad social y no pudo esperar para preguntarles.

—¿Y eso?

—Un antiguo pretendiente —le informó Leonor.

—¿Lo tengo en la lista de invitados?

—No lo creo, es algo que no hemos decidido aún. Por un lado, son amigos de la familia, pero por otro...

—¿No acabó bien?

—Digamos que él tenía más expectativas de las que yo le di y bueno... Gabriel siempre fue el primero.

Vega observó cómo Leonor bajaba la cabeza; había algo más de lo que le contaba, había algo más en la forma en la que ese Eloy le habló, pero, al fin y al cabo, no era asunto suyo. Llegaron a la cafetería que iban buscando, entraron y se sentaron en una de las mesas cerca de la ventana para seguir con sus organizaciones. Pronto varios blocs y *books* de fotos rellenaron los espacios vacíos mezclándose con el aroma a café recién hecho; ya habría tiempo para los conflictos de clases más tarde. Los ánimos volvieron a la normalidad.

—Gabriel me ha dicho que mañana por la noche cenáis con un amigo tuyo que quiere ver sus cuadros.

—Sí, a ver qué le parecen.

—¿Crees que tiene alguna posibilidad?

—Claro que sí, ¿tú no?

—Por supuesto que sí, solo que no quiero que se ilusione para nada.

—Y menos con la boda tan cerca, ¿no? —Vega le guiñó un ojo.

—Para mí él es lo primero.

—Por supuesto, lo entiendo. De todas formas, no debes preocuparte; si mi amigo ha querido quedar con él, es porque lleva algo en mente.

Amelia repasaba los blocs de notas mientras ellas hablaban; los centros de flores no acababan de convencerla.

—Al final, ¿dónde se celebrará la boda? —preguntó a su prima.

—Beatriz quiere que sea en la iglesia donde se casó ella.

—Es un buen lugar, adornado quedará precioso. He hablado con el párroco y... —se apresuró a decir Vega.

—¿Dónde quieres tú que sea, Leo? —Amelia parecía entender que su prima no estaba muy convencida de la ubicación—. ¿Gabriel quiere que sea el mismo lugar en el que se casaron sus padres?

—Y sus abuelos también, es la tradición de los Osorio.

—En serio, ¿lo habéis hablado?

—Con él no, aún no se lo he dicho, pero vi tan emocionada a su madre que no me opuse.

—Deberías comentárselo —finalizó Amelia.

—Al parecer él no se opone a nada, lo ha dejado todo en tus manos; seguramente no pondrá reparos a tus deseos —comentó Vega.

—Lo sé, pero...

—Aun así, deberías decírselo a ver qué opina.

Leonor asintió ante el consejo de Amelia, igual tenía razón y era mejor que el lugar lo eligieran ellos; la verdad era que ya había pensado en el sitio ideal.

Esa misma noche, Leonor descansaba entre los brazos de su amado después de su arrebato de pasión, notando aún las respiraciones aceleradas. Depositó un suave beso en su mejilla, llevaba una incipiente barba de unos días y el pelo revuelto; le gustaba el aspecto que tenía cuando se descuidaba un poco, le recordaba al Gabriel que reencontró en Roma. Se arrebujó en sus brazos.

—¿Estás nervioso por la cena de mañana?

—Para nada, pase lo que pase estaré bien. No me preocupa en exceso. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Prefiero no hacerlo, es más adecuado que vayas tú solo.

—Vega vendrá.

—Ella es la que te lo presenta, es lo menos que debe hacer. —Volvió a besarle—. Nos hemos encontrado esta mañana con Eloy.

Gabriel apenas reaccionó, no había hablado con él desde el enfrentamiento cuando creyeron que ella había desaparecido y desde la cena de compromiso.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nada, solo nos saludó. No soltó ninguna de sus indirectas ni nada. ¿Crees que deberíamos invitar a los Guzmán?

—No lo sé, igual deberíamos consultarlo con nuestras familias. A mí realmente no me molesta que acudan, pero si mis padres o los tuyos creen que sería conveniente invitarlos, podemos hacerlo.

—Hablaré con ellos para ver qué opinan.

—Si las cosas están calmadas dirán que lo mejor es seguir el protocolo e invitarlos, lo hablaremos los dos con ellos.

Leonor asintió, le gustaba que se implicara en la boda.

—Hay algo más que quería consultarte, te prometo que será lo último.

Gabriel sonrió y esa vez fue él el que la besó.

—No me importa que me consultes cosas, tampoco es que tengas que mantenerme al margen de todo; por algo de tema boda no me voy a morir.

—Es sobre la iglesia. Tu madre quiere que sea en la que se han casado todos los Osorio, pero...

—Pero tú no quieres.

—Al principio pensé que, si le hacía ilusión mantener la tradición, a mí no me importaba, pero he hablado esta mañana con mi prima y con Vega y me han hecho ver que lo que realmente quiero es variar, crear mi propia tradición, crear nuestra propia tradición y si a ti no te molesta me gustaría que la ceremonia fuera en...

—En el lago... —Gabriel se adelantó a su propuesta, sabiendo, por la forma en la que a Leonor empezaron a brillarle los ojos, que habían pensado en lo mismo.

—Sí, en el lago. Podemos organizarlo todo allí, en la casa del lago... ¡Oh, Gaby, sería tan hermoso, tan romántico! Y tú piensas igual, esto es maravilloso.

Gabriel la vio sonreír, casi aplaudir ante su decisión y la verdad era que él también prefería el lago; eran muchos los recuerdos que guardaba de allí, pero hasta ese momento pensó que no intervendría en los preparativos, que ella podía decidir todo lo que le gustase.

—En la casa del lago, entonces.

—Mañana hablaré con Vega para que lo organice todo. Espero que a tu madre no le moleste mucho y haré que...

—Tranquilízate o no podrás dormir.

Leonor sonrió y se situó sobre él, tenía nuevas ideas para terminar la noche con relajación.

—Tranquilízame tú —le dijo de forma pícara y él volvió a besarla intensamente y a dejar que ella empezase el asalto a su cuerpo desde esa posición privilegiada. Eso era el amor.

14

La cena había resultado de lo más esclarecedora. Nathan, que así se llamaba el amigo de Vega, había quedado con él para la tarde de dos días después en su despacho del centro, adonde debía acudir con sus trabajos para, por fin, concretar. Gabriel estiró las piernas en el sillón marrón claro de casa de Vega para relajarse. La había acompañado hasta allí para que no regresara sola y para arreglar la reunión.

—Sabía que le gustarías, ahora solo debemos conseguir que se involucre. Estás muy tranquilo.

—No es algo que me preocupe, sé aceptar las cosas como vengan.

—Creí que te afectaría más.

—No me entiendas mal, me hace mucha ilusión exponer mi obra, pero mi felicidad no está ligada solo a eso.

—Por supuesto, tienes una vida más allá.

—Te equivocas; son mis decisiones las que me llevan a ser o no ser feliz, pero no es algo que me ate a nada. Aprendo a vivir con lo que toca como ya te he dicho. Soy feliz por mí, por Leonor, por mi familia; sin embargo, no me hundiré si algo fallara.

—Eso que dices es algo fuerte, ¿no? El hecho de no necesitar a nadie.

—Al contrario, eso es lo que me da libertad y me permite valorar más lo que tengo y disfrutarlo.

—Pues hazlo. Imagínate exponiendo en París, en Londres, en Nueva York...

Se aproximó a él despacio y le entregó un vaso de licor que le había servido. Gabriel lo tomó de sus manos con una sonrisa; poco a poco, las cosas iban volviendo a la normalidad. Su familia estaba encantada con su vuelta, la relación con su padre era mucho mejor que antes y Leonor, ella era su mundo; si ahora se cumplía su meta artística, ¿qué más podía pedir? Apuró la copa y, cuando dejó el vaso en el *office*, Vega se pegó a él y le dio un apasionado beso en los labios, buscando con su lengua juguetona que él le abriera camino, pero fue algo que no ocurrió, porque, en cuanto lo hizo, Gabriel se tensó y suavemente la retiró.

—No te confundas, Vega.

Ella se dio cuenta de que no tenía nada que perder, que en ese momento lo mejor era exponer

todas sus cartas.

—Yo estaré siempre contigo en las condiciones que quieras. Te quiero. —Gabriel la miró con los ojos como platos—. Sé que te parecerá una tontería, algo precipitado y un arrebato, pero desde el momento en que te vi en tu estudio, ese día en el que aún no sabía quién eras, me di cuenta de que eres lo que siempre he buscado, alguien a quien amar.

—Creo que las emociones de la noche te han hecho ver las cosas de una forma equivocada.

—Solo contéstame a una cosa: ¿tengo alguna posibilidad?

—No.

—¿No? ¡Por favor, apenas os veo juntos! No quieres participar en nada de lo relacionado con la boda y parece que te dé igual.

—No es por lo que tú crees, puedo resultar pesado en esos menesteres, solo les dejo libertad, pero mi amor por Leonor está fuera de duda. Si no me has visto con ella es porque, en lo que se refiere a tu ayuda, no hemos coincidido.

—No me convences.

—Piensa lo que quieras.

—No es lo que quiero, es lo que veo. He organizado muchas bodas y sé cómo va esto del enamoramiento. Como te digo, no lo veo en vosotros.

—¿Y qué ves?

—Dos grandes familias que se unen por tradición. Eso me da esperanzas en lo que respecta a nosotros. No soy exigente, no tienes por qué dejar a Leonor; podemos mantenerlo en secreto, podemos...

—No hay un nosotros, Vega; no veas fantasmas que favorezcan tus intereses románticos, nunca habrá nada más que una amistad. Pero, si esto va a seguir por estos derroteros, es mejor que nuestra relación acabe aquí.

Vega vio la convicción en sus ojos, no iba a permitirle más avances; aun así, ella no se iba a dar por vencida, dejaría las cosas como estaban hasta que tuviera una oportunidad más clara; no se rendiría tan fácilmente.

—Lo siento, me confundí, no volverá a pasar. Fue solo la impresión que tuve y el deseo me pudo. Nada afectará a lo que tenemos entre manos; tu arte se lo merece, tu boda también.

Gabriel no dijo nada más; el paso en falso había sido de ella y era bueno haber aclarado las cosas antes de que pudiera pensar más allá de una relación comercial y de amistad.

—Perdonada. Ahora mejor me voy. Otro día hablamos.

Salió del piso de diseño de Vega con una sonrisa; esperaba que los deseos se enfriaran y que las cosas estuvieran de nuevo tranquilas la próxima vez que se vieran. Fue un error tonto, un malentendido que se aclaró y como tal lo tomaría; no hacía falta involucrar a Leonor.

Vega lo vio marcharse y se sentó en su sofá de cuero. Si él hubiera aceptado sus besos, en esos momentos estarían revolcándose sobre él; pero, al parecer, subestimó el amor de esa parejita. Ella nunca había perdido una guerra tan rápido. La lucha y la conquista también la estimulaban y

fue entonces cuando un detalle llegó a su mente, un encuentro inesperado: ¿cómo de olvidado estaba el rencor de su ex? ¿Podría contar con ese Eloy para separarlos? Buscó el teléfono en el bloc de la boda; al final habían decidido invitar a la familia Guzmán y marcó su número. Era tarde, pero poco le importó.

—Hola, soy Vega Martin, la *wedding planner* de la boda Osorio-Torres. Me gustaría charlar contigo.

Cuando llegó al restaurante, Eloy la estaba esperando en la barra del *hall* sentado en un taburete y bebiendo un cóctel con la compostura de quien se cree por encima de todos. Vega se acercó alzando la cabeza, tenía clara su meta y quería comprobar si él la ayudaría. Lo observó, altivo, orgulloso, consciente de su atractivo y su posición social.

—Hola. —Se colocó en su campo de visión—. Hemos hablado por teléfono.

Eloy la miró de arriba abajo, la recordaba perfectamente del día que se encontró con las primas; una mujer alta y muy atractiva, que según parecía buscaba su ayuda para algo, aunque no terminaba de entender para qué. Si aceptó verla fue por mera curiosidad y por ver si podía inmiscuirse de alguna manera en sus asuntos de trabajo.

—He reservado una mesa, ¿vamos?

Él le indicó con la mano que fuera delante y la condujo hacia su mesa al fondo del restaurante.

—Te extrañará que te haya llamado.

Eloy sonrió mientras repasaba la carta de vinos.

—Directa al grano.

—No he venido para hablar del tiempo precisamente.

—Pues tú dirás. —Le señaló uno de los vinos al camarero y este se marchó.

—¿Cuál es tu papel en este asunto?

—¿Asunto?

—Leonor y su boda.

—Digamos que fui el tercero en discordia. Todo estaba previsto y Leonor me abandonó. Si las cosas no hubieran salido así, sería mi boda la que estarías organizando.

El camarero les sirvió el vino y les entregó las cartas; al cabo de unos minutos Eloy pidió la comida para ambos.

—Supongo que no te haría mucha gracia.

—Imagínate, siempre estuve convencido de que sería yo el afortunado; no conté con el regreso de Gabriel... Y pensar que fui yo el causante de todo...

—¿Y eso?

—El julio pasado, a punto de hacer oficial mi compromiso con Leonor, viajé a Roma y encontré a Gabriel mendigando en una de las plazas, ¡ya ves! Les conté lo que vi en la celebración del aniversario de los Torres de Alvarado sin pensar que se atreverían a buscarlo y enseguida Amelia, Guillermo y Leonor viajaron a Roma. A partir de ahí todo cambió. Leonor

siempre ha estado enamorada de Gabriel, desde niña, pero al marcharse y desaparecer todo se acabó, o eso era lo que creía, como también creía que él no regresaría como un Osorio, porque su padre lo desheredó. Sin embargo..., aquí estamos. ¿Me has llamado para que te cuente los chismes? Para eso habérselo preguntado a ellos.

—Es más complicado.

—¿Entonces?

—Quiero a Gabriel para mí.

Eloy soltó una fuerte carcajada y se pasó la mano por el pelo corto.

—No sé qué le veis.

—Eso no es tu problema. Mi pregunta es ¿hasta dónde estarías dispuesto a llegar para recuperar a Leonor?

Eloy se puso serio de repente, la ocasión lo merecía. ¿La mujer le ofrecía una salida a su orgullo herido?

—A lo que haga falta.

—¿Aún la amas?

—Digamos que no soy buen perdedor y menos ante Gabriel.

—¿Me ayudarás?

—No creo que hayas llegado muy lejos con él, ¿verdad?

—Anoche lo besé y me rechazó.

—Por ahí no vas bien, es demasiado leal.

—¿Qué piensas?

—Atacar el eslabón débil en esa pareja y ese eslabón es Leonor.

—¿Leonor la débil? Es ella la que está enamoradísima.

—Por eso mismo, se hundiría si él la abandonara de nuevo; puedo oler su inseguridad a distancia. Es así, él ya huyó una vez.

—Se admiten sugerencias.

—Ella debe dudar de él, sentir que su mundo puede cambiar otra vez; no lo soportaría. Hay que provocarlos, hacer que ella se rompa.

—¿Cómo?

Eloy conocía bien sus puntos débiles y ella iba a aprovecharse de eso.

—Tienes que generarle esas dudas de forma sutil, pero que Leonor las vea. Queda más con los dos; sé cariñosa con Gabriel, algo más de la cuenta; demuestra interés y que ella lo vea, pero que él no sospeche nada o cortará de raíz cualquier malentendido. Sé cauta e inteligente, ve germinando una semilla de duda razonable poco a poco. No te debería ser difícil, les organizas la boda. —Ella lo miró con intensidad, analizando sus consejos—. Del golpe final me encargo yo.

Se dieron la mano, cómplices, y el resto de la cena ultimaron los detalles de su plan, un plan que tenía un claro final: romper una pareja para crear dos más. Aunque cada uno tuviera sus motivos y sus propias ideas sobre ese desenlace.

La tarde de la cita, Vega volvió a reunirse con Nathan y con Gabriel. Con una decisión ya tomada, ella dejó de lado el rastro de la atracción de la noche del beso, o eso quiso mostrarle a él, para que se relajara en su presencia, que iría imponiendo con mayor intensidad. El encuentro se limitó a ser de lo más profesional y Nathan le hizo a Gabriel una promesa de futuro; no iba a ser rápidamente, pero le prometió involucrarse con su obra y moverla por su mundo. El trato entre los dos hombres quedó cerrado, aunque fuera un contrato verbal. Todo regresaba a su lugar y la suerte parecía estar de su parte; a Gabriel no le importaba nada más. Cuando se despidieron, Vega le sonrió amigablemente mientras lo veía subir en su coche y arrancarlo. Sin embargo, en su mente vislumbró una escena, una en la que ella lo volvía loco con su boca, lo tenía a su merced, sometido a sus deseos, y él se estremecía de placer gritando su nombre.

15

La cena estaba resultando de lo más tranquila, el restaurante les servía los platos y exquisiteces que debían ir probando para elegir el menú del gran día. Acababan de terminar una tabla de patés *gourmet* de la más alta calidad y no sabían si decidirse por el de oca o por el de ganso, así como por el jamón de cerdo ibérico o por el curado de ganso o por ambos, que sería lo más normal. Gabriel habría querido evitar ese tipo de veladas, ¿qué más le daba a él el pato, el ganso o el cerdo? Pero era importante hablar con sus respectivas familias sobre la boda y fue el mejor momento, ambas estaban encantadas con el desenlace que creían inevitable. Como siempre, eran sus madres las que más participaban en la organización y en las degustaciones; en sus cabezas ya estaban claros los menús y, como decían, iba a las mil maravillas. Y poco quedaba ya por atar aparte de pequeños detalles y de concretar el tan esperado momento de encargar el vestido de novia al diseñador.

—¿Habéis decidido ya cuál va a ser el obsequio que daréis a los invitados? —Sara, la madre de Leonor, tenía varias ideas que incluían flores y pisacorbatas.

—Yo creo que lo mejor va a ser ir a lo clásico —afirmó Beatriz, al parecer era algo que ya había tratado con Sara.

—De eso queríamos hablaros, hay unas cuantas cosas que vamos a cambiar —les informó Gabriel.

—¿Ahora? —preguntaron casi a la vez.

—Sí, mamá. —Leonor estaba impaciente por explicarles sus ideas—. ¿Se lo digo yo?

Gabriel asintió, al fin y al cabo, era una opinión consensuada.

—Adelante.

—La boda va a celebrarse en la casa del lago, es lo que ambos deseamos.

Beatriz se quedó con la boca abierta; desde luego, el cambio de emplazamiento no era algo con lo que contara.

—Pero habíamos quedado que iba a ser en la iglesia donde nos casamos nosotros.

—Eso era algo que querías tú, mamá —dijo Gabriel—. No cosa nuestra. A nosotros nos apetece que sea en el lago y vamos a hacerlo allí.

—¿En serio? ¿Vamos a tener que trasladarlo todo hasta allí? ¿Y los invitados? ¿Y el menú? —insistió Beatriz.

—No es la primera vez que se organiza algo así en ese lugar; todos lo conocen, podemos contratar a un buen *catering* y no creo que haya ningún problema, mamá.

—Ya, pero...

—Déjalo, Beatriz, es su boda y ellos deciden; además, es un lugar pintoresco y muy adecuado.

Gabriel miró sorprendido a su padre; que lo apoyara en eso lo alegró, era algo que antes casi nunca hacía, y menos si era saltarse las normas sociales.

—Papá tiene razón, es cosa nuestra.

Beatriz se resignó; a ella le habría hecho ilusión que fuera en la iglesia, pero no se acababa el mundo. Miró al resto de los presentes y sonreían, la idea del lago les gustaba a todos y ella no iba a ser la nota discordante.

—De acuerdo, al lago, entonces. Habrá que mandar ya las invitaciones.

—Voy a preparar una pintura para ellas, un dibujo del lago para personalizarlas —les dijo Gabriel.

—Y en cuanto a los obsequios hemos pensado regalar algo para todos igual, sin diferenciar sexos. Mandaremos grabar en plata unos marcapáginas con la imagen del cuadro que pinte Gaby para las invitaciones —les informó Leonor.

—Es una idea muy original y muy personal, me gusta —afirmó Sara.

—Me iré un par de días a la casa para preparar la pintura —les dijo Gabriel.

—¿Quieres que vaya contigo? —le preguntó su padre.

—Es mejor que esté solo, así no tendré distracción y acabaré antes.

—Yo también me había ofrecido a acompañarle —le dijo Leonor a Pablo—, pero prefiere estar solo.

—Tenéis trabajo aquí y no notaréis mi corta ausencia.

—De todas formas, mandaré a alguien para que adecente la casa y te prepare la estancia, lleva meses cerrada —le dijo Ángel.

—Gracias, eso será suficiente.

El resto de la velada pasó rápido, ya no estaban tan pendientes del menú degustación, al fin y al cabo, el restaurante había quedado descartado y los términos de la boda aclarados. Después de cenar decidieron tomar la última en casa de Leonor. Las dos familias estaban todavía más unidas gracias a la felicidad compartida de sus hijos. Sara y Beatriz se sentaron en el sillón a hablar de diseñadores y cocineros especializados mientras Ángel y Pablo se tomaban una copa escuchando a sus esposas, pero sin prestarles mucha atención; de vez en cuando les gustaba desconectar del monotema boda y preparativos que tanto las emocionaba. Viendo la escena familiar, Gabriel y Leonor pensaron en salir a dar un paseo por el jardín.

—Ha sido más fácil de lo que creí —manifestó Leonor mientras caminaba por el sendero empedrado entre la hierba de la mano de su novio.

—Están bastante receptivos a las nuevas ideas.

—Mejor eso que nada.

En los ratos así, paseando y mirando las estrellas, les parecía estar solos en el mundo, en su paraíso personal, sin más ajetreo que el sonido de la noche y de sus propias respiraciones. Les parecía que habían pasado siglos desde lo que pasó en Roma, como si hubiera sido una historia ajena a ellos, como si todo el dolor hubiera sido producto de un mal sueño y que al despertarse se alejara, dejando intacta su feliz realidad.

El cielo brillaba esa noche; incluso tan cerca de la ciudad y el sonido de los grillos se podía escuchar, un adelanto de lo que sería volver al lago, a aquel lugar que era tan importante para ambos, por los buenos y los malos recuerdos, por lo que sería para su futuro.

16

—Necesito algo para las invitaciones —le dijo Vega a Leonor mientras esta revisaba la lista de asistentes con ojo crítico—. Aún no me has dicho nada y es lo primero que deberíamos haber concretado. Hay unas preciosas postales hechas a mano con sedas que...

—No, nada de eso. En unos días tendrás el motivo de las invitaciones. Gabriel lo va a pintar.

Vega puso cara de sorpresa, pero enseguida cambió de expresión.

—Esperaré, entonces. Será genial crear algo con el arte de Gabriel; muy exclusivo, me gusta. ¿Ha sido idea de él? ¿Dónde está para hablarlo?

—En el lago. Ha ido a inspirarse allí un par de días, quiere que sea algo con ese lugar de tema.

—¡Ah, bueno! Esperaré, entonces; será sorpresa. ¿Y dices que está en el lago?

—Sí.

Los últimos días no habían estado bien juntas. Vega insistía en consultar cualquier nimiedad a Gabriel e incluso subía a su estudio un buen tiempo con la excusa de la posible exposición que en un futuro habría. Para colmo, cuando estaban los tres, siempre era excesivamente cariñosa con él y a Leonor la sacaba de quicio. Y no solo porque se prodigara en atenciones hacia su novio, sino sobre todo porque él las aceptaba como si nada. ¿Ahora le apetecía involucrarse en los preparativos? Aunque era algo que no le comentaba a Gabriel, serían simples celos infundados.

El día avanzó despacio; las listas de invitados eran un aburrimiento soporífero, no obstante, era algo que había que hacer. Leonor estaba enfrascada en su faena de colocación, pero echaba de menos a Gabriel. Cuando él estaba cerca podía evadirse y perder un poco el tiempo con él, sin embargo, no estaba y, por si eso no era suficiente, su prima estaba también fuera con Guillermo, de días de parejita. Todos parecían haberse puesto de acuerdo para marcharse de su lado a la vez. Su madre y su suegra no eran buena opción para desconectar. Sonrió al recordarlas entre fotos y centros de mesa más adecuados al ambiente natural del lago. Cuando sonó el teléfono casi saltó de la alegría, descolgó y escuchó la dulce voz que ansiaba, un regalo para sus oídos; su día se arregló de golpe.

Vega se dio cuenta de quién llamaba a Leonor en cuanto vio cómo se le iluminaba la mirada de enamorada y aprovechó para salir a la terraza. Cogió su teléfono del bolso y marcó el número

de Eloy.

—Gabriel está en la casa esa del lago a la que aún no he ido. Dame la dirección, será un buen golpe de efecto.

—¿Está allí solo?

—Sí, al parecer necesita tranquilidad para pintar el motivo de las invitaciones de la boda.

—Menudo teatrero, soledad dice el capullo.

—Por eso, si voy allí a Leonor le da algo.

—No creo ni que logres entrar en la propiedad.

—Puedo alegar que tengo que hacer trabajo allí y que necesito ver el lugar.

—Si él está desconectado del mundo, no dejará pasar a nadie; es más, ni siquiera sabrá que has ido.

—Pero habrá alguien allí con él, alguien del servicio, tendrán que hacerle la comida o algo.

—No es un tío que necesite que le sirvan, se ha pasado tres años en Roma viviendo casi del aire. Estará solo, con todo preparado y con la nevera llena, pero solo. No vas a entrar, ya te aviso; si quieres haz el viaje en balde.

—¿Entonces, qué hago?

—Creía que eras más lista, guapa.

—Oye...

—Piensa un poco. No tienes que ir. Tienes que hacer creer a Leonor que vas. Excúsate con ella y pídele un par de días libres por cualquier idiotez que se te ocurra. Le dices que estarás desconectada.

—¿Y ya está?

—No es tonta, seguramente atará cabos: Gabriel solo, tú de días libres en ese preciso momento, ambos desconectados... Debe sospechar y para eso no hace falta que estés allí; además, es mejor así, porque si vas puedes hacer que Gabriel se enfade y se lo cuente a Leonor, anulando así todo el plan.

Vega soltó una risilla. Eloy tenía razón, seguiría su consejo. Ese hombre la intrigaba, era capaz de orquestar todo el plan sin despeinarse, surgiera lo que surgiera, como si le diera igual; su expresión no denotaba ningún estado de ánimo. A veces, ella dudaba de que realmente le preocupara algo Leonor o lo que estaban haciendo. Pero hasta ese momento todo lo que había pensado resultó lo adecuado y creía en él, en que sería capaz de acabar con la historia de amor de la pareja feliz. Se despidió, colgó el teléfono y con él en mano se fue a hablar con Leonor para pedirle esos engañosos días libres. Esperó con una gran sonrisa hasta que ella regresara de hablar con Gabriel. Esperó unos minutos más y disimuló alejarse para recibir una llamada urgente, siguió su plan.

—Me acaban de llamar de París, al parecer hay una nueva tendencia floral que debo ver.

—¿Ahora? —le preguntó Leonor extrañada.

—Sí, solo puedo verla estos días. ¡Ya ves qué prisas!

—¿Tan importante es que debes ir tú?

—Sí..., sí..., eso parece. Tal vez sea interesante para el lago. Volveré lo más rápido que pueda. —Justo en ese instante le llegó un mensaje—. Mira, ya me reclaman. Nos vemos.

Le dio dos besos y se marchó. Cuando Vega salió de la sala no le hizo falta mirarle la cara a la novia para saber lo que pasó por su cabeza. Y acertó. Leonor la siguió hasta que abandonó la sala bastante contenta, pero ¿qué excusa de mierda era esa? ¿Y si...? ¿Por qué había insistido tanto en confirmar que su novio estaba en el lago? ¿Gabriel le había mandado un mensaje para citarla? ¿Era demasiada casualidad que se ausentaran a la vez? ¿Su *amistad* iba más allá? No podía ser, acababa de hablar con él, todo eran imaginaciones suyas, solo eran celos. Se lo repitió a sí misma mil veces más.

17

Leonor no podía creer que lo que veía fuera cierto, pero las fotos no estaban equivocadas.

Había querido negar la evidencia durante todo ese tiempo, negar las caricias sutiles que Vega le dedicaba, las miraditas, la necesidad de estar cerca y de no delegar su trabajo en nadie, el que buscara constantemente a Gabriel, el viaje relámpago a quién sabe dónde en el mismo momento en el que Gabriel estuvo pintando en el lago y al volver, nada de nada, como si no hubiese pasado nada, como si ella no hubiera sospechado nada. Pero no pudo enfrentarse a él, no pudo preguntarle; tenía demasiado miedo a que fuera verdad y a que él la dejara. Sin embargo, allí en sus manos estaba la prueba: las fotos de su idilio que alguien anónimo le había enviado por correo postal, las fotos de sus escarceos amorosos delante de sus narices. La nota que las acompañaba solo había conseguido hundirla más en la desesperación. La leía una y otra vez con lágrimas en los ojos: NO TE MERECES ALGO ASÍ, TÚ VALES MUCHO MÁS. ¿Y ahora? ¿Qué debía hacer? Por primera vez en su vida se negaba a hablar con nadie, a refugiarse en su prima; era demasiado humillante.

Gabriel había regresado del lago unos días después de haberse marchado, con un precioso paisaje que mandaron a Vega para que lo utilizara en las invitaciones y juntos habían ido al platero para elegir los marcapáginas. Esa noche en la que regresó habían hecho el amor con ansias, con las ganas de esos días sin verse, pero la mente de Leonor estaba en otra parte, la duda empezaba a hacer estragos y el miedo a hablar con él era todavía peor. ¿Qué iba a decirle, a preguntarle? Optó por callar y seguir adelante. Dejar que sus besos y sus caricias la hicieran olvidar.

Y, cuando todo parecía llevar un ritmo normal, llegaron esas fotos, prueba irrefutable de su maldito idilio con Vega. Leonor se sentía morir.

Gabriel se acostó a su lado como cada noche desde que se habían reencontrado, como cada noche desde que descubrieron su amor y la abrazó. Pronto hundió su cara en el cuello de su novia y respiró su aroma tan característico, la giró para mirarla a los ojos y sentir su necesidad de él, esa mirada que tanto lo excitaba y que solo ella poseía. Leonor se dejó besar y acariciar, respondió a sus besos, también lo deseaba, pero su cuerpo no reaccionó como ella quería y

Gabriel lo notó en cuanto deslizó sus dedos en su interior.

—¿Estás bien?

—Sí, sigue.

Ella arqueó las caderas hacia él, tenía que conseguir olvidarse de todo y solo sentirlo; si ya le fallaba en la cama, ¿qué le quedaba para retenerlo? Sus pensamientos y preocupaciones la vencieron.

—Nunca me ha costado tanto excitarte, ¿seguro que todo va bien?

Gabriel se separó mínimamente de ella para volver a mirarla a los ojos, pero ella desvió su escrutinio.

—Solo estoy algo cansada, mucho ajetreo hoy.

—Entonces, lo dejamos; mañana será otro día.

—No.

Ella lo sujetó a su lado y se abrió de nuevo a él, quería sentirlo, necesitaba sentirlo. Él sonrió ante su negativa a detenerse y, despacio, se introdujo en ella, sin embargo, dio un respingo al notarlo entrar en ella y él se paró de nuevo.

—No te apetece, no importa.

Leonor no dijo nada más, le dio la espalda. Gabriel la abrazó desde atrás y se recostó; no había que tomarse las cosas tan a la tremenda. La relación que tenían implicaba estar más tiempo juntos, compartir más intimidad, y no era necesario tener ganas siempre. Cerró los ojos para dormirse, pero sintió el suspiro de la mujer y, aunque no lo viera y ella quisiera disimularlo, sintió su llanto silencioso y empezó a preocuparse de que hubiera descubierto algo, algo que él no le había dicho, algo que le había ocultado.

18

—¿Cómo va la vida, cariño?

Annette sonaba más que encantada de oírle. Normalmente, era ella la que lo llamaba, nunca tenía suficiente paciencia para esperar su llamada.

—Bien, solo quería ser yo por una vez el que llamara primero.

Annette sintió algo en su tono de voz.

—¿Pasa algo? Te noto extraño.

—No, nada, de verdad; hablando contigo cambio de aires.

—¿Y la exposición? ¿Sigue todo adelante?

—Va lento, pero parece que sí.

—¡Qué alegría! —Hubo un silencio más largo de la cuenta—. Por qué no me dices qué pasa de una vez.

—Es Leonor. Últimamente está extraña.

—¿En qué sentido?

—Más seria de la cuenta y..., bueno..., en la intimidad... Aunque serán los nervios de la organización.

—Supongo que tiene tu apoyo, ¿no?

—Sí, intento cooperar, pero no creo que sea por eso, porque desde el principio me ha permitido que esté algo aparte y no es nada nuevo.

—¿Cuánto dices que lleva así?

—Unos días.

—¿Solo? Igual estás exagerando.

—Será eso. La verdad es que me apetecía oírte. ¿Qué tal Max?

—Él dice que de vacaciones; lleva unas semanas en la montaña con unos colegas.

—Perdido del mundo. ¡Qué bien vive! Bueno, te dejo, ya hablaremos otro día.

—Te llamo yo, cariño. No te preocupes tanto y relájate.

—Pareces Max.

Ambos soltaron una carcajada y con un último adiós se despidieron. En cuanto Annette supo

que él colgó, marcó el número del aeropuerto; había algo que Gabriel le ocultaba.

Leonor alzó la vista del álbum de las flores. ¿Por qué le resultaba tan difícil decidirse por unas? Cuando la puerta se abrió, se le iluminó la cara al verla aparecer; era a la que menos esperaba.

—Annette, ¿qué haces aquí?

Leonor se lanzó a sus brazos y le dio un sonoro beso en la mejilla. La noche anterior había llorado de nuevo contemplando las fotos que ella les había hecho en Roma cuando se conocieron, viendo sus caras felices aquellos animados días.

—He venido a ver cómo van las cosas y a cooperar; me sentía apartada y creo que una visión nueva no te vendrá mal.

—Es genial, la verdad es que me encanta verte.

Annette se acercó a la mesa y vio el despliegue de fotos y colores.

—¿Al final va a ser en el lago del que me hablasteis?

—Sí, es lo más nuestro que hay.

Leonor desvió la mirada y Annette lo notó. Gabriel tenía razón: algo le pasaba y por esa expresión no podía ser solo por la boda, al fin y al cabo, era lo que siempre había deseado.

—Seguro que será lo mejor.

—¿Ya has visto a Gabriel?

—No, he venido directamente a verte a ti; eres la que más me necesita.

Ambas rieron; desde luego, el trabajo estaba ahí. Justo en ese momento la puerta volvió a abrirse y una mujer alta y morena accedió, fijando su mirada en Annette. La francesa se percató de la tensión con la que reaccionó el cuerpo de Leonor de forma inconsciente al verla.

—Vaya, tenemos gente nueva por aquí. —El tono prepotente que utilizó extrañó a Annette. ¿Quién era esa mujer?—. ¿Y tú eres?

—Me llamo Annette y soy como una hermana para Gabriel. ¿Y tú?

—Vega Martin, la *wedding planner*, encantada. —Se aproximó a ella y le dio dos sonoros besos en las mejillas—. Supongo que Leonor ya te habrá explicado lo que estamos haciendo en estos momentos.

—Todavía no, pero no será aquí donde lo haga; vamos a tomar algo por ahí, ¿verdad?

Leonor asintió, estaba deseando salir de allí, huir de su propia boda. La tomó del brazo y abandonaron la sala dejando a Vega con su trabajo y dos palmos de narices.

—Me vas a explicar qué pasa —le dijo Annette al salir de la casa—, y no me digas que nada, porque podía cortar la tensión.

Leonor no pudo más y rompió a llorar, era lo que necesitaba. Annette la abrazó. Si las cosas estaban así, eran peor de lo que imaginaba. Gabriel solo había arañado la superficie, algo gordo pasaba entre esos dos. Se mantuvieron así unos instantes. Ella necesitaba alguien que la consolara, alguien con quien desahogar su pena, su dolor y su decepción.

—No sé cómo decírtelo, no se lo he dicho a nadie.

—Pues suéltalo ya, cariño.

—Tengo que enseñarte algo.

Gabriel colocaba los colores nuevos que había comprado en el estante de las pinturas acrílicas cuando oyó a alguien entrar. Annette accedió como un viento helado que llegaba sin avisar; él abrió mucho los ojos por la impresión, no esperaba verla allí.

—¿Annette?

—¿No es a mí a quién esperabas?

Y sin decir más le dio un fuerte bofetón al que siguió otro que le cruzó la cara en sentido contrario.

—¿Qué crees que haces? —preguntó Gabriel sin entender su reacción.

—No, ¿qué haces tú? ¿Acaso eres idiota?

—¿De qué hablas?

—¿Qué rollo te traes con la zorra esa?

—¿Cómo?

—Con la *planner* esa...

La expresión de Gabriel cambió. ¿Cómo podía ella saber eso? No se lo había dicho a nadie. Annette levantó la mano para golpearlo de nuevo, pero él la detuvo.

—Te lo puedo explicar.

—¿En serio?

—Sí. Estábamos celebrando el interés de Nathan, el tratante del que te hablé, y ella... *me besó*...

—Eso no es excusa para... *acostarte con ella*...

Las últimas palabras las dijeron a la vez.

—¿Qué has dicho? —preguntó él cuando oyó lo que ella le dijo.

—¿Cómo? —soltó Annette de nuevo a la vez.

Al final los dos reaccionaron ante los comentarios del otro.

—Yo no me he acostado con ella. ¿Quién te crees que soy?

—¿Seguro? No es eso lo que tengo entendido.

—No... La noche que te digo ella me besó y yo la rechacé, nada más. ¿De dónde sacas eso?

Annette se quedó unos segundos pensativa, algo no cuadraba. ¿Por qué Leonor tenía pruebas de que se acostaban juntos? ¿Por qué él se lo negaba? No iba a decirle que fue cosa de Leonor hasta que no tuviera seguridad.

—Me dio esa impresión. Vi a esa tía y...

—¿Y?

—No me cae bien.

—¿Y cómo no te cae bien me acusas de acostarme con ella? Eso es un poco drástico hasta para ti.

—Mira, no me he equivocado mucho... Te ha besado... —Annette quiso arreglar la situación a su favor.

—De verdad que eres única. —Gabriel se acercó a ella y la abrazó con fuerza—. Me alegra que estés aquí, a pesar de las tortas. Pero no le digas a Leonor nada de ese beso, ya está bastante nerviosa y no fue nada. Porque ella no tendrá la misma impresión que tú, ¿verdad?

—No, qué va. Trabajan bien juntas. —Annette mintió y sonrió—. Ya conoces mis arrebatos y mis prejuicios hacia las pijas, solo fue eso.

—¿En serio? —ella asintió—. Pero ya que estás aquí podrías entretener a Leonor, sacarla de fiesta para que desconecte; díselo a Amelia y tomáis algo por ahí.

—Eso haré, nos vemos más tarde.

Le dio otro beso en la mejilla y se marchó. Pero una pregunta le rondaba: ¿quién mentía? Nunca había dudado de Gabriel. Entonces, ¿de dónde habían salido las fotos? ¿Y qué interés real tenía esa zorra de Vega en Gabriel? Menos mal que había decidido ir.

La noche estaba resultando entretenida, el sitio de moda estaba lleno de gente y todos bailaban al son de la música. Después de un rato moviendo el esqueleto, las chicas decidieron sentarse a descansar. Leonor estaba algo más relajada, aun así, Annette notaba el dolor en sus ojos, pero no le dijo nada de lo que Gabriel le había contado, no había tenido tiempo y delante de Amelia no quería hablarle. Por supuesto, la joven no había contado a su prima sus sospechas ni le había enseñado las fotos porque habría cogido del cuello a Vega y la habría lanzado por el balcón más alto. Leonor apuró el último trago del daiquiri que tomaba y se levantó para dirigirse hacia la barra.

Eloy divisó a las chicas en los sillones y le hizo un gesto a Leonor para que lo viera y enseguida ella fue hacia él. Las cosas estaban resultando más lentas de lo que imaginaba y según su visión no parecían ir por los derroteros que él buscaba. La idea era que la parejita feliz se separara y Vega debería haber conseguido algo ya, pero hubo una cosa con la que no contaron: el hecho de que Leonor no le reprochara nada a Gabriel, que aceptara su romance por no perderlo y le ocultase lo que sabía, como había sido. Por eso decidió mandarle las fotos, de forma anónima, y adelantar acontecimientos, no dejar las cosas solo en suposiciones, aunque ni por esas. Ahora su idea estaba en acercarse como el amigo que ella necesitaba y sonsacarle información, que se apoyara en él. Y lo estaba consiguiendo; ya habían quedado varias veces y se estaba convirtiendo en su paño de lágrimas sin que nadie se enterase. Desde dentro socavaría la relación perfecta de la parejita. Vega le importaba poco, solo había sido un peón en sus manos; nunca le había dicho que, aunque ellos rompieran, Gabriel no le haría el menor caso. Sin embargo, Leonor era distinta, ella necesitaría a alguien fuerte a su lado y ese sería él, así recuperaría lo que nunca debió perder.

—No esperaba verte aquí —le dijo ella.

—He salido con unos colegas. ¿Qué tal todo?

—Bien, ha venido Annette y lo estamos pasando genial.

—Ya sabes que si quieres hablar estoy aquí, aún quiero que confíes en mí y me cuentes tus problemas.

—Ahora no, Eloy, estoy con ellas —le dijo Leonor con una sonrisa—. Otro día hablamos.

—Te tomo la palabra.

Le dio un suave beso en la mejilla y regresó con sus amigas.

Annette no perdió de vista a Leonor y no entendía qué estaba hablando con ese imbécil, desde luego las cosas estaban patas arriba. No pudo evitar la curiosidad y antes de que Leonor llegara se lo preguntó a Amelia.

—¿Qué pasa entre Leonor y Eloy?

—Que yo sepa nada de nada —le afirmó Amelia—. Él se disculpó por su comportamiento y por sus celos de antes y les ha deseado lo mejor. Solo son amigos de nuevo.

—¿Pero tan cercanos?

—Sí, últimamente han quedado a tomar café para hablar y eso.

—¿Gabriel lo sabe?

—Creo que sí.

—¿Y todo es así, de repente? ¿Ahora son amigos?

—Eso parece.

—Ya veo, ya.

Leonor regresó a los sillones con otro daiquiri y siguió la conversación como si nada hubiera pasado, pero Annette no se quedó muy convencida. Todo era realmente extraño, como forzado, y lo que más la preocupó era que solo ella parecía darse cuenta.

Annette había pasado los dos días siguientes indagando de forma sutil. No había insistido ni con Gabriel ni con Leonor; solo dejaba el tiempo pasar, ver cómo estaban juntos. No dudaba de que se querían, pero sentía el muro de cristal que se había levantado entre ellos y que solo ella veía; ese muro transparente los dejaba verse, sin embargo, impedía que se dieran calor.

Pero esa noche se había decidido, había marcado su número y se había insinuado con toda la intención: «Me apetece follar con algún español, ¿estás dispuesto tú?». No hizo falta mucho más.

Un coche la esperaba en el andén, un coche deportivo gris que no pasaba desapercibido, como tampoco la atractiva mujer de pelo corto con un cortísimo y estrechísimo vestido negro que entró en el vehículo.

—No esperaba tu llamada, estás preciosa.

—Me he arreglado para ti.

—La noche promete.

—¡Ya te digo si promete!

—Siempre me apeteció estar contigo.

—Pues puede pasar de todo. Llévame antes a beber por ahí, la noche es joven.

El sonido de las ruedas chirrió en el asfalto y la extraña pareja se alejó a toda velocidad por las

calles de la ciudad nocturna.

Eloy permanecía de pie delante de Annette mientras esta se quitaba el vestido negro y se quedaba con un conjunto de encaje interior de infarto. Eloy tragó saliva y la contempló con suma lujuria. Durante toda la noche había contoneado su cuerpo a su alrededor y elevado su excitación a la máxima potencia; la bebida y el ambiente no habían ayudado a relajarlo y, ahora en su habitación, solo deseaba hacerle sentir a ella esa misma necesidad. Sin embargo, ella quería llevar la voz cantante en todo momento y él dejó que fuera a su ritmo, augurando un polvo de infarto.

—Vamos a jugar a algo —le dijo Annette de forma sensual.

—A lo que quieras —le afirmó él intentando abrazarla y besarla, pero ella le puso un dedo sobre los labios para detenerlo; ese vaivén lo estaba matando.

—Cuéntame algún secreto inconfesable, algo que solo sepas tú y que no quieras decir a nadie.

—No tengo secretos.

—¡Oh, vamos! Nunca has sido malote... De acuerdo, empezaré yo. —Se quedó pensativa un instante—. En el instituto me enrollé con un chico en las duchas del gimnasio.

—¿Y eso es un secreto inconfesable?

—Es que el chico ese era mi hermano.

Eloy se quedó con la boca abierta y luego sonrió. Annette también lo hizo, sobre todo porque Eloy no tenía por qué saber que ella era hija única.

—Sí, eso sí es ser mala.

—Venga, ahora tú. Excítame con algo que merezca la pena.

Ella se acercó a la mesa que tenía y sirvió unas copas, le entregó una e hizo que la apurara.

—De verdad que no hay nada.

—Ni siquiera fantasías calientes. ¿No querrás que me crea que no las has tenido con Leonor?

Lo sentó sobre la cama y se situó a horcajadas sobre él, iniciando un meneo estimulante sobre su miembro que amenazó las defensas de Eloy; la mezcla de excitación y alcohol no ayudaba.

—Vale, la verdad es que sí hay algo —le dijo mientras la besaba en el cuello y le acariciaba el culo—. Júrame que no vas a contar nada.

—Lo único que deseo es a ti. —Había que llevarlo al límite.

—La *wedding planner* de Leonor está coladita por Gabriel y la estoy ayudando a separarlos, aunque ella es más bien mi conejillo de indias sin saberlo y a mí solo me interesa conseguir que Leonor sea mía. No es que la ame ni nada de eso, es más bien una venganza.

—Eso es imposible de conseguir, ellos están muy unidos.

—¡Qué va! Hemos conseguido que Leonor piense que Vega y Gabriel están liados sin estarlo. —Eloy estaba hablando demasiado, más borracho de la cuenta no veía que metía la pata—. Incluso le envié anónimamente unas fotos en las que están follando para que ella no tuviera ninguna duda, pero la muy idiota no le ha dicho nada, prefiere aceptar que le ponga los cuernos

antes que dejarlo. Bueno, las fotos están trucadas, pero eso no la sabe y no se nota. Además, yo me estoy acercando a ella como amigo para que se confíe y entonces atacaré.

—Vaya, tu mente también es retorcida.

—En la guerra y en el amor todo vale.

—Me encantas.

—Creí que te enfadarías al contarte esto.

—Nada más lejos de la realidad; me excita que seas tan malvado, me ponen los tipos malos. Ahora, fóllame.

—Lo estoy deseando...

Y sin terminar la frase se desplomó en la cama ante la atenta mirada de Annette, que veía cómo la droga que le puso en la copa ya le había hecho efecto, justo en el momento preciso. ¡Menudo imbécil! Pero había conseguido lo que buscaba y confirmado lo que sospechaba: que todo había sido un ardid del cabrón de Eloy y la zorra de Vega.

19

Leonor se paseaba intranquila por su habitación. Las palabras de Annette y de su prima resonaban en su cabeza: «Debes decírselo, hablar con él, aclarar las cosas de una vez».

Después de la insistencia de Annette, había decidido contar a su prima lo ocurrido. Amelia había puesto el grito en el cielo cuando lo hizo y le enseñó las fotos. Quería matar a Gabriel y a la zorra esa, pero Annette impuso la cordura y, después de hablar, la única opción era que se enfrentara a Gabriel, que le exigiera una explicación.

Y dos días después de noches casi sin dormir, de nervios ante lo que pudiera ocurrir y de llanto escondido, allí estaba, dispuesta a poner en peligro todo por lo que había luchado, todo lo que había deseado toda su vida. ¿Y si él prefería a Vega y la dejaba? ¿Cómo iba a poder continuar sola sin él, sin sus caricias, sin su aliento y sus besos, sin su aroma? Respiró hondo y se frotó las manos, al fin y al cabo, no era la primera vez que era capaz de sobreponerse.

El teléfono seguía en sus manos, pero no se atrevía a marcar su número; se dio a sí misma ánimos mentales y desbloqueó la pantalla, era hora de aclarar las cosas.

—Eres una maldita zorra.

Eloy accedió a la habitación con un fuerte estrépito, se dirigió rápidamente hacia ella y le dio una bofetada que la lanzó al suelo enviando su teléfono debajo de la cama. Leonor lo miró desde allí, desde abajo, sin entender esa reacción, sin entender cómo había pasado eso; lo miró con la espalda apoyada en el lecho y un intenso escozor en la mejilla. ¿De dónde había salido Eloy? ¿Por qué la golpeó? ¿Por qué estaba tan fuera de sí? Hasta ese momento había sido un amigo, incluso empezaba a confiar en él. ¿Qué mierda le estaba pasando a su mundo?

—¿Qué sucede?

—Mandaste a la puta de la francesa esa a que jugara conmigo. ¿Os reísteis a gusto de mí?

—No sé de qué me estás hablando. ¿Qué pasa con Annette?

—Esa calientapollas me drogó. —Se agachó a su lado y le acarició la mejilla—. Solo quería evitar que cometieras un error, que estuvieras el resto de tu vida con el tío equivocado. Era el plan perfecto.

Leonor estaba paralizada. ¿Qué plan? ¿Qué tenía que ver Annette con Eloy? ¿Qué sabía él?

Pero, de forma rápida, la preocupación dio paso al miedo cuando la mirada de Eloy se oscureció y empezó a acariciarla por encima de la blusa que llevaba, primero lentamente, después con fuerza, haciéndole daño; sintió la palma de su mano apretando casi con furia uno de sus pechos mientras con la otra mano dibujaba un camino hacia su cuello. Intentó alejarse de él al ver sus intenciones, sin mucho éxito; él era mucho más robusto que ella y parecía ignorar sus súplicas.

—Detente, por favor.

Pero Eloy no la escuchaba. Empujándola, la tumbó sobre el frío suelo y le arrancó la ropa con poca delicadeza, desgarrando su blusa y contemplado con lujuria lo que tenía ante sí. Las cosas iban a pasar sí o sí; en su mente, ese iba a ser su premio. Leonor forcejeó debajo de él, incluso le mordió el labio cuando Eloy le dio un rudo beso, pero eso solo consiguió que se enfureciera y la golpeara de nuevo. Entonces las lágrimas cayeron por sus mejillas. Leonor estaba aterrada e indefensa y él no iba a entrar en razón. De repente todo le dio igual; el engaño de Gabriel quedó en un segundo lugar. Solo quería verlo, estar con él de nuevo, que todo quedase atrás, llevar de nuevo en su dedo el anillo que le regaló y ser feliz de una maldita vez. ¿Por qué tenía que ser tan difícil? Sin embargo, la situación era muy distinta, los acontecimientos de los últimos días la habían hecho dudar, habían cambiado su forma de ver las cosas, su forma de ver su futuro con el hombre que amaba. Cerró los ojos y pensó en Gabriel, él estaría con ella en ese trance, solo pensaría en él mientras Eloy... Aunque...

Y entonces Eloy la vio llorar, indefensa bajo su peso, impotente ante su ataque. Y recordó a la niña de trenzas rubias que se caía de la bicicleta con mucha frecuencia y que tenía miedo a aprender a nadar. ¿Qué estaba intentando hacer? Y se detuvo, no pudo hacerle daño; ante todo era su amiga, su apoyo en algunos momentos. Había ido demasiado lejos, ella no tenía la culpa de sus arrebatos.

Y en ese instante de duda, de culpabilidad, sintió un puñetazo en el estómago y un rodillazo en sus partes nobles que lo hizo retorcerse de dolor. Miró sorprendido a Leonor, que tenía el ceño fruncido y cara de enfado; la niña indefensa que había conseguido defenderse de él.

Y, justo cuando eso pasó, se desplomó sobre ella.

—Es la segunda vez que veo caer a este grandullón. —Annette sujetaba un bate de béisbol sobre su cabeza—. A dormir, capullo.

Rápidamente se inclinó sobre Leonor y la abrazó, ella lloró sobre su hombro, aún temblaba.

—Gracias, no sé si hubiera sido capaz de defenderme sola. ¿Cómo sabías...?

—Vi el deportivo en la puerta y me dio mala espina. ¿Ha llegado a...?

—No, pero porque has llegado a tiempo. Lo golpeé ya sabes dónde.

Annette sonrió; sí que había sido capaz de plantarle cara a pesar de ser una niña buena. Eloy se tuvo que llevar una buena sorpresa.

—Has estado genial. ¿Quieres que llame a la policía?

—No, no lo hagas. Había algo en su mirada un segundo antes de que lo golpeáramos, como si se hubiera arrepentido; bajó la guardia, creo que no habría concluido lo que empezó. Además, no

quiero más problemas, quiero que acabe ya, por favor, Annette, que termine aquí.

Annette no insistió, ella estaba demasiado nerviosa y no era para menos.

—Deberías descansar. —Miraron al hombre aún tendido en el suelo de su habitación, por suerte no había sangre ni heridas contundentes o graves, apenas tendría un buen chichón como recuerdo—. Yo me ocupo de Eloy y luego hablamos.

—No le cuentes nada a Gabriel, ¿vale? —Annette la miró no muy convencida, últimamente se ocultaban demasiadas cosas y ella estaba en medio, pero asintió—. Por cierto, Eloy dijo algo sobre ti y él, me debes una explicación; él ha dicho...

—Cuando descanses te lo cuento todo —dijo la francesa recogiendo el bate del suelo y moviéndolo de un lado al otro en el aire—. Este bate, que tu padre tiene en la biblioteca, es ideal.

—Es de colección y está firmado por no sé qué jugador americano.

—Pues ahora también tiene la firma del coco de Eloy.

Leonor sonrió y se dejó acompañar hasta su cama. Por suerte, o por desgracia, estaban solas y nadie se involucró en el turbio asunto. Una ducha después y una pastilla para dormir le hicieron olvidar el mal rato, la tensión, el miedo.

Annette también lo tuvo sencillo, solo se aprovechó de la buena disposición del chofer de la familia y lo convenció de que Eloy había caído *rendido por sus encantos* y no podía conducir para volver a su casa. El hombre, sin hacer preguntas, condujo su deportivo, con él durmiendo en el asiento del copiloto, hasta su destino. Nada se descubrió. Más tarde ella tendría una buena charla con ese gilipollas; esperaba que la expresión que creyó ver Leonor en sus ojos fuera de culpa y que el golpe en la cabeza y en sus partes lo disuadiera de más locuras.

Un par de horas después, las tres estaban en el cuarto de Leonor. Annette había guardado su sueño; estaba preocupada por cómo despertaría, al fin y al cabo, había sido un intento *interruptus* de violación y Amelia había llegado hacía unos minutos, extrañada de que a esas horas su prima estuviera durmiendo y de que fuera la francesa la que hubiera contestado al teléfono. En cuanto Leonor despertó, fue momento para explicaciones.

—¿Y bien? —Amelia estaba impaciente y la rojez de la cara de su prima no ayudaba. Leonor miró a Annette.

—A ver, cómo empiezo... —dijo Annette sin saber si era mejor contarle primero a Amelia lo que pasó con Eloy o a Leonor lo que descubrió.

—Eloy intentó violarme y Annette lo impidió. —Amelia se quedó blanca de la impresión al oír a su prima.

—¿Y me lo dices así?

—No ha pasado nada, yo también le he pegado —explicó Annette.

—¿Qué no ha pasado nada? Voy a matar a ese hijo de puta, voy a cortarle el miembro y a...

—Cálmate, Amelia —le dijo Annette—. Todo está bien.

—Lo habréis denunciado, ¿verdad?

—No quiero hacerlo, no quiero empañar más mi vida, quiero que todo acabe ya —dijo Leonor con lágrimas en los ojos. Amelia la abrazó.

—Y ha acabado, todo volverá a la normalidad muy pronto —afirmó Annette. Leonor la miró sin entenderla, pero recordando lo que había gritado Eloy—. Ahí va. La noche que salimos las tres me sorprendió tu amistad con Eloy y me puse a investigar, así que quedé con él, lo engatusé, nos fuimos a beber por ahí y luego a su casa; fue bastante fácil convencerlo de que quería acostarme con él y llevármelo a mi terreno, el pobre es tan simple. El caso es que, en cuestión de minutos, lo tenía cantando su delito y contándome sus chanchullos con la Vega esa. Para resumir, me desveló que tuvieron la genial idea de hacer que tú sospecharas de Gabriel por el trato que Vega le profesaba, incluso los días que Gabriel pasó en el lago y ella se ausentó, estaba todo calculado para que te pareciera que estaban juntos, pero nada más lejos de la realidad. Eloy trucó y te mandó las fotos del engaño y Vega te hacía ver cosas que no existían, es más, creo que Gabriel no sospecha nada de nada.

—¿Todo fue una mentira para que me enfadara con Gabriel? Pero ¿por qué?

—Está claro, prima. Eloy quería recuperar lo que cree que le pertenece y joderos bien.

—Y Vega está coladita por Gabriel y haría cualquier cosa por conseguirlo, y la muy imbécil confía en Eloy. Eso fue lo que me hizo sospechar cuando Gabriel me dijo que lo besó...

—¿Lo besó? ¿Cuándo? —Leonor no conocía esa parte.

—La noche en la que fueron a cenar con el tratante, pero Gabriel le paró los pies.

—¿Por qué no me lo contó? —preguntó Leonor.

—Supongo que no le dio importancia y no quería preocuparte.

—Pues todo este lío se habría evitado si él lo hubiera contado, por lo menos mi prima habría estado sobre aviso —afirmó Amelia frunciendo el ceño.

—¿Cómo podía saber él que Vega se iba a aliar con Eloy? —dijo Annette.

—Todo se ha complicado de mala manera y sin necesidad —dijo Amelia.

—¿Por qué viniste realmente aquí, Annette? —preguntó Leonor.

—Gabriel me llamó, estaba preocupado por ti, pensaba que estabas rara, que era por el estrés de la boda y que te vendría bien mi compañía.

—¿Rara?

Leonor recordó las noches en las que había evitado sus caricias y sus avances porque creía que la engañaba y él solo estaba preocupado por ella. ¡Qué tonta había sido! Una sensación de felicidad la invadió, un amor profundo y unas ganas locas de tenerlo entre sus brazos. Respiró de nuevo soltando toda la presión de su alma; por fin la losa que le pesaba, la duda, se evaporaba.

Las chicas lo notaron y se fundieron en un abrazo de nuevo. Todo había quedado claro, los miedos y las preocupaciones desaparecieron.

20

Guillermo se detuvo en un extremo de la piscina al terminar uno de sus largos mientras Gabriel daba otra vuelta a toda velocidad. Por la mañana lo sorprendió su llamada, pero hacía unos días que no lo veía y que su rutina se había centrado en las idas y venidas de Amelia, aun así, no esperaba que le apeteciera jugar un partido de pádel. ¡Y menudo partido! Su amigo había sido capaz de reventarlo; hacía tiempo que no se cansaba tanto, aunque era normal dadas la circunstancias.

—La verdad es que me hacía falta una sesión intensa de estas contigo. Te has encerrado en tu casa y entre la pintura y la boda te olvidas de los colegas.

—Eso mismo pensé yo —dijo Gabriel saliendo de la piscina—. Un rato en el club no me mataría.

—Y vaya paliza me has dado, te ha venido genial desahogarte.

—Bueno, solo buscaba cambiar de aires.

—No hace falta que disimules conmigo, es normal que estés furioso después de lo que pasó, aunque podías habérmelo contado antes; me he tenido que enterar por Amelia y porque la pillé en una conversación con Leonor. —Gabriel frunció el ceño sin saber a qué se refería Guillermo —. Venga, seguro que lo que te apetece es partirle la cara a ese gilipollas de una vez por todas y que se aleje ya de vosotros.

—¿Qué gilipollas? ¿De qué me estás hablando, Guille?

—Ya sabes, de que el otro día Annette lo dejara nocaut cuando intentó propasarse con Leonor.

—¿Qué?

Guillermo se dio cuenta de que, por la expresión que ponía Gabriel, no debía saber nada de nada. Así que a eso se refería Amelia cuando le dijo que no contara nada; pero cómo iba a saber él que también se refería a Gabriel, pensó que quería decir que al resto del mundo.

—Valeee..., creo que he metido la pata.

—Ya puedes contarme lo que sabes. —La voz de Gabriel denotaba su tono de enfado.

—Pero no me mates, no me gusta esa cara.

—¡Habla ya!

—Pues eso, el otro día Eloy fue a casa de Leonor e intentó tomar por la fuerza lo que cree que es suyo, por decirlo de forma suave, pero no te preocupes, no llegó a pasar nada porque Annette le arreó un batazo en todo el coco y lo despachó a su casa para luego amenazarlo con todo lo malo que se le ocurrió y conseguir que se alejara de una vez de tu chica. Supongo que ya habrá aprendido la lección porque no ha dado señales de vida y no querrá acabar en la cárcel.

—Esto es el colmo —soltó Gabriel poniéndose los pantalones y la camiseta—. Voy a matarlo.

Salieron como una exhalación de los vestuarios. Gabriel dispuesto a todo y Guillermo siguiéndolo de cerca. Y, como llamado por una campanilla, allí, en la cafetería del club, Guillermo localizó a Eloy sentado en la barra bebiendo, pero fue Gabriel quien avanzó hacia él y lo agarró del cuello sin avisar, lanzándolo del taburete que ocupaba y alcanzándolo con el primer puñetazo en la cara. La nariz de Eloy empezó a sangrar, pero él reaccionó y atacó a su vez a Gabriel; todo lo que pensaba conseguir se había evaporado y le habían amargado la existencia; la rabia también actuó a través de él. Pronto las mesas del local se hicieron astillas ante sus caídas y golpes, ante la furia de ambos. Guillermo permaneció al margen, no era su lucha, aunque estaba dispuesto a ayudar a su amigo si fuera necesario, aunque con la furia que demostraba dudaba mucho que lo necesitara. Miró a su alrededor alegrándose de comprobar que a esas horas el lugar estaba casi vacío, solo un par de socios que salieron pitando de allí, y dos agentes de seguridad que ya se acercaban para calmar los ánimos; el director del club iba con ellos para armar el menor jaleo posible. Eran buenos clientes, todos los conocían y taparon su pelea.

Gabriel y Eloy, por el contrario, siguieron a lo suyo, destrozándose y destrozando todo lo que encontraban a su paso, ninguno parecía ceder terreno al otro. Al cabo de un rato, empezaron a jadear y detuvieron los golpes para enfrentar sus miradas, sus actos.

—Si vuelves a acercarte a ella te juro que te mato y esta vez voy a cumplir mi amenaza.

—Ella no es tuya, ni siquiera deberías estar aquí; tú huiste. No te la mereces.

—¿Y tú sí? ¿Intentando violarla?

—No sé qué me pasó. Yo...

—¿Qué no lo sabes? Estoy más que harto de ti. Imagínate cómo sería tu vida sin nada. Sin tus privilegios, sin tus coches, tus chicas, tu dinero. ¿Qué crees que diría tu familia si se enteraran de esto? ¿Qué crees que pensarían de vosotros todos vuestros amigos? ¿Eso es lo que buscas, que acabe contigo? Porque es lo que voy a hacer, es lo que debería hacer: denunciarte y hundirte. —Eloy bajó la cabeza, estaba derrotado y Gabriel le gritó cogiéndole de nuevo de la camiseta y zarandeándolo—. Piensa en qué es lo que quieres en tu vida y en qué sería perderlo todo, piensa en si merece la pena luchar y obligar a alguien que no te quiere, y nunca te querrá, a estar contigo. Si te vuelvo a ver cerca de ella, es lo que ocurrirá.

La lucha se detuvo en ese instante, estaba todo hablado. Fue entonces cuando los de seguridad les pidieron que los acompañaran al despacho del director.

Pablo Osorio accedió al despacho del director del club para encontrarse con que Gabriel,

Guillermo y Eloy estaban sentados rodeados por dos guardias de seguridad y con que su hijo y Eloy estaban cubiertos de golpes y sangre reseca en la cara y la ropa; estaba claro lo que había pasado, tuvo un *déjà vu* de cuando eran más jóvenes.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Es que no vais a aprender?

Pablo miró a Gabriel con enfado, sin entender ese arrebato de nuevo. Unos segundos después entró Luis Guzmán.

El director se levantó de su sillón y ordenó a los de seguridad que salieran del despacho para que hablaran en privado. La discreción, ante todo.

—Si vuelves a acercarte a Leonor, conseguiré que acabes en la cárcel. Te arruinaré la vida, recuerda mi amenaza de antes —le volvió a decir Gabriel a Eloy mientras se levantaba de la silla para marcharse con su padre y con Guille.

—Ciérrale la boca a tu vástago, Osorio, o se la cerraré yo si vuelve a amenazar a mi hijo —aseguró Luis.

—Tu hijo intentó violar a mi prometida hace unos días y eso es algo que no voy a pasar por alto —le contestó Gabriel con la mayor calma que pudo—. La cárcel es ser clemente.

—¿Eso es cierto? —preguntó Pablo, sin creerse lo que su hijo acababa de decir. Eloy desvió la mirada y su silencio otorgó.

Luis levantó a su hijo de la camiseta y lo miró a los ojos con furia, había llegado demasiado lejos. Padre e hijo se mantuvieron la mirada y Luis vio la derrota en sus pupilas, nunca creyó que pudiera hacer algo así por venganza.

—Yo me encargaré de que no vuelva a acercarse a ella, es una promesa. Pero, por favor, que esto no trascienda —suplicó Luis.

—Eso no está en nuestras manos —dijo Pablo, alegrándose de que por fin los humos de orgullo de Luis Guzmán bajaran de intensidad; siempre lo habían tenido que soportar—. La afectada es Leonor.

—Ella no lo denunciará, es demasiado noble, ni siquiera me lo dijo a mí —confirmó Gabriel y luego se giró de nuevo hacia Eloy—. Estás avisado: no habrá una nueva oportunidad, no quiero volver a verte.

Gabriel salió de la sala seguido por Guillermo y se dirigió al coche de su padre. Pablo se quedó unos minutos más para solucionar las cosas con el director, pero un destello de orgullo cruzó su mirada cuando su hijo pasó a su lado; había defendido su honor y el de su familia. Ahora el problema lo tenía Luis, a eso lo había llevado el sobreproteger a Eloy, aunque seguro que sabría actuar con él.

—Os agradezco que... —Luis intentó disculparse de nuevo.

—No es a mí a quien debéis pedir perdón —afirmó Pablo.

—Dígale a Leonor que lo siento mucho. —El labio partido de Eloy lo hacía arrastrar las palabras.

—Esto es vergonzoso, solo espero que tomes cartas en el asunto, Luis. Y, por supuesto, dejáis

de estar invitados a la boda y a las reuniones sociales de nuestro grupo.

—Lo entiendo.

—Podéis iros. Yo me encargo de hablar y aclararlo todo con el director del club.

—Gracias de nuevo. —Luis Guzmán extendió la mano y Pablo Osorio por cortesía se la estrechó, al fin y al cabo, solo protegía a su hijo, él habría actuado igual.

Luis asintió y agarró del brazo a Eloy para marcharse; debía hablar seriamente con él, convencerlo de abandonar su obsesión con Leonor y con Gabriel. Le había visto las orejas al lobo y sería fácil hacerlo; su hijo no sería capaz de vivir sin sus lujos, sus deportivos y su dinero. Iría de nuevo a pasar un tiempo con los familiares de su madre a Lisboa, poner tierra de por medio le vendría bien.

Leonor soltó un grito de espanto al ver la cara llena de cortes y tiritas de Gabriel. Él acababa de llegar de urgencias y fue directamente a verla; la encontró en su habitación.

—¿Qué ha pasado?

—Me he peleado con Eloy —dijo Gabriel evitando su contacto.

—Creí que estabas en el club con Guillermo.

—Estaba en el club, fue allí donde pasó.

—Vuestras disputas...

Gabriel no la dejó terminar, lanzó su bolsa de deporte con rabia contra la pared.

—Le partí la cara por intentar violarte. ¿Qué pensabas, que no me iba a enterar? ¿Por qué no me lo dijiste?

Leonor vio su cara de frustración, de enfado, de rabia; había pensado que era buena idea ocultárselo, quizás se equivocó.

—No quería que te enteraras.

—¿Qué? —Cada vez estaba más enfadado.

—Verás, es que han pasado ciertas cosas que no conoces y esas cosas fueron la causa desencadenante de lo que ocurrió. Pero todo se arregló. Yo lo golpeé, Annette lo golpeó y a Eloy pareció quedarle claro. No he vuelto a saber de él.

—¿Y cuándo se supone que ocurrió eso?

—Hace varios días. Yo...

—¿Varios días? ¿Y me entero hoy?

—Si hubiera sido por mí... Amelia debió decírselo a Guille y él, que es un bocaz...

—¿Me estás diciendo que no pensabas contármelo?

—¿Para qué? Todo fue un conjunto de malentendidos...

—¡Espera! —Gabriel cayó en la cuenta de algo—. ¿Annette estaba al tanto y no me lo dijo?

—Sí, fue ella la que me ayudó a...

—¿Qué ha estado pasando a mis espaldas, Leo? Me estás poniendo nervioso.

—La culpa fue mía, yo creí que me engañabas con Vega y...

—¿Annette te dijo lo del beso? Te juro que yo...

—Lo sé, ella me lo contó después de que descubriéramos que fue Eloy quien me mandó las fotos que...

—¿Qué fotos?

Leonor se dio cuenta de que no le había contado nada de lo ocurrido durante todas esas semanas, que él había estado al margen y que ella ahora balbuceaba sin saber qué decirle movida por la conversación gritada que estaban teniendo a causa de la pelea con Eloy. Debía calmarlo.

—Siéntate, por favor, mi amor. Te lo explicaré todo con calma.

Gabriel respiró profundamente y se sentó sobre la cama; a ese nivel de nerviosismo no iba a ser capaz de entender nada. ¿Qué coño había estado pasando en sus narices sin que él se diera ni cuenta?

—Habla... —Respiró para tranquilizarse. Leonor se sentó a su lado y le tomó la mano.

—De acuerdo. Annette me dijo que vino porque tú le habías contado que yo estaba rara, como distante.

—Sí, pensé que estabas agobiada.

—Pues el caso es que estaba rara porque pensaba que tenías un rollo con Vega. —Gabriel frunció el ceño, al parecer la cosa venía de antes de que Annette le dijera lo del beso—. Veía cómo ella te buscaba e insistía en que estuvieras presente, te trataba con más cordialidad de la cuenta, te daba siempre besos de despedida o cuando llegaba; no sé, veía caricias veladas, sugerentes, guiños; me estaba volviendo loca. Luego decidiste que querías pasar unos días solo en el lago y te opusiste tan neciamente a que yo fuera contigo... Y para colmo ella también pidió poder ausentarse unos días.

—Esos días estuve solo.

—Ahora lo sé, pero entonces lo dudaba.

—¿Por eso me rehuías en la intimidad?

—No deseaba hacerlo, pero al tocarme me imaginaba que le hacías lo mismo a alguien más y me sentía morir.

—¿Por qué no me lo dijiste? Habría aclarado las cosas.

—Cuando me disponía a hablar contigo me daba pánico descubrir que mis dudas fueran reales. Y entonces llegaron las fotos. Unas fotos en las que estabais juntos, desnudos y en plena acción. Cuando las vi mi mundo se acabó, todas las sospechas se concretaban y me vine abajo. Fue entonces cuando llegó Annette y lo averiguó todo. Eloy se había acercado de nuevo a mí como amigo y yo me apoyé en él, salimos a tomar un café y a hablar un par de veces, nada extraño, pero fue Annette la que consiguió acabar con todo.

Gabriel la miraba con la boca abierta, sorprendido. ¿Cómo podía ser verdad lo que le estaba contando? ¿Cómo podía haber dudado de él, de su amor? ¿Y las fotos? Intentó calmarse como ella le había pedido.

—¿Qué descubrió Annette?

—Salió una noche con Eloy de fiesta y lo emborrachó. Luego, en su casa, le sonsacó la verdad: que entre Vega y él habían urdido un plan para separarnos, para hacerme dudar y para cada uno aprovecharse de la pareja rota. Al parecer Vega está loca por ti, y Eloy, bueno, con Eloy es lo de siempre, no se da por vencido.

—Yo le dejé claro a Vega que nunca habría nada más que interés profesional entre nosotros.

—Pues parece que no te hizo mucho caso y, en cuanto Eloy se dio cuenta de que lo de Annette fue una trampa y de que ya sabíamos que las fotos trucadas las había enviado él, vino a verme. El resto lo sabes por Guillermo: intentó aprovecharse de mí y Annette lo golpeó para evitarlo.

Leonor soltó por fin el aire, le había contado todo lo mejor que pudo estando tan nerviosa.

—¿Cómo no me dijiste lo que pasaba? ¿Cómo te callaste algo así? Por Dios, Leonor, pensabas que te engañaba con otra.

—Tenía miedo a que lo nuestro terminara.

—¿Y así es como pensabas vivir? Me dices que estabas dispuesta a perdonarme y a aceptar que me liara con otra. ¿Cómo crees que me deja eso a mí? ¿Cómo te deja ante mis ojos? ¿Así es como quieres que sea nuestra relación: yo teniendo carta blanca para hacer lo que quiera y tú soportándolo? No quiero a alguien así a mi lado, no quiero a una mujer que dependa de mí de esa manera.

—Por supuesto que no iba a permitir que estuvieras con otra. Ahora lo sé, todo ha sido un error. Debí contártelo desde el primer momento, te juro que así será la próxima vez. Pero tú también debiste hablarme de lo que pasó entre Vega y tú.

—De acuerdo y, si te lo hubiera dicho, ¿qué habrías hecho?

—Tomar cartas en el asunto y despedirla.

Gabriel se quedó pensativo. ¿Por qué se había callado aquello?, ¿solo por evitarle trabajo o por miedo a su reacción? Aunque ya no tenía caso preocuparse por eso, llevaban juntos poco tiempo y era normal que surgieran problemas.

—Lo siento, pensé que necesitabas su ayuda y no quise interferir.

—Lo entiendo.

Pero Gabriel seguía sin creerse la poca confianza que tenía en él.

—¿Cómo pudiste dudar de mí? ¿Cómo pensaste que te engañaría con otra?

—Fue inseguridad. Ella parecía tener más cosas en común contigo que yo; iba a abrirte el mundo de las galerías y sus conocidos te apoyarían. Era la mujer perfecta para alejarte de mí.

Leonor se abrazó a él y Gabriel la besó y la meció entre sus brazos para darle seguridad.

—No hay nadie como tú y solo siento haberte dado motivos para dudar.

—Tú no sabías nada, toda la culpa fue mía, yo debí gritarte mis sospechas.

—No vuelvas a dejarme al margen, por favor. ¿Te das cuenta de lo que hubiera resultado si esto acaba mal? Has arriesgado demasiado.

—Te juro que, ante cualquier duda, tú serás el primero en saberlo.

—Estaba preocupado por ti.

—Siento que haya sido así.

—Te quiero.

—Te quiero. —Leonor acarició sus magulladuras—. ¿Te duele?

—Muy poco. Me siento genial por haberle pegado a ese imbécil, por haberte defendido.

—No volverá a acercarse a mí.

—Más le vale; la próxima vez no seré tan benévolo. He dejado a mi padre arreglando las cosas con el director del club.

—¿Lo llamaron?

—Sí, a él y a Luis.

Leonor soltó una carcajada.

—Como en los viejos tiempos.

Gabriel también rio; de jóvenes era normal que acabaran a malas las disputas entre los dos.

Gabriel la mantuvo entre sus brazos y la arrastró con él a la cama; por suerte, ella volvía a sonreír; a pesar de todo lo ocurrido, ella volvió a la normalidad. Lo único que necesitaba era a su hombre junto a ella, sin dudas y sin reproches, sin enfados y con todo por delante. Un beso intenso los fundió haciendo que de nuevo fueran uno y que se reencontraran para un futuro perfecto.

21

Vega entró por la puerta del estudio como si nada pasase, ajena a lo que se le venía encima. Gabriel estaba sentado en un sillón y de pie, frente a ella, estaba Leonor, esperándola con los brazos en jarras y una expresión de satisfacción como nunca había tenido ante la mala acción que iba a realizar; no era propensa a tratar de malas maneras a la gente, pero esa estúpida había puesto en peligro su futuro y eso no lo iba a consentir. Vega observó a su jefa y sonrió tímidamente.

—¿Algún problema? —preguntó de forma inocente.

—Estás despedida.

Leonor no buscó una forma suave de decírselo ni ningún tipo de excusa; estaba allí para eso, para que se largara de su vista. Vega soltó un suspiro como de víctima resignada y dirigió su mirada a Gabriel buscando algo de apoyo, pero él solo le hizo un gesto de conformidad con su novia. Eso hizo que Vega se molestase.

—No puedes despedirme, tengo tu boda en mis manos. ¿Qué crees que pasará con el evento si me marcho? —amenazó.

Pero Leonor no iba a inquietarse por eso, tenía las cosas muy claras; por fin veía todo con una nueva luz y el único punto oscuro era esa mujer.

—Escúchame bien —le dijo dando un paso al frente para mantenerle la mirada e intimidarla, para que viera que ya no le tenía ningún miedo y que conocía lo ocurrido—. Prefiero casarme en chándal y en un descampado a pleno sol que dejarte un segundo más aquí. Lo sabemos todo, conocemos tus intrigas con Eloy, tus pesquisas para separarnos. Parece que la boda te preocupa bien poco, así pues, te quiero fuera de nuestras vidas cuanto antes.

Vega sonrió. ¿Quién se había creído que era solo por ser rica y pertenecer a una buena familia? No iba a quedarse callada.

—No te das cuenta de que solo eres una niña malcriada incapaz de hacer algo por ti misma; insegura, vulnerable, débil. ¿Acaso piensas que puedes con todo tú sola, que puedes retenerle? ¿Acaso sientes que puedes ser feliz?

—Márchate ya y deja de lanzar veneno —volvió a decirle Leonor. No iba a caer en su juego

de insultos, que solo buscaba desestabilizarla.

Vega entendió que sus palabras hirientes no hacían efecto en ella, que tenía más fortaleza y seguridad de la que ella pensaba, que la había infravalorado. Que había perdido. Su única esperanza era Gabriel; hacerle ver que ella era su media naranja, la que mejor sabría amarlo, la que le daría alas.

—Todo lo que hice fue por ti —dijo mirando a Gabriel e intentó acercarse a él—. Ella nunca te hará feliz, ¿no te das cuenta? No te entiende como yo...

—Tú no sabes nada de mí, ni de mi vida ni de mis sentimientos. ¿Crees que me amas por un encaprichamiento pasajero? ¿Engañar y jugar con los sentimientos de otros te hace más digna a mis ojos? No te equivoques, no me gusta la gente así y ya te lo dije aquella noche en la que me besaste. —Gabriel se levantó del sillón y se aproximó a ella—. Te has tomado molestias que no te incumbían y has engañado a personas que solo confiaban en ti. Eres una maldita egoísta y como ya te dije nunca tendría nada contigo. Has elegido mal tus cartas y más aliándote con Eloy; él me conoce y sabe que, pasara lo que pasara entre Leonor y yo, tú nunca habrías acabado conmigo. Fuiste una ilusa al seguirle.

Vega frunció el ceño; estaba sola y, si lo que decía Gabriel era verdad, siempre lo había estado. Pero aún podía atacar, ella nunca se rendía.

—Sabes que, si yo me voy, Nathan...

—He hablado con Nathan y, contigo o sin ti, está muy interesado en mi arte.

—Eso ya lo veremos.

—Por favor, deja ya de hacer el ridículo y ten algo de dignidad. Has perdido. Recoge tu escoba y lárgate.

Vega apretó los labios ante las palabras de Gabriel y lo miró con rabia; no iba a ser el hombre que deseaba.

—Sois tal para cual. Ojalá acabéis destruidos.

—Gracias por tus buenos deseos —le dijo Gabriel indicándole que saliera—. No querrás que llame al servicio para que te echen, ¿verdad?

—Conozco la salida. —Vega se dirigió a la entrada, pero antes se giró, iba a tener la última palabra—. No podréis acabar sin mí.

—Al contrario, querida —le dijo Leonor con una amplia sonrisa—, he llamado a tu agencia y nos mandarán a uno de tus compañeros; el mejor, según ellos. Al parecer están todos deseándolo. Esta boda parece ser un filón que no querían perder. Pero, tranquila, no he pedido que te despidan, no soy tan malvada como tú. Cuando vuelvas podrás seguir organizando eventos, pero lejos de nosotros.

Vega les lanzó una sonrisa de lado, irónica, maliciosa. Era una derrota. Por primera vez en su vida había calculado mal y no había conseguido lo que quería. Y lo peor era que ya había soñado con una vida de viajes, galerías y exposiciones junto a él y era algo que nunca había hecho con ningún otro hombre. Se alejó definitivamente y para siempre; no deseaba volver a saber nada de

ellos.

Los preparativos de la boda siguieron su rumbo, las presiones habían desaparecido y el ambiente era mucho más calmado. Las decisiones se tomaban con mayor rapidez y seguridad; todo iba ocupando su lugar prefecto, como si de un puzle fácil se tratase. Leonor volvía a trabajar cómoda y alegre en su boda soñada junto a su nuevo *wedding planner*, un chico encantador, imaginativo, con muy buenas ideas para el lago. Pero sobre todo alguien que no iba a llegar a su vida a ponerla patas arriba, alguien que no se creería con suficientes fuerzas como para quitarle lo que era suyo, aunque ahora, recuperada la confianza en su hombre, dudaba de que alguien pudiera con su amor.

22

La celebración de la gran boda resultó todo un éxito. La decoración convirtió el nuevo enclave del lago en un precioso jardín en el que se mezclaban las flores postizas con la propia primavera del entorno natural. El *catering*, a base de exquisiteces, hicieron las delicias de los comensales; incluso el tiempo acompañó a esa mañana de junio. Nadie faltó a la cita, allí estaba la flor y nata de la alta sociedad y allí también estaban los amigos de Gabriel, disfrutando como nunca sin importar la clase a la que pertenecieran. Fueron varios días de fiesta, varios días con todo para agotar a los invitados, aun así, tuvieron pocos momentos para estar solos; por suerte, enseguida sus padres salían en su ayuda para desviar la atención y hacer de anfitriones. Pero las noches eran para ellos dos y, abrazados, pasaron horas hablando de su futuro, de su presente y sobre todo de su pasado; no podía quedar nada por conocer del otro, nada por recordar, nada que pudiera perjudicarlos de nuevo. Por las noches daban rienda suelta a su pasión por el otro y avivaban cada segundo el fuego que los envolvía y con el que se quemaban con todo el placer del mundo. Estaban hechos el uno para el otro y habían tardado mucho en comprenderlo. Gabriel le hablaba de lo que sintió al verla aparecer vestida de novia, tan hermosa y radiante, y, como si de una náyade del lago se tratara, lo había embrujado. Leonor sonreía ante sus palabras y volvía a besarlo; ella nunca olvidaría tampoco cuando lo vio esperándola debajo del arco de flores; su príncipe azul había regresado después de años de exilio para rescatar a la princesa. ¡¿Y qué?! ¡En el fondo, seguía siendo una romántica!

La boda hacía dos días que había terminado, pero ellos decidieron quedarse en la casa solos, para reencontrarse con sus recuerdos y para iniciar su luna de miel en la intimidad.

Ella estaba allí con un sedoso y ligero camisón, sentada al borde de la plataforma de madera que daba al lago, con los pies colgando sobre el agua, cuando él llegó y la besó en el cuello haciéndola temblar de pasión; se sentó a su lado y la abrazó por la espalda. Se miraron, sonrieron y se besaron. Allí hacía tiempo se habían dado su primer beso, un beso inocente con solo diez años y que para ella fue el principio de un amor eterno.

—¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas cuando nos dimos ese primer beso? —le preguntó ella

acomodándose en su pecho.

—Cómo no acordarme; siempre estabas a mi lado si me enfadaba, haciéndome reír. La verdad es que ahora que lo pienso ha sido lo que has hecho toda la vida: apoyar mis momentos bajos, ser mi paño de lágrimas.

—Así me mantenías a tu lado.

—¿Cómo pudiste aguantarlo todo? Nunca te presté atención en ese aspecto.

—Me bastaba con ser tu amiga, con que me buscaras en esos momentos.

—¿Nunca has dudado de lo que sentías por mí? ¿Nunca has pensado que era un capricho de niña? ¿Nunca has querido olvidarme?

—No, sabía que solo podías ser tú. Pero lo intenté. Muchas noches en esos tres años que pasaste en Roma me decía a mí misma: «Tengo que olvidarme de Gabriel».

—Y, aun así, aceptaste que me fuera y seguir con tu vida... Eres la mujer más fuerte que conozco.

—Perseguir un sueño ha hecho que lo consiguiera.

—Siempre persiguiendo tu destino soñado.

—Siempre. Así es como yo amo, con todas las consecuencias.

Gabriel miró la barca que estaba anudada a la plataforma de acceso al lago; la humedad había coloreado de oscuro su antaño blanca madera, pero aún se podían leer las iniciales que Leonor había grabado de niña: «L x G». Ya entonces lo tenía muy claro y él se alegraba de que ella hubiera luchado por su sueño juntos.

—Esas iniciales casi borradas... —susurró él. Leonor sonrió mientras miraba donde él le señalaba—. Lo mantuve olvidado durante mucho tiempo, nuestro primer beso, ese primer amor tan inocente y puro; pero al final este también es mi destino, lo que yo deseaba. Estar aquí y donde sea contigo. Te amo, Leo.

—Yo también te amo, siempre te he amado.

Gabriel se inclinó sobre la barca y grabó una palabra más debajo del corazón con las iniciales. Leonor sonrió y volvieron a besarse con intensidad. En un par de semanas saldrían a navegar en el yate de su familia, a surcar el Mediterráneo, sin embargo, unos días en el lago les sentarían de maravilla, sin prisas, sin ataduras, sin nadie más. Cuando regresaran al mundo todo comenzaría de nuevo: la nueva casa que sus padres habían comprado para ellos en la urbanización; Leonor volvería a sus rutinas, a sus aficiones; y Gabriel continuaría con su arte, preparando las futuras exposiciones con Nathan, al que le había dado igual su conflicto con Vega, y buscaría empezar el nuevo curso en Bellas Artes. Todo estaba en su sitio, ya no tenía miedo de su futuro.

—Ven conmigo.

Gabriel la tomó de la mano y le indicó que subiera al bote. El crepúsculo dejaba unos tonos anaranjados magníficos bordeando el lago de ensueño y él remó despacio hasta adentrarse en las aguas esmeraldas.

—¿Dónde me llevas?

—Es una sorpresa, un regalo de bodas.

—¿En serio? ¿Aún queda algo?

—¿Recuerdas los días que estuve aquí pintando el paisaje de las invitaciones? —Leonor arrugó la nariz ante el recuerdo; en esos días también había creído que estaba con Vega. Ella asintió y Gabriel sonrió—. Pues me encargué de otra cosa. Y tú pensando que estaba acostándome con Vega.

—¿Qué es?

—Ahora lo verás; mira al frente, al centro del lago.

Ella obedeció y mantuvo la vista fija hacia el lugar indicado. Y allí la vio en cuanto avanzaron unos metros más y esquivaron unos árboles de la orilla que les quitaban la visión: una preciosa casa flotante.

—¿Para nosotros? —preguntó Leonor emocionada, aplaudiendo.

—Es tuya.

—Oh, Gaby, es maravillosa.

Al desembarcar, Leonor observó una plataforma delante de la puerta adornada con velas, con flores, con mullidos almohadones de colores y con una suculenta cena ya preparada. Rápidamente se sentó sobre ellos e invitó a Gabriel a hacer lo mismo.

—He preparado esto para ti, así iniciamos nuestra vida juntos —le dijo él.

—Esto es lo más romántico que he visto o leído en mi vida.

—Eso es porque te pasa a ti.

—Eso es porque estás conmigo.

—Ahora no necesitarás esas novelas para soñar —le dijo él tendiéndole una copa de champán.

—En ellas guardé mis continuas ensoñaciones contigo todos estos años, mis desvelos sintiéndote como a esos galanes de sus historias. También guardé esa hoja seca que me diste aquella vez, de niños.

—¿Aún la conservas?

—Como marcapáginas. —Ambos rieron—. Aunque ahora he añadido uno más: el de nuestra boda.

—Sumando recuerdos, de eso se trata.

—Hay algo que quería decirte.

—Dime.

—Me dijiste que no querías a tu lado a una mujer que dependiera de ti, que basara su vida en la necesidad de ti. Quiero decirte que, allí, en mi escapada al convento, aprendí a ser fuerte sin ti y lo sería siempre. Nunca aceptaría que estuvieras con otra. —Ambos sonrieron—. No eres lo que necesito; eres lo que quiero, eres mi felicidad.

Gabriel le acarició la mejilla con amor. Ahora era su esposa y lo sería para siempre. Habían pasado por mucho juntos, por conflictos, por dudas y celos, por orgullo, sin embargo, todo había acabado de la mejor forma posible. Tomó un tenedor y le acercó a la boca un pedazo de queso a

su mujer. «Su mujer». ¡Qué bien sonaba eso! Ella sonrió, lo cogió y pasó después la lengua por sus labios de forma sensual, recorriendo con la mirada lo que él había construido allí para ella.

—Es preciosa, todo es precioso. Gracias.

—Me alegra que te gusté la casa; no sabía si iba a estar a tiempo para después de la boda.

—Es el mejor regalo que me han hecho.

—Tú tendrás la llave y será tu refugio si lo deseas.

Leonor se lanzó a sus brazos, pidiendo sus besos y sus caricias; sentía unas ganas inmensas de él.

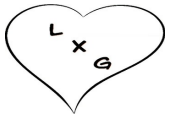
—¿La casa está preparada para dormir en ella? —le preguntó sugerente Leonor con un guiño seductor.

—Está preparada para todo —le contestó Gabriel acariciando el interior de su muslo.

—Entonces, como nosotros: SÍ, QUIERO.

Lo tomó de la mano y lo arrastró adentro; nunca volvería a soltarlo. Y ese lago fue testigo de su juramento, como lo había sido hacía años cuando su corazón decidió.

Ahora la inscripción de la barca era otra.

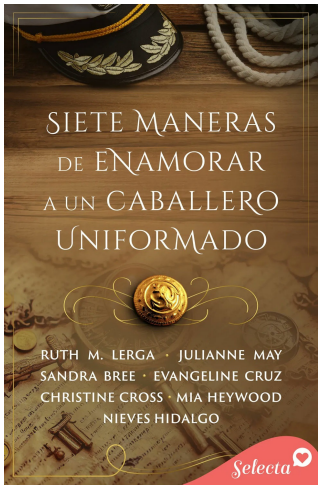


forever

Si te ha gustado

Tengo que olvidarme de ti

puedes disfrutar de estas










ANA ÁLVAREZ
¿Solo amigos?
Selecta


Claudia Cardozo
El vestido de la novia
Selecta


MAY BONNER
Nada más que un beso
El legado de los Wright 1
Selecta


Amor al primer macaron
MARÍA HEREDIA
Selecta

Una noche frente al lago ella le confesó el amor que sentía desde niña. Esa misma noche él huyó sin mirar atrás, para vivir lejos de una imposición, para ser libre. Sus caminos futuros no iban a unirse, no habría un final feliz.

«Mi nombre es Gabriel Osorio, nunca aceptaré lo que mi familia busca que sea, no cederé a su rancio abolengo, no me dejaré arrastrar a un matrimonio de conveniencia ni aunque sea con ella, con Leonor. Sé que sufrirá, pero este no es el futuro que deseo».



Para que un amor llegue a ser para siempre hay que pasar largas travesías llenas de obstáculos. **Leonor está enamorada y comprometida con Gabriel desde niña**. Pero en la madurez, Gabriel rompe con el rancio abolengo que aprisiona su vida y se marcha a Roma tras una severa disputa con su padre.

Como todos los caminos conducen a Roma, el del amor no lo es menos. Leonor parte en busca de Gabriel para aclarar los motivos de su huida, para encontrarse, aunque sea como amigos. Descubre a un nuevo Gabriel bohemio que pinta por las calles de la ciudad. Y se da cuenta

también de que su amor por él no ha cambiado ni un ápice. **Pero… ¿qué es lo que pasa por la cabeza de Gabriel al aparecer Leonor otra vez en su vida?**

Una novela cargada de amor y desamor, de amistad, de clases sociales opuestas, de inconformismo y de ganas de vivir.

Mi nombre es **Eva Cubas**. Soy de un pueblo de Cuenca. Siempre he sentido pasión por el arte, la historia y la literatura. Decidí escribir en mis ratos libres, convencida de poder, por fin, concluir una novela. Me gusta leer, sobre todo novela histórica y disfruto con las que me llevan a otras épocas y otros mundos. Valoro la imaginación y la originalidad, los autores y artistas que son capaces de innovar y salirse de las pautas corrientes establecidas y valoro el esfuerzo que todo ello conlleva. En mis novelas busco cambiar la forma de ver la historia a través de mis protagonistas. No son las típicas novelas históricas, policíacas o románticas, pero sí me valgo de la historia para contarlo todo de la forma más veraz posible.

Edición en formato digital: febrero de 2025

© 2025, E. M. Cubas
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-76-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Sí, hola, ¿puedo hablar con el señor Guillermo Arias? Ah, de acuerdo, cuando vuelva dígale que la señorita Leonor está conmigo…

[2] ...Que va a dormir en mi casa y que mañana regresa, que todo está bien, gracias. Eh, sí... Gabriel Osorio. Adiós.

Índice

Tengo que olvidarme de ti
Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro

Sobre E. M. Cubas

Créditos

Notas